
AMARTE
BAJO
CONTRATO
MANU PONCE

AMARTE BAJO CONTRATO

MANU PONCE

Primera edición.

Amarte bajo contrato

©Manu Ponce

©marzo, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



El teléfono vibró sobre la mesa de madera antes de que sonara. Ese segundo previo, ese temblor casi tímido, fue suficiente para que algo se me encogiera por dentro. No tenía por qué ser nada grave. Diana llamaba a veces sin motivo, solo para contarme algo que había leído o para preguntarme si un personaje podía sobrevivir a un final triste. Aun así, dejé la taza a medio camino de los labios y miré la pantalla con una inquietud que no supe justificar.

Diana.

Contesté demasiado rápido.

—¿Diana? —murmuré, intentando que mi voz sonara normal.

Al otro lado no hubo respuesta inmediata. Solo respiración. Rápida, entrecortada. Un sonido húmedo que me heló la sangre.

—Kate… —murmuró al fin, y la forma en que pronunció mi nombre me desarmó—. Kate, el abuelo… el abuelo ha muerto.

No recuerdo haberme sentado, pero cuando reaccioné estaba en la silla, con la espalda rígida y el corazón golpeándome en las sienes. El mundo siguió igual al otro lado de la ventana: la lluvia fina sobre el valle, el verde oscuro extendiéndose hasta perderse, la quietud de las Tierras Altas que siempre me había dado calma. Todo seguía ahí. Yo no.

—¿Cómo…? —pregunté, aunque la pregunta era absurda—. ¿Cuándo?

—Esta mañana —respondió, y su voz se rompió—. No se despertó. Margaret vino a buscarme. Dice que parecía dormido, Kate. Dice que no sufrió.

Apreté el teléfono con fuerza. Margaret. El abuelo. La librería. Londres. Palabras que había mantenido a raya durante años se me vinieron encima de golpe.

—Salgo para allá —le anuncié—. Ahora mismo.

—Sí, tienes que venir —repitió Diana, casi suplicante—. No quiero estar sola.

Ahí fue cuando la culpa apareció con toda su crudeza. No era nueva; llevaba años conmigo, agazapada, esperando momentos así para hacerse notar. Había dejado a Diana atrás. No de golpe, no con mala intención, pero me había ido. Y ella se había quedado. Con el abuelo. Con Londres. Con todo lo que yo no había sido capaz de sostener.

—No estás sola —le comenté, aunque sonó frágil incluso para mí—. Llego hoy. Te lo prometo.

Colgué y me quedé un momento inmóvil, escuchando el silencio de la casa que había alquilado cerca de Edimburgo. Me instalé allí tiempo atrás porque necesitaba distancia, aire, otra forma de vivir. Porque Londres me dolía. Porque todo lo que tenía que ver con esa ciudad me devolvía a la muerte de mi madre y a los meses confusos que vinieron después. El abuelo siempre nos protegió, siempre filtró la verdad, siempre nos habló de tan complicado hecho sin entrar en detalles. Yo crecí pensando que detrás de su fallecimiento había algo que no se nos contó del todo. Algo oscuro. Algo que él cargó para que nosotras no tuviéramos que hacerlo.

Me levanté y empecé a recoger sin pensar. Una mochila. El abrigo. Las llaves del coche. No quise llamar a nadie más. No quería voces. No quería explicaciones. Solo necesitaba moverme.

Conduje durante horas. Al principio, la carretera era estrecha y sinuosa, flanqueada por colinas húmedas y cielos bajos. Las Tierras Altas se desplegaban ante mí con esa belleza áspera que siempre me había ayudado a

respirar mejor. Pero esa mañana no surtió efecto. Cada kilómetro que avanzaba hacia el sur me pesaba más.

Pensé en el abuelo Arthur. En sus manos manchadas de tinta. En su forma de ordenar los libros con un cuidado casi reverencial. En cómo Diana se sentaba a su lado en el mostrador, leyendo en voz alta fragmentos que le gustaban, mientras él sonreía sin interrumpirla. Me había formado como persona allí, y aun así me fui. Me fui convencida de que necesitaba salvarme. De que no podía con Londres, con sus recuerdos, con las ausencias flotando en cada esquina.

Las lágrimas empezaron a caer sin aviso. No eran sollozos, sino algo más silencioso y persistente. La carretera se volvió borrosa durante unos segundos y tuve que reducir la velocidad. Me limpié la cara con el dorso de la mano, enfadada conmigo misma. No era el momento de desmoronarme. Diana me necesitaba entera.

A medida que avanzaba, el paisaje cambiaba. Las montañas dieron paso a campos más abiertos, a pueblos que apenas miré. Pensé en mi hermana, en su forma de aferrarse a las rutinas, en cómo la librería era su lugar seguro. Allí no era “la pequeña con síndrome de Down”. Era Diana, la que sabía exactamente dónde estaba cada libro, la que recordaba historias mejor que nadie. Y yo había estado lejos mientras ella construía ese mundo. Mientras ella superaba una a una, con toda la valentía que a mí me faltó, sus limitaciones.

Recordé la última vez que hablé con el abuelo por teléfono. Me dijo que estaba bien, que no me preocupara, que no tenía por qué visitarlos si estaba tan liada. Siempre lo mismo. Siempre mirando por nosotras más que por él mismo. Pensé que habría tiempo. Pensé que Londres podía esperar.

El cielo empezó a oscurecer cuando crucé la frontera invisible que separa el norte del sur. El tráfico aumentó. Las luces se multiplicaron. Londres se acercaba, inevitable. Sentí ese viejo nudo en el estómago, esa resistencia visceral. Volver significaba enfrentar recuerdos que había mantenido cerrados durante años. Significaba aceptar que había huido, no solo de una ciudad, sino de una responsabilidad que ahora me reclamaba.

Cuando vi los primeros carteles que anunciaban la entrada a la capital, respiré hondo. El corazón me latía con fuerza, pero no me detuve. No podía

hacerlo.

El abuelo había muerto. Diana estaba esperándome. Y yo, por mucho que hubiera intentado vivir lejos, sabía que no podía volver a marcharme sin afrontar lo que había dejado atrás.

Seguí conduciendo hacia todo lo que dolía.

Aparqué al final de la calle porque no fui capaz de detener el coche justo delante de la casa. Necesitaba unos segundos más. Bajé la ventanilla y dejé que el aire húmedo de Londres me golpeara la cara. Olía a lluvia reciente y a ciudad antigua, a algo que conocía demasiado bien como para haberlo olvidado del todo.

La casa seguía allí. En el corazón de Notting Hill.

Estrecha, alta, encajada entre otras iguales y distintas a la vez. La puerta rosa pastel destacaba incluso en la penumbra de la tarde, como una decisión tomada sin complejos. Diana lo había elegido años atrás, cuando dijo que ese color hacía que la casa pareciera menos triste. El abuelo no discutió. Nunca discutía esas cosas. Ahora la miré con un nudo en la garganta, consciente de que esa puerta había sido testigo de todo lo que yo quise perderme al huir.

Saqué las llaves con manos torpes. Las conservaba, pese a todo. El abuelo nunca hubiera permitido que no las tuviera, como si llevarlas conmigo me atase de algún modo a ellos. Antes de que pudiera acercarme del todo, la puerta se abrió.

Diana estaba allí.

La encontré cual animalillo desvalido y con los ojos hinchados de llorar. En cuanto me vio, su cara se transformó de una forma tan inmediata que me dolió físicamente. Se quedó quieta un segundo, como si necesitara comprobar que era real, y luego avanzó hacia mí con los brazos abiertos.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que tuve que dejar caer la mochila al suelo para poder abrazarla.

—Kate… —murmuró, y mi nombre salió tembloroso, roto.

La estreché contra mí con una urgencia que no intenté disimular. Olía a jabón y a casa. A algo seguro que yo había dejado atrás.

—Estoy aquí —le susurré, con la voz tomada—. Perdóname. Estoy aquí.

Diana asintió contra mi hombro, aferrándose a mi abrigo. Igual era su manera de pedirme que no desapareciera de nuevo. Sentí su respiración acelerada, sus manos apretándome con una fuerza que no esperaba. Me invadió una oleada de culpa tan intensa que tuve que cerrar los ojos un momento.

¿Cómo había podido pasar tanto tiempo sin verla?

¿Cómo había normalizado esa distancia?

Cuando nos separamos, me miró con atención, estudiándome con los ojos.

—Has venido rápido —repuso.

—Tenía que hacerlo.

No añadí nada más. No había excusas que sirvieran.

Cerré la puerta detrás de nosotras. El sonido seco del pestillo me recorrió la espalda. El recibidor seguía como siempre: el suelo de madera algo gastado, el perchero lleno de abrigos antiguos, el espejo ovalado con una pequeña grieta en una esquina que el abuelo se negaba a reparar argumentando que le daba personalidad. Todo estaba exactamente donde debía estar… y, aun así, nada lo estaba.

El olor me golpeó de inmediato. Madera, té, papel, ese perfume discreto que siempre llevaba él. Se me hizo un nudo en el pecho.

—Margaret estuvo aquí esta mañana —me explicó Diana mientras dejaba mis cosas sobre una silla—. Me ayudó con algunas cosas. Y Thomas vino un rato.

Asentí, procesando los nombres con esfuerzo. Todo avanzaba demasiado deprisa.

—¿Estás bien? —le pregunté, aunque la pregunta era absurda.

Diana se encogió de hombros.

—Un poco —respondió, y luego me miró con una seriedad que me desmoronó—. Pero ahora estás tú.

Ese "ahora" pesó más de lo que parecía.

Avancé por el pasillo, tocando distraídamente las paredes, necesitando confirmar que eran reales. El salón estaba en silencio. El sillón del abuelo, vacío. La manta doblada con cuidado. Sobre la mesa baja, un libro abierto boca abajo, con un marcapáginas asomando. Me quedé quieta, incapaz de acercarme.

No me había despedido de él.

El pensamiento me atravesó con una crudeza inesperada. No una llamada, no una visita pendiente, no un "ya iré". No me había despedido. Si hubiera sabido que le quedaba poca vida… Pero no. El abuelo no estaba enfermo, al menos que nosotras supiéramos. El destino se lo llevó de un modo caprichoso y arbitrario.

Diana se sentó en el sofá y me miró desde allí, con los pies recogidos bajo el cuerpo.

—Murió durmiendo —dijo en voz baja—. Margaret dice que fue tranquilo.

—Eso es bueno —murmuré, aunque no estaba segura de creerlo.

—Luego se lo llevaron porque esas cosas son así, por lo visto. Hay que preparar el cuerpo y…

Me senté frente a ella. Por primera vez desde que había llegado, me permití observarla de verdad. Había crecido. No físicamente; había algo en su forma de estar, de ocupar el espacio, que hablaba de responsabilidad asumida. De rutinas sostenidas. Yo no había estado allí para ver el cambio de mi hermana, cinco años menor que yo y que, por tanto, rondaba la veintena.

—Lo siento —repetí—. Por no haber venido antes. Por haberte dejado sola con todo esto.

Diana frunció el ceño, como si esa idea no le gustara.

—No estaba sola, antes no —me contradijo—. Estaba con el abuelo.

Ese fue el golpe más duro.

Asumí que tenía razón.

—Aun así…

—Kate —me interrumpió—. No te fuiste porque no nos quisieras. Te fuiste porque Londres te hacía daño. Lo sé. No soy tonta.

Me quedé mirándola, sorprendida. No esperaba esa lucidez tan directa.

—¿Eso te dijo él? —le pregunté.

Diana negó despacio.

—Eso lo entendí yo.

Se me humedecieron los ojos.

—Aun así, debí volver —susurré.

—Ahora has vuelto —repitió, como antes—. Y eso cuenta.

Guardamos silencio unos segundos. Afuera, un coche pasó despacio. La vida seguía, ajena a nuestra burbuja.

—Tenemos que organizar el funeral —dijo Diana al fin—. Margaret dice que vendrá mucha gente. El abuelo… —hizo una pausa—. Era muy querido.

Asentí. Lo sabía. Siempre lo había sabido.

—¿Alguna vez dijo algo sobre ese tema? Para cuando llegara el día…

—Que no quería nada triste —respondió—. Que quería que la gente hablara, que se riera un poco. Y que no hubiera flores en exceso. Ya sabes que las flores le gustaban vivas, no cortadas para ramos.

Sonreí con esfuerzo. Sonaba exactamente a él.

—¿Y tú qué quieres? —le pregunté.

Diana dudó un segundo, y luego levantó la vista con decisión.

—Quiero que la casa esté abierta ese día. Que la gente pueda entrar. Que no sea solo una despedida… que sea como él.

Ese deseo tan concreto, tan sensato, me rompió un poco más por dentro.

—Lo haremos —dije—. Yo me encargo.

Respiró hondo, disfrutando un poco de la sensación de que me ocupase de esas cosas.

—¿Te quedarás? —me preguntó, con cautela.

No contesté de inmediato. Miré alrededor: la puerta rosa vista desde dentro, el pasillo estrecho, el salón lleno de recuerdos. Todo lo que había evitado durante años estaba allí, esperándome.

—Sí —respondí al fin—. Me quedaré.

No dije cuánto. No hice promesas que no pudiera cumplir. Pero lo sentí como una verdad.

Diana sonrió, cansada pero aliviada.

—Entonces ven —dijo, levantándose—. Te enseño algo.

La seguí escaleras arriba. Cada peldaño crujió como siempre. Llegamos a la habitación del abuelo Arthur. La puerta estaba entreabierta. Dentro, todo estaba ordenado con ese desorden funcional tan suyo: ropa doblada, libros en pilas pequeñas, una mesilla con gafas y un reloj antiguo.

Entré despacio, como si pudiera despertarlo.

—Aquí me siento cuando no puedo dormir —me confesó Diana—. Me ayuda.

Asentí, incapaz de hablar. Me acerqué a la ventana y miré la calle desde allí. La misma perspectiva que él había tenido durante años. Me invadió una certeza amarga y clara a la vez: no solo había vuelto para despedirme. Había vuelto para enfrentarme a todo lo que había dejado sin resolver.

Y esta vez, no pensaba huir.

Capítulo 2



El siguiente día, el del funeral, amaneció gris, pero no lluvioso. Ese tipo de cielo que parece sostenerse por pura voluntad, tenso, contenido, igual que nosotros. Me desperté antes de que sonara mi alarma y me quedé mirando el techo unos segundos, intentando recordar en qué punto exacto de mi vida había empezado a retrasar las despedidas. No encontré una respuesta clara. Solo una cadena larga de aplazamientos.

Diana ya estaba despierta. La encontré en la cocina, sentada a la mesa, con una taza de té entre las manos. Había elegido un vestido oscuro, sencillo, y llevaba el pelo recogido con un cuidado que me enterneció. Cuando me vio, sonrió apenas, esa sonrisa pequeña que usa cuando está concentrada en no derrumbarse.

—Hoy vendrá mucha gente —me comentó, sin levantar la voz—. Ya te lo dije.

Asentí mientras me servía café. El aroma llenó la estancia, mezclándose con el olor familiar de la casa. Sentí una punzada breve al pensar que el abuelo no estaría para comentar lo amargo o lo suave de la mezcla, como hacía siempre.

—Estaremos juntas —le dije.

No era una promesa grandilocuente. Era una afirmación práctica.

Salimos de casa a media mañana. La puerta rosa pastel destacaba incluso bajo el cielo apagado; algunos vecinos se detuvieron a mirarla con una especie

de respeto silencioso, como si ese detalle fuera una extensión del carácter del abuelo. Caminamos despacio. Diana se aferró a mi brazo con naturalidad, sin pedir permiso. Yo se lo ofrecí sin pensarlo.

La iglesia estaba llena. No abarrotada de forma incómoda, sino llena en ese sentido hondo que no tiene que ver con números, sino con intención. Había caras que recordaba vagamente y otras que me resultaban nuevas, pero todas compartían la misma expresión: la de quien viene a despedir a alguien que formó parte de su rutina. Me impresionó ese pensamiento. El abuelo no había sido famoso, ni ruidoso, ni excepcional en el sentido espectacular de la palabra. Y, aun así, allí estaba el rastro de su paso por el mundo.

Margaret nos recibió en la entrada. Llevaba un abrigo oscuro y un broche antiguo prendido en la solapa. Me apretó las manos con una calidez que no necesitó palabras.

—Arthur estaría orgulloso de vosotras —dijo—. De las dos.

Sentí que la frase me caía encima con un peso inesperado. Orgulloso. No estaba segura de merecerlo. Diana, en cambio, levantó la cabeza con una serenidad que me sostuvo.

Nos sentamos en uno de los bancos delanteros. El féretro, sencillo, estaba cubierto por un paño claro. No había flores en exceso, tal como él había pedido. Solo unas pocas, colocadas con discreción. El silencio previo al inicio de la ceremonia fue denso, pero no opresivo. Un silencio de espera.

El sacerdote habló de una vida dedicada a los demás, de constancia, de pequeños gestos que construyen comunidad. Yo escuché a medias, atrapada en recuerdos que se colaban sin pedir turno: el abuelo cerrando su librería al anochecer, Diana leyendo en voz alta, yo apoyada en el marco de una puerta, observando sin intervenir demasiado, incluso entonces.

Cuando llegó el turno de las palabras de despedida, varias personas se levantaron. Uno de sus amigos, Gregory, habló de los años compartidos en el barrio, de conversaciones breves en la acera. Otra amiga, Sue, contó cómo Arthur le había recomendado un libro en un momento difícil, sin saber lo mucho que ese gesto le había ayudado. Cada intervención añadía una capa nueva a la imagen que yo tenía de él. No me sorprendía, pero me desmontaba.

Diana me apretó la mano cuando escuchó su nombre. Alguien mencionó “la nieta que siempre estaba con él”. Ella tragó saliva, pero no bajó la mirada. Me di cuenta de que, durante años, había sido más fuerte de lo que yo había querido ver.

Cuando todo terminó, salimos al exterior. El aire fresco me golpeó la cara y agradecí esa sacudida. El trayecto hasta el cementerio estuvo dominado por un respeto solemne.

El cementerio nos acogió tranquilo, rodeado de árboles desnudos. El sonido de la grava bajo nuestros pasos marcaba un compás irregular. Me sorprendí pensando que el abuelo habría apreciado ese lugar: sobrio, sin artificios, con espacio para el silencio.

Durante el entierro, me mantuve firme. No por dureza, sino por una especie de obligación interna. Diana necesitaba ese anclaje y yo estaba dispuesta a ofrecérselo. Aun así, cuando la tierra empezó a cubrir el féretro, sentí que algo se cerraba dentro de mí con un chasquido seco. No un colapso, sino un final definitivo.

—Adiós, mi querido abuelo —susurré, sin saber si lo decía para él o para mí.

Diana dejó una flor sobre la tierra recién removida. La colocó con cuidado, como si ese gesto tuviera que ser exacto. Luego retrocedió un paso y respiró hondo. La imité.

Después, la gente se fue acercando a nosotras. Abrazos breves, palabras medidas, silencios compartidos. Cada interacción me recordaba que el abuelo había tejido una red invisible a su alrededor, y que ahora nosotras estábamos en el centro de esa red, sosteniéndola sin haberlo pedido.

—Era un buen hombre —me dijo alguien a quien no reconocí del todo—. Hacía que el barrio fuera mejor.

Asentí. No supe qué responder. Me bastó con sentir que esa afirmación era cierta.

Cuando el cementerio empezó a vaciarse, nos quedamos unos minutos más. Diana se sentó en un banco cercano, observando a los últimos en marcharse. Me acerqué a ella y me senté a su lado.

—¿Estás cansada? —le pregunté.

—Un poco —admitió—. Pero bien.

Me miró de reojo, con esa atención directa que siempre me ha dado que pensar.

—Gracias por estar conmigo —añadió.

La frase me arañó por dentro. No había reproche en ella, ni exigencia. Solo gratitud.

—Gracias por haberte hecho grande durante este tiempo —le respondí.

—Si no soy grande, el abuelo me decía siempre que era menudita…

—Eres grande por dentro. Muy grande, cariño —repuse.

Nos quedamos allí, en silencio, dejando que el día avanzara. Pensé en la casa, en las tareas que nos esperaban, en los papeles que tendríamos que revisar, en decisiones que aún no estaba preparada para tomar. Pensé también en la librería, cerrada ese día, respetando el luto de quien la había mantenido con paciencia y amor. Todo eso vendría después.

Al levantarnos para irnos, sentí una mezcla extraña de agotamiento y claridad. El funeral no había resuelto nada, pero había marcado un punto de no retorno. El abuelo ya no estaba para protegernos de la verdad ni para amortiguar las consecuencias de nuestras decisiones. Esa responsabilidad era ahora nuestra.

Mientras caminábamos hacia la salida, con Diana a mi lado, entendí algo que no me había permitido formular hasta entonces: no había vuelto solo para despedirme. Había vuelto para hacerme cargo. De ella. De lo que quedaba. De lo que vendría. Era lo mínimo que podía hacer. Se lo debía a ambos.

Y esa certeza me dio vértigo. Le propuse a Diana pasar el resto del día fuera. En cierto modo, temía volver al lugar en el que ya el abuelo solo era un recuerdo, no un dueño.

Regresamos a casa cuando ya había oscurecido del todo. La calle estaba tranquila, casi recogida, y la puerta rosa pastel parecía más apagada bajo la luz de las farolas. Cerré detrás de nosotras y apoyé la espalda un segundo en la madera, con esa sensación rara que dejan los días importantes cuando se acaban: alivio mezclado con cansancio, una calma que no es paz.

Diana se quitó los zapatos y los dejó perfectamente alineados junto a la pared. Yo dejé caer el abrigo sobre la silla del recibidor y la imité, despacio, con el cuerpo pesando más de lo habitual. Caminamos hasta la cocina sin hablar. Puse agua a hervir para preparar té; necesitaba algo caliente entre las manos.

Diana se sentó a la mesa. No estaba llorando. Tenía la mirada clara, atenta. Esa expresión que adopta cuando va a decir algo importante y quiere hacerlo bien.

—Kate —empezó—, para mí la librería es mi vida.

No fue una declaración exagerada. Lo dijo con naturalidad, como quien nombra un hecho evidente.

Me giré hacia ella, apoyándome en la encimera.

—Lo sé —le respondí.

—La amo con locura —continuó—. Me gusta estar allí. Me gusta recomendar libros. Me gusta cuando la gente vuelve y me dice que le ha encantado lo que leyó. Allí me siento… —buscó la palabra—. Entera.

Sentí un nudo en el pecho. No por sorpresa, sino por confirmación. Siempre lo había sabido, pero escucharla decirlo así, sin adornos, me colocó frente a una verdad difícil de esquivar.

—Quiero mantenerla —añadió—. No quiero que se venda. No quiero que desaparezca.

Asentí despacio.

—Pero —dijo entonces, bajando un poco la voz—, también sé que yo sola no puedo llevarla. Y tú lo sabes.

No hubo pena en esa frase. Solo lucidez.

Me acerqué a la mesa y me senté frente a ella. Dejé la taza entre nosotras, aún humeante.

—Diana… —empecé, y me detuve. No quería suavizar nada—. Tengo que contarte algo.

Me miró sin interrumpirme, con esa atención limpia que siempre me ha intimidado un poco.

—Cuando el abuelo quiso que estudiara Literatura… —respiré hondo—. Yo empecé la carrera. Lo hice por él. Porque sabía lo importante que era para él. Porque quería que estuviera orgulloso.

Diana inclinó la cabeza, escuchando.

—Pero no la terminé —seguí—. Me atasqué. Me perdí. No supe qué estaba haciendo allí. Me sentía fuera de lugar. Así que me fui. A las Tierras Altas.

—¿Y te fue bien? —me preguntó, con suavidad.

Negué despacio.

—No especialmente. He tenido trabajos de poca monta. Nada estable. Nada que me ancle. Vivo de alquiler, al día. No he construido nada sólido allí. Solo… —hice un gesto vago—. Distancia.

Diana frunció ligeramente el ceño.

—Pero te gustaba.

—Me gustaba no sentir —respondí con honestidad—. Me gustaba no pensar en Londres. En mamá. En todo lo que pasó. Allí era fácil esconderse.

Diana guardó silencio unos segundos.

—Entonces no dejas nada importante en ese lugar —sentenció al fin.

La frase tenía toda la lógica. No era una acusación. Era una constatación.

—No —admití—. No dejo nada importante.

Me miró con cautela.

—Yo no quiero que te quedes por mí —dijo—. Ni por culpa.

—No es solo por eso —le respondí enseguida—. Es porque ahora entiendo algo que antes no quería ver. Yo también formo parte de esto, aunque haya intentado vivir como si no fuera así.

Se hizo un silencio distinto, más tranquilo.

—Tengo miedo —me confesó Diana, con una lágrima en los ojos—. De no poder con todo. De que tú te vayas otra vez.

La honestidad de esa frase me devastó por completo.

—No voy a prometerte cosas a la ligera —le aseguré—. Pero sí puedo decirte algo esta noche, con la cabeza clara.

Levantó la vista.

—Me voy a quedar contigo.

No añadí condiciones. No hablé de plazos. Lo dije como quien coloca una piedra firme en el suelo.

Diana soltó el aire despacio. Normal, lo había estado conteniendo desde hacía horas.

—¿De verdad? —me preguntó, apenas.

—De verdad.

Se levantó y rodeó la mesa para abrazarme. La abracé de vuelta, sintiendo su cuerpo relajarse poco a poco.

—Gracias —murmuró.

Nos quedamos así un momento. Luego se separó, más tranquila.

—Mañana podemos hablar de cómo hacerlo —me propuso—. Paso a paso.

—Paso a paso —repetí.

Más tarde, cuando la casa se sumió en el silencio de la noche, subimos a dormir. Me detuve un instante en el pasillo, observando las puertas cerradas, las sombras familiares. Todo seguía siendo difícil. Nada estaba resuelto. Pero había tomado una decisión que no sentí como una huida ni como un sacrificio.

Antes de apagar la luz, me acerqué a la habitación de Diana. La puerta estaba entreabierta.

—Buenas noches —le deseé.

—Buenas noches, Kate.

—Me quedo —repetí, como si necesitara oírlo otra vez.

Diana sonrió, ya medio dormida.

—Lo sé.

Cerré despacio y volví a mi dormitorio, el que ocupé toda la vida. Me metí en la cama con una sensación nueva, frágil, pero real. No sabía qué vendría después. Solo sabía que, al amanecer, no estaría sola ni estaría huyendo. Y eso, por aquella noche, fue suficiente.

Capítulo 3



Me desperté antes de que amaneciera del todo. Londres tenía esa costumbre: no te regalaba un despertar suave, sino una claridad lenta, húmeda, que se colaba por las rendijas con paciencia. Me quedé unos segundos quieta, escuchando. La casa crujía de forma mínima, con ese sonido antiguo que parecía un suspiro. En la habitación todavía flotaba un olor tenue a madera y té; la mezcla exacta de hogar y pasado.

Me incorporé despacio, con la garganta seca y la cabeza pesada. Dos días. Solo dos días allí y ya sentía que había vuelto a una vida anterior, a una versión de mí que había guardado en un cajón y que ahora no paraba de golpear desde dentro.

Me vestí sin pensar demasiado. Vaqueros, jersey de cuello alto, abrigo. En el baño, el espejo me devolvió una cara más pálida de lo que recordaba, los ojos cargados, el pelo recogido con prisas. Me eché agua en la nuca; el frío me despejó lo justo (no lo suficiente, en realidad.)

Al bajar, encontré a Diana en la cocina. Otra vez. Se había acostumbrado a recibirme allí. Estaba desayunando entre suspiros, con una tostada a medio terminar y una taza entre las manos a la que se aferraba. Había elegido un vestido azul marino y llevaba una bufanda de cuadros que el abuelo le había regalado una Navidad; lo supe porque, durante años, ella la usó como si fuera una capa de superhéroe. Y ya se la había colocado, incluso dentro de la casa. Debía necesitar esos superpoderes.

—Buenos días —murmuré.

Diana levantó la vista, y su sonrisa apareció de inmediato, cálida, como un interruptor.

—Buenos días —me respondió, y señaló la silla frente a ella—. Hoy vamos.

Ese "vamos" me golpeó en el pecho. No era una orden; era una certeza.

—Sí —le contesté, sentándome—. Hoy vamos.

La tostada se me atragantó un poco. No por el pan, sino por el pensamiento de la cerradura, del tintineo de las llaves, del chirrido familiar de la puerta de la librería al abrirse. No me había acercado ni al escaparate desde que volví. Ni una vez. Me bastaba con saber que estaba allí, a pocos metros, respirando su presencia detrás de la calle.

Diana me miró de reojo.

—¿Te duele? —me preguntó sin rodeos.

Me quedé un segundo en silencio. Esa era una de las cosas que siempre había admirado de ella: no decoraba lo importante. E iba al grano. No recordaba ni una sola vez en su vida que no lo hiciese.

—Me revuelve todo —admití—. Pero no voy a seguir esquivándolo.

Mi hermana asintió, satisfecha.

—El abuelo diría que ya era hora —me comentó, con un punto travieso.

Se me escapó una risa breve, casi incrédula. La risa duró poco; la ternura, en cambio, se quedó.

Terminamos el desayuno con pocas palabras. No hacía falta llenar el aire. Ella dejó su taza en el fregadero con cuidado, se puso el abrigo, los guantes y cogió las llaves. Las sostuvo un instante, mirándolas, y ese gesto sencillo me encogió el alma. Era valiente de una forma silenciosa, práctica; el abuelo la habría descrito así.

Salimos a la calle. El aire olía a lluvia antigua, a tierra mojada, a pan tostado de alguna cafetería cercana. Notting Hill aún estaba medio adormecido, con ventanas encendidas aquí y allá, y un silencio que no era total, sino un murmullo contenido. Caminamos despacio. La librería estaba a pocos metros; aun así, cada paso parecía alargar el trayecto.

A medida que nos acercábamos, mi cuerpo empezó a reaccionar antes que mi cabeza. Me tensé, apreté la mandíbula, noté los dedos fríos aunque llevaba los guantes puestos. Diana no dijo nada; simplemente apretó el paso un poco más y enganchó su brazo al mío.

—Estoy contigo —murmuró.

—Lo sé.

La puerta apareció al final de la calle. La madera oscura, el cartel discreto, las ventanas del escaparate aún apagadas. Un golpe seco me atravesó; no fue nostalgia, fue algo más punzante, una mezcla de presencia y ausencia que no sabía gestionar.

Diana sacó la llave correcta con una precisión casi orgullosa.

—Escucha —susurró.

Y entonces sonó: el metal rozando el aro, el clic de la llave entrando, el giro firme. Un sonido pequeño, cotidiano, que sin embargo abrió una compuerta entera en mi memoria. Se me humedecieron los ojos. Me odié un poco por eso, pero no los contuve. No valía la pena fingir con Diana.

La puerta cedió con ese quejido suave que yo había olvidado y, al mismo tiempo, recordaba mejor que mi propio nombre.

El olor me golpeó primero.

Papel. Madera. Polvo limpio. Un rastro lejano de cera, como si el suelo hubiera sido cuidado con mimo durante décadas. Respiré hondo. Me temblaron las manos, así que las metí en los bolsillos del abrigo.

La librería era más bonita de lo que me permitía admitir. No porque hubiera cambiado, sino porque yo había cambiado y, aun así, el lugar seguía intacto, imperturbable, como si los años no fueran con él. Las estanterías altas se alzaban hasta casi el techo, cargadas de lomos de colores gastados, algunos nuevos, otros antiguos, todos alineados con una armonía imperfecta. Una escalera de madera, preciosa y ligeramente desgastada, descansaba sobre un raíl; parecía diseñada para deslizarse con elegancia, aunque yo recordaba perfectamente lo fácil que era convertirla en un peligro.

Me quedé quieta un momento, mirando esa escalera con una mezcla de respeto y culpa. Me vi de niña, subiendo demasiado rápido, riéndome con la irresponsabilidad de quien aún no entiende el concepto de caerse. Una vez, en una de esas carreras absurdas, estuve a punto de llevarme al abuelo por delante. Él estaba bajando, con un libro en la mano y sus gafas al borde de la nariz; yo aparecí como un torbellino y choqué contra su pierna.

—¡Kate! —exclamó entonces, más divertido que enfadado—. ¿Pretendes asesinarme entre Dickens y Austen?

Me llevé una mano a la boca, notando que sonreía sin haberlo planeado.

—¿Qué? —preguntó Diana, girándose hacia mí.

—Nada… —murmuré—. Me he acordado de una trastada.

Diana sonrió también, cómplice, y caminó hacia el mostrador con la familiaridad de quien entra en su sitio. Yo avancé más despacio. Cada paso era una negociación con mis recuerdos.

La luz de la mañana se filtraba por los cristales del escaparate, todavía tenue; dibujaba rectángulos pálidos sobre el suelo de madera. Había una mesa central con novedades y recomendaciones. No estaba puesta con prisa, sino con cariño, con esa estética tranquila que no necesita gritar para ser elegida. En una esquina, un sillón *vintage* de cuero invitaba a sentarse; en otra, una lámpara de pie iluminaba una sección infantil. Recordé tardes enteras allí, refugiada detrás de las estanterías, jugando al escondite con Diana.

—¡No mires! —me ordenaba ella, tapándose los ojos con teatralidad—. ¡Cuenta hasta cien!

—¡Hasta cien no! —protestaba yo—. ¡Hasta veinte!

—¡Hasta cien! —insistía, y yo terminaba contando hasta cien porque, en el fondo, me encantaba.

Me sorprendió lo vívido del recuerdo: el sonido de nuestras pisadas inquietas, la risa sofocada detrás de los libros, el susto feliz cuando nos encontrábamos, el abuelo fingiendo que se enfadaba mientras en realidad disfrutaba. Él siempre nos dejaba jugar, pero imponía una regla sagrada: nada de correr cerca de la escalera.

—Esa escalera no perdona —decía, con una solemnidad deliciosa—. Y yo ya estoy mayor para jugar a los héroes.

Me acerqué a una estantería y pasé los dedos por el lomo de un libro al azar. La textura del cartón gastado me calmó. Era un gesto mínimo, íntimo, y aun así me sostuvo. Había algo en tocar un libro que no se podía explicar con facilidad; no era solo papel. Era historia. Era promesa. Era refugio.

Diana se apoyó en el mostrador, mirándome con paciencia.

—¿Te acuerdas de cuando escondimos los caramelos en la sección de poesía? —preguntó, divertida.

Solté una carcajada corta.

—¡Dios! —murmuré—. Y el abuelo los encontró el mismo día.

—Porque olía a fresa —añadió, encantada—. Dijo que la poesía no necesitaba azúcar.

—Y luego se comió uno —señalé, y mi voz se quebró un poco al final.

Diana bajó la mirada un instante. El silencio que siguió no fue incómodo. Fue real.

Me giré hacia la escalera otra vez. La vi tal como era: hermosa, sólida, un poco peligrosa, con esa belleza antigua que exige respeto. Pensé que mi vida

se parecía demasiado a eso últimamente. Había decidido subir de nuevo. Y esta vez no podía hacerlo corriendo.

Diana caminó hasta mí y me tocó el brazo.

—Hoy solo abrimos —dijo—. Sin hacer más. Solo abrimos.

Asentí.

—Solo abrimos —repetí.

Nos quedamos unos segundos allí, juntas, respirando el aire de la librería que ya no era del abuelo, pero seguía siendo suya en todos los rincones. Sentí que una parte de mí, la que se había mantenido lejos, empezaba a ceder. No de golpe, no con fuegos artificiales, sino con la calma de las cosas que vuelven a su sitio.

Diana me sonrió.

—Vamos —susurró, y sacó el manojo de llaves—. La gente va a venir pronto.

Miré el escaparate, todavía apagado, y luego a mi hermana. El miedo seguía ahí, sí; pero también había algo nuevo, una especie de determinación tranquila.

Di un paso hacia el mostrador.

Y le pedí al cielo que me hiciera sentir capaz de lidiar con aquello, de quedarme con Diana y de reconciliarme con unos recuerdos que no deseaba continuar viendo como a enemigos.

Capítulo 4



La mañana avanzó con una suavidad inesperada.

No fue una irrupción ni un cambio brusco, sino algo más parecido a un ajuste lento, a la sensación de que el día había decidido no exigir demasiado. Diana abrió la caja con un gesto aprendido y colocó el cartel de *abierto* con una seriedad casi ceremonial. Yo me quedé unos segundos observando desde el otro lado del mostrador, todavía con la impresión de estar ocupando un lugar que no era del todo mío.

El primer cliente llegó temprano. Un hombre mayor, con bufanda gris y gafas de montura fina, que saludó a Diana por su nombre antes siquiera de mirarme a mí.

—Buenos días —dijo—. ¿Ya habéis abierto?

—Siempre abrimos a esta hora —respondió ella, orgullosa—. ¿Busca algo en especial?

El hombre sonrió, complacido.

—Quería decir por… Bueno, es lo mismo. Os acompaño en el sentimiento —dijo—. Quiero algo para regalar. Nada triste.

Diana lo escuchó y se movió entre las estanterías con soltura. Yo la seguí con la mirada, sorprendida por su naturalidad. No dudaba. No se detenía a pensar demasiado. Sabía dónde estaba cada cosa. Sacó un libro, luego otro, comparó contraportadas, y al final volvió con uno solo, decidido.

—Este —afirmó—. Transmite esperanza sin ser cursi.

El hombre lo hojeó, satisfecho.

—Arthur diría lo mismo —comentó, sin darle mayor importancia.

La mención del abuelo me atravesó con una punzada breve. Aun así, no fue dolorosa; fue más bien una confirmación. Ese hombre había dejado huella. No una grandeza ruidosa, sino algo más persistente.

Cuando el cliente se fue, Diana colocó el dinero en la caja con cuidado y me miró.

—¿Ves? —dijo—. Funciona.

No lo dijo con desafío, sino con una tranquilidad que no necesitaba defensa.

No podía tener más razón. La librería estaba viva. No había prisas ni urgencias, pero tampoco decadencia. La gente entraba, saludaba, preguntaba. Algunos se quedaban un rato leyendo contraportadas; otros sabían exactamente lo que querían e iban a por ello. Había conversación, risas suaves, silencios cómodos. Me di cuenta de que no se trataba solo de vender libros, sino de ofrecer un espacio donde quedarse un momento.

Me moví hacia una estantería del fondo, sin un propósito claro. Pasé los dedos por los lomos con cautela, como quien entra en un lugar sagrado. Y entonces lo vi.

Un ejemplar gastado, de tapa dura, con el título apenas visible. Me detuve en seco. Lo saqué despacio, con la sensación de que estaba tocando algo frágil.

Ese libro.

El abuelo nos lo leía cuando éramos pequeñas. No de principio a fin, sino por fragmentos, como quien elige palabras concretas para cada día. Recordé su voz pausada, la forma en que levantaba la vista de vez en cuando para comprobar si estábamos escuchando de verdad.

Abrí la primera página y el mundo se redujo a una sola línea escrita a mano.

Para Kate y Diana,

para que siempre encontréis refugio en las historias.

Con todo mi amor.

Arthur.

El aire se me quedó atrapado en el pecho. Cerré el libro un segundo, apoyándolo contra mí, sin importar quién pudiera verme. Noté los ojos húmedos, pero no dejé que las lágrimas cayeran. No eran de tristeza; eran de agradecimiento. De pertenencia.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Diana desde el mostrador.

Me giré hacia ella y levanté el libro.

—Este —dije, con la voz algo tomada—. Nos lo leía siempre.

Diana sonrió con una ternura que me dejó impactada.

—Lo guardó aquí hace años —explicó—. Dijo que algún día lo volveríamos a abrir juntas.

Tragué saliva.

—Tenía razón —murmuré.

Dejé el libro en la mesa central, con cuidado, consciente de que merecía un cuidado especial. Me di cuenta de que no era solo un recuerdo: era una declaración de intenciones. El abuelo había sabido exactamente qué hacía.

La mañana siguió fluyendo. Entraron una madre con su hija pequeña, una pareja joven que buscaba algo para leer en voz alta, una mujer que venía cada jueves a comprar poesía y se quedaba charlando diez minutos. Yo observaba, aprendía, intervenía lo justo. Me sorprendí recomendando un libro casi sin

pensarlo, basándome en una intuición más que en un conocimiento académico. Y funcionó.

—Me parece una buena elección —me dijo la clienta, y esa frase me dejó un regusto extraño, casi emocionante.

A media mañana, cuando el ritmo bajó un poco, Diana se apoyó en el mostrador y me miró con una satisfacción serena.

—Te estás acostumbrando —comentó.

—No me asusta tanto —admití—. Eso es nuevo.

Ella sonrió, cómplice.

Fue entonces cuando la puerta se abrió de nuevo y el sonido de la campanilla me hizo girar la cabeza. Thomas Reed, el abogado del abuelo, entró con paso contenido, el abrigo aún puesto y una expresión cuidadosa en el rostro. No parecía portador de buenas noticias.

—Buenos días —saludó—. Veo que ya estáis en marcha.

—Hola, Thomas —respondió Diana con naturalidad—. Kate estaba aprendiendo.

Thomas me dedicó una sonrisa breve.

—No me cabe duda.

Miró alrededor, evaluando el ambiente con una mezcla de profesionalidad y afecto. Asintió para sí mismo, como quien confirma algo que ya intuía.

—¿Tenéis un momento? —preguntó—. Me temo que necesitamos hablar.

La frase sonó delicada, pero no pasó desapercibida. Sentí cómo algo se tensaba en mi interior, un hilo fino que había estado quieto hasta ese instante.

—Claro —respondí, procurando mantener el tono—. ¿Ahora?

Thomas dudó un segundo, luego asintió.

—Sí. Creo que es mejor no dejarlo para más tarde.

Diana me miró, seria pero tranquila. No había miedo en su expresión, solo atención.

—Puedo quedarme aquí —dijo—. Tú ve.

Negué con la cabeza.

—No —respondí—. Vamos juntas. Tú estás en este barco conmigo. Es más, diría que tú eres la capitana. Y no me equivocaría.

Vi la sonrisa de satisfacción en su sonriente rostro y me alegré de haber pronunciado esas palabras que le proporcionaron un segundo de felicidad.

Thomas aceptó sin discutir. Caminamos hacia la parte trasera, a ese pequeño espacio que siempre había servido para charlas importantes y decisiones que no se tomaban a la ligera. Mientras avanzábamos, miré la librería una última vez: la mesa central, el libro con la dedicatoria, la luz entrando por el escaparate.

Funcionaba. No solo como negocio, sino como lugar. Y yo lo había visto con mis propios ojos.

Cerré la puerta del despacho detrás de nosotros.

El despacho del abuelo era una habitación pequeña, pero cargada de carácter, en la que cada objeto fue elegido no solo por su utilidad, sino por la historia que arrastraba consigo. Las paredes estaban cubiertas por estanterías de madera oscura, llenas de libros antiguos cargados de historia y anotaciones en los márgenes, algunos heredados, otros rescatados de mercadillos imposibles. Esos eran suyos, los que no vendía como los que estaban fuera. No había orden académico, pero sí una lógica íntima que solo él entendía.

El escritorio, robusto y lleno de marcas del tiempo, era una pieza central de nogal macizo, con cajones que se abrían con un leve crujido. Sobre él convivían una lámpara de brazo articulado de latón envejecido, una pluma

estilográfica que ya casi no usaba y un reloj antiguo que marcaba las horas con un tic-tac constante y tranquilizador. Nada brillaba en exceso; todo tenía una pátina suave, honesta.

En una esquina, un sillón de cuero desgastado invitaba a sentarse sin prisa, acompañado de una alfombra persa algo descolorida que amortiguaba los pasos. Había pequeños tesoros repartidos con discreción: una brújula antigua, un pisapapeles de cristal tallado, fotografías en blanco y negro enmarcadas sin pretensión. Cada pieza parecía contar algo sin necesidad de explicarse.

Era un despacho *vintage* sin afectación, lleno de objetos únicos que no presumían de serlo. Un lugar pensado para pensar, para leer despacio y para tomar decisiones con calma; exactamente como era él.

Thomas respiró hondo antes de hablar.

—Arthur dejó muchas cosas bien atadas —empezó—. Pero hay otras que requieren conversación. Y decisiones.

Me apoyé en el respaldo de la silla, consciente de que aquella mañana bonita acababa de cruzar un umbral distinto.

Sus palabras me chocaron.

—Díganos —dije—. Estamos preparadas para escuchar.

Thomas cerró la puerta del pequeño despacho con cuidado, como si no quisiera que la librería escuchara lo que estaba a punto de decir. Se quitó el abrigo, lo dobló con una pulcritud casi excesiva y lo dejó sobre la silla. Ese gesto, tan suyo, me puso en alerta. Thomas no hacía nada al azar.

—Aquí no —dijo al fin—. No es el lugar adecuado.

Diana frunció el ceño.

—¿No? —preguntó—. Pensé que…

—Lo sé —la interrumpió con suavidad—. Pero lo que tenemos que hablar necesita un contexto distinto. Y documentos.

Me crucé de brazos, intentando mantener la compostura.

—¿De qué se trata, Thomas?

Nos miró a las dos durante un segundo más largo de lo habitual, midiendo palabras, consecuencias. Luego suspiró.

—Mañana —respondió—. En el despacho de un notario. Concretamente, en el de Andrew Collins, en Kensington. A las diez.

Anoté mentalmente el nombre y la hora. Kensington. Notario. Mañana. Todo sonaba demasiado formal para el tono tranquilo de la mañana que acabábamos de vivir.

—¿Tan grave es? —pregunté.

Thomas no evitó mi mirada.

—Es importante —dijo—. Y necesito que lo escuchéis allí.

Diana apretó los labios. Yo asentí, aunque el estómago empezó a cerrárseme.

—Puedo adelantaros algo —añadió entonces, como quien decide no dejar caer el peso de golpe—. Arthur tenía deudas.

La palabra cayó en el aire con una contundencia seca.

—¿Deudas? —repetí, incapaz de ocultar la incredulidad.

Diana me miró de reojo, igual de desconcertada.

—Eso no tiene sentido —le aseguré—. El abuelo lo tenía todo controladísimo. Era meticuloso hasta el extremo. No gastaba en nada innecesario. Tenía todo apuntado. Todo.

Thomas levantó una mano, pidiéndome calma.

—Lo sé. Y precisamente por eso no quiero explicarlo aquí, a medias. Hay cifras, fechas, decisiones… —se detuvo—. Y razones.

Esa última palabra me inquietó más que la anterior.

—¿Deudas grandes? —preguntó Diana, en voz baja.

Thomas dudó un instante.

—No pequeñas —respondió.

El silencio se volvió pesadilla. Sentí una presión en la sien, un latido insistente.

—Mañana, entonces —dije—. Iremos.

Thomas asintió, agradecido.

—Es lo mejor. Y… —añadió, con una leve vacilación—. Lamento tener que traer estas noticias tan pronto. Sé que aún estáis de duelo.

—Gracias por avisar —respondí, automática—. De verdad.

Se puso el abrigo de nuevo y, antes de irse, miró alrededor una última vez.

—La librería es su legado. Y marcha bien —murmuró—. Eso también importa.

Cuando la puerta se cerró tras él, me quedé inmóvil unos segundos. El sonido lejano de la campanilla me pareció irreal.

—Deudas —murmuré—. ¿Cómo?

Diana se apoyó en el mostrador.

—No lo sé —dijo—. Nunca hablaba de dinero. Solo decía que todo estaba en orden.

—Porque lo estaba —insistí—. Siempre lo estaba. Con el abuelo jamás había que preocuparse de nada. No entiendo.

El resto del día transcurrió con una especie de normalidad impostada. Atendimos a los clientes que entraron por la tarde, cerramos a la hora de siempre, apagamos luces. Yo sonreí cuando tocaba, respondí cuando era necesario, pero la palabra seguía rebotando en mi cabeza, insistente, imposible de acallar.

Deudas.

Volvimos a casa en silencio. La puerta rosa pastel nos recibió con la misma quietud de la mañana, pero ya no la miré igual. Dentro, la casa parecía más grande, más llena de sombras.

Cenamos algo ligero. Diana hablaba de un libro que había vendido esa tarde; yo asentía, presente solo a medias. Cuando terminó, me observó con atención.

—No vas a dormir —auguró.

—Lo intentaré.

—Si quieres, me quedo contigo un rato.

Negué con la cabeza.

—Gracias. Pero… necesito pensar.

Asintió sin insistir. Diana sabía respetar los silencios cuando eran necesarios.

Me acosté temprano. Apagué la luz y me quedé mirando la oscuridad, con el cuerpo cansado y la mente despierta. Intenté reconstruir mentalmente la vida del abuelo con la precisión de quien busca una grieta invisible. Los horarios, los gastos mínimos, la ropa cuidada hasta el final, las comidas sencillas. El hombre que guardaba recibos en sobres rotulados. El que repetía que no le debía nada a nadie.

Nada encajaba.

Me giré hacia el otro lado, luego volví a quedarme boca arriba. Pensé en la librería funcionando, en la mañana tranquila, en la dedicatoria del libro. Pensé en su manera de proteger, de decidir sin hacer ruido. Pensé en sus secretos, en el silencio prolongado, en los años en que yo no estuve.

¿En qué momento había pedido dinero?

¿A quién?

¿Para qué?

El runrún crecía, ocupándolo todo. No era miedo todavía; era desconcierto. Una sensación áspera que no encontraba salida.

Escuché un ruido en el pasillo, pasos suaves. La puerta se entreabrió.

—¿Estás despierta? —susurró Diana.

—Sí.

Entró y se sentó en el borde de la cama.

—Mañana lo sabremos —dijo—. Sea lo que sea.

Asentí.

—Lo sé.

Se quedó un momento, luego me apretó la mano y salió sin decir nada más. Cerré los ojos con fuerza, en un intento vano de ordenar las ideas.

Las deudas seguían ahí, flotando, negándose a desaparecer. Me dejé llevar por ese pensamiento hasta que el cansancio venció al análisis. Me dormí tarde, con la certeza de que el abuelo había tomado decisiones que yo aún no entendía, y de que al día siguiente empezarían a revelarse.

No soñé. Y, aun así, el ruido no se fue.

Capítulo 5



Llegamos al despacho del notario unos minutos antes de la hora. Kensington tenía esa elegancia contenida que parecía diseñada para imponer respeto con solo echarle un vistazo: fachadas impecables, portales silenciosos, un ir y venir de gente que no se detenía a mirar. Diana caminaba a mi lado con los hombros tensos; yo llevaba la mandíbula apretada desde que bajamos del coche.

Thomas nos esperaba en la puerta. Estaba recto, serio, con un maletín de cuero oscuro bajo el brazo. Al vernos, esbozó una sonrisa breve, profesional.

—Gracias por venir puntuales —dijo—. Pasad, por favor.

Antes de que pudiéramos avanzar, una figura se detuvo frente al edificio. El coche negro del que acababa de bajar no llamó la atención por el lujoso modelo en sí, sino por la precisión del gesto al cerrar la puerta, por la manera en que el hombre ajustó el puño de su abrigo antes de levantar la vista.

Era joven. Treinta y cinco, quizás. Alto, fuerte, con un porte que no buscaba simpatía. Traje impecable, camisa a juego sin una arruga, abrigo largo de corte perfecto. Zapatos negros pulidos con un brillo discreto. Su rostro era atractivo en un sentido frío: mandíbula marcada, ojos claros, expresión medida. No sonrió.

Thomas se tensó apenas.

—Oliver —saludó.

El hombre asintió, sin ofrecer la mano.

—Thomas.

Sus ojos se deslizaron hacia nosotras con una curiosidad distante.

—Señoritas Whitmore —dejó caer, pronunciando el apellido con una corrección casi académica.

Sentí una punzada de rechazo inmediata. No por lo que dijo, sino por cómo lo dijo: como si ya hubiera tomado nota de todo lo necesario y el resto fuera trámite.

—¿Quién es él? —pregunté, sin disimular.

El desconocido ladeó ligeramente la cabeza.

—Oliver Hale —respondió—. Represento los intereses de mi padre. O los representaba, mejor dicho.

Thomas carraspeó.

—Entremos —indicó—. Andrew nos espera.

El despacho de Andrew Collins estaba en la segunda planta. Una estancia amplia, sobria, con muebles de madera oscura y una mesa central demasiado grande para una conversación cómoda. Collins se levantó al vernos entrar: un hombre de unos sesenta años, cabello canoso perfectamente peinado, gafas de montura discreta, traje gris sin estridencias. Todo en él transmitía orden y autoridad tranquila.

—Señoritas Whitmore —saludó—. Señor Hale. Señor Reed. Por favor, tomen asiento.

Nos sentamos. Diana se colocó a mi lado, muy recta. Oliver ocupó la silla frente a nosotras con una seguridad que rozaba la insolencia. Cruzó las manos sobre la mesa y esperó.

Andrew Collins abrió una carpeta gruesa, ordenó unos papeles y habló sin rodeos.

—Estamos aquí para tratar el asunto de la herencia de Arthur Whitmore —dijo—. Y, en concreto, de las obligaciones pendientes vinculadas a la misma.

Noté cómo se me aceleraba el pulso.

—Thomas ya nos habló de unas supuestas deudas —intervine—. Sigo sin entenderlo.

Collins levantó la vista.

—No son supuestas, señorita Whitmore. Están documentadas.

Oliver esbozó una mueca mínima que no llegó a ser sonrisa.

—Mi padre, Edward Hale, concedió varios préstamos a su abuelo a lo largo de los años —dijo—. Préstamos privados. Con intereses.

—Eso es imposible —solté—. Mi abuelo no vivía por encima de sus posibilidades. No pedía dinero. No lo necesitaba. Era un hombre tan trabajador como austero.

Oliver inclinó la cabeza, impasible.

—Eso no es lo que reflejan los contratos.

Andrew Collins deslizó varios documentos sobre la mesa.

—Aquí constan —explicó—. Préstamos sucesivos, refinanciaciones, intereses acumulados. El capital inicial fue modesto, pero nunca llegó a liquidarse por completo. Los intereses se fueron sumando.

Miré las cifras y sentí un mareo breve.

—¿Cuánto? —preguntó Diana, con la voz tensa.

Collins respiró hondo antes de responder.

—La cantidad total asciende a doscientas sesenta y cinco mil libras esterlinas.

El golpe fue físico.

—¿Qué? —exclamé, poniéndome en pie—. Eso es una barbaridad. Nos está engañando. Se lo está sacando de la manga.

Mi mano cayó con fuerza sobre la mesa, haciendo vibrar los papeles.

—Señorita Whitmore —dijo el notario con firmeza—. Siéntese, por favor.

—No —repliqué—. Esto no es real.

—Que se siente —repitió, sin alzar la voz.

Lo hice, a regañadientes. El silencio que siguió fue pesado.

—La deuda existe —continuó Collins—. Está registrada. Firmada. Y, a día de hoy, impagada.

Oliver se acomodó en la silla.

—Mi padre fue paciente —dijo—. Demasiado. Yo no lo soy.

—Mi abuelo jamás habría aceptado algo así —insistí—. Jamás.

—Su abuelo protegía mucho —replicó Oliver—. A veces, proteger cuesta dinero.

Sentí ganas de gritar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Diana, con un hilo de voz.

Andrew Collins cruzó las manos.

—El señor Hale es el acreedor. Si la deuda no se satisface, tiene derecho a ejecutar las garantías asociadas.

—¿Qué garantías? —pregunté.

Oliver nos miró con frialdad.

—La librería.

Diana dejó escapar un sollozo ahogado.

—No… —susurró—. No puede.

—Puedo —respondió Oliver—. Y lo haré, si no hay acuerdo.

Me giré hacia Diana y vi cómo las lágrimas empezaban a rodarle por las mejillas. Se llevó las manos a la cara, incapaz de contenerse.

—Es mi vida —dijo, rota—. Es todo lo que me queda del abuelo. No puede quitárnosla.

Oliver no mostró reacción alguna.

—No es personal —aseguró—. Es un asunto financiero.

Andrew Collins cerró la carpeta con un golpe seco.

—Tienen opciones —dijo—. Pero el plazo no es largo. El señor Hale espera una respuesta.

Me limpié las manos en el abrigo, intentando recuperar el control. Miré a Oliver Hale a los ojos y entendí, con una claridad desagradable, que aquel hombre no veía libros, ni recuerdos, ni a mi hermana llorando. Solo cifras.

—Esto no se va a quedar así —dije—. Se lo prometo.

Oliver sostuvo mi mirada un segundo más de lo necesario.

—Eso dicen todos —respondió—. Veremos qué hacen las señoritas Whitmore.

Diana lloraba en silencio. Yo apreté los dientes.

La guerra acababa de estallar.

Salimos del despacho del notario envueltas en una sensación de irrealidad confusa, difícil de sacudirse. El aire de Kensington me pareció demasiado limpio, demasiado ordenado para el caos que llevaba dentro. Caminé unos metros sin decir nada, con los puños cerrados dentro de los bolsillos del abrigo, sintiendo cómo la rabia me subía por el pecho con una rapidez peligrosa.

Echaba humo.

Lo notaba en la mandíbula rígida, en el latido insistente en las sienes, en las ganas urgentes de volver atrás y volcar la mesa del notario con todos esos papeles pulcros que acababan de dinamitar nuestra vida. Pero no podía. Diana caminaba a mi lado, encogida, los ojos enrojecidos, respirando de manera irregular. Así que hice lo único que sabía hacer desde pequeña: aguantar el tipo.

—Vamos a casa —dije, procurando que la voz me saliera firme—. Hablamos allí.

Diana asintió, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, avergonzada sin motivo. La rodeé con un brazo y la acerqué a mí, consciente de que, si me dejaba llevar por la furia, la perdería a ella por el camino. Y no podía permitírmelo.

El trayecto de vuelta fue silencioso. Yo miraba las calles sin ver realmente nada, repasando cada palabra que había salido de aquella boca fría y calculadora. Deuda. Intereses. Garantías. Librería. Todo sonaba a una historia ajena, a un error administrativo grotesco. Nada encajaba con el abuelo que yo había conocido.

Nada.

En cuanto cerramos la puerta de casa, Diana se dejó caer en el sofá y rompió a llorar de verdad, sin contención. Ese llanto profundo que no pide permiso y que arrastra todo lo que encuentra. Me arrodillé frente a ella y le tomé las manos.

—Escúchame —le dije—. No vamos a perder la librería.

—¿Cómo lo sabes? —sollozó—. Él… ese hombre… lo ha dicho muy claro.

Tragué saliva.

—Porque no voy a dejar que pase.

No era una frase bonita. Era un compromiso desesperado, pero real.

Ese día apenas comimos. Diana se fue a la cama temprano, agotada emocionalmente, después de mirarme a los ojos y decirme, con una súplica desnuda:

—Kate, por favor… luchemos por ella. Por la librería. Por él.

—Lo haremos —le respondí, sin dudar—. Te lo prometo.

Cuando me quedé sola, el silencio de la casa se volvió insoportable. Me senté en la mesa de la cocina con una libreta en blanco delante y empecé a escribir nombres, fechas, ideas inconexas. Arthur Whitmore. Préstamos. Hale. Años. Intereses. Intenté reconstruir algo parecido a una lógica.

El abuelo era ordenado hasta la obsesión. Apuntaba cada gasto, cada ingreso. No pedía dinero. No hablaba de ello. Vivía con poco y parecía satisfecho. ¿Por qué demonios iba a endeudarse así?

La primera posibilidad que me atravesó fue tan obvia como insoportable: enfermedad.

Me quedé quieta, con el bolígrafo suspendido en el aire. Pensé en citas médicas que no nos hubiera contado, en tratamientos caros, en decisiones tomadas en silencio para no preocuparnos. Pensé en su empeño por proteger, por filtrar la realidad. Podía haber hecho algo así. Era capaz.

Pero enseguida algo chirrió.

Si hubiera estado gravemente enfermo, Diana lo habría sabido. Vivían juntos. Compartían rutinas, comidas, silencios. No había habido visitas

constantes a hospitales, ni medicación sospechosa, ni ausencias prolongadas. Y, aun en el peor de los casos, ¿tanto dinero? ¿Durante tantos años?

Negué con la cabeza, frustrada.

Tampoco cuadraba un mal negocio. La librería funcionaba. No era un imperio, pero daba para vivir con dignidad. No había inversiones raras, ni cambios de rumbo, ni caprichos costosos. Todo en la vida del abuelo había sido coherente… salvo esto.

El plazo empezó a pesarme como una piedra enorme. No sabía exactamente cuánto tiempo teníamos, pero la sola idea de un reloj avanzando en nuestra contra me erizaba la piel. Me sentía atrapada en una carrera que no entendía, sin mapa, sin aliados claros.

¿A quién podía recurrir?

Pensé en Thomas, en su expresión contenida, en su incomodidad evidente. Él debía saber más de lo que había dicho. Pero incluso él parecía limitado por algo que no alcanzaba a ver. Pensé en el notario, en los papeles, en las cifras frías que no explicaban el porqué.

Y pensé, inevitablemente, en Oliver Hale.

Su seguridad insultante. Su forma de hablar del abuelo como si fuera una línea más en un balance. La naturalidad con la que había pronunciado la palabra *librería* como si fuera un objeto intercambiable. Me recorrió un escalofrío de rabia pura.

—No —murmuré para mí misma—. Esto no se acaba aquí.

Subí al despacho del abuelo pasada la medianoche. Encendí la lámpara de latón y me senté en su silla, invadiendo un espacio que aún parecía conservar su presencia. Abrí cajones, revisé carpetas, sobres antiguos, libretas con su letra firme. Números, sí. Pero ninguno que justificara semejante agujero.

Cuanto más buscaba, más evidente se hacía una cosa: aquellas deudas no tenían que ver con una mala gestión. Tenían que ver con algo que él había

decidido ocultar. Algo importante. Algo que consideró más relevante que su tranquilidad futura.

El cansancio empezó a pesarme en los hombros. Cerré los ojos un momento, apoyando la frente en la mano. La imagen de Diana llorando en el despacho del notario me golpeó con fuerza renovada. Su librería. Su refugio. Su mundo.

No podía fallarle.

Me acosté de madrugada, con la cabeza llena de preguntas sin respuesta. El runrún no me abandonó ni un segundo. No entendía nada, no veía una salida clara, no sabía por dónde empezar realmente. Pero había algo que sí tenía claro, con una certeza que no me dejó dormir del todo:

No iba a rendirme.

Al día siguiente, al amanecer, Diana llamó suavemente a mi puerta.

—Kate —susurró—. ¿Has dormido algo?

Negué con la cabeza.

Se sentó a mi lado, en la cama, y me tomó la mano con ambas.

—Sé que da miedo —dijo—. A mí también. Pero si alguien puede descubrir qué pasó… eres tú. Yo nunca he dejado de confiar en ti.

La miré. Sus ojos seguían cansados, pero había en ellos una determinación que me devolvió el aliento.

—Lucharemos —le repetí, emocionada—. Te lo juro.

Y, aunque no tenía todavía un plan, aunque todo fuera confuso y amenazante, en ese momento supe que ya había cruzado una línea invisible: no había vuelta atrás.

Capítulo 6



Oliver apareció dos días después, a media tarde, cuando la luz empezaba a volverse dorada y el barrio entraba en esa calma engañosa que siempre precede al cierre de las tiendas. Yo estaba detrás del mostrador revisando albaranes con una concentración más terca que eficiente; Diana ordenaba una mesa de novedades con su precisión habitual, alineando los libros hasta que quedaban perfectos. La campanilla de la puerta sonó y, durante un segundo, pensé que sería algún cliente más.

Luego vi el abrigo.

Corte impecable. Oscuro. Caro como él solo. Y esa forma de ocupar el espacio que no necesitaba presentaciones.

Oliver Hale entró sin vacilar, con la mirada recorriendo la librería como quien evalúa un activo. Llevaba la corbata en su sitio exacto. Ni una arruga. Si me fijé en ella fue porque le hubiera asfixiado tirando hasta quedarme tranquila. Por su parte, ni un gesto sobrante. Sus ojos claros se detuvieron en mí con una frialdad casi educada.

—Señorita Whitmore —saludó.

No sonrió. No miró alrededor con curiosidad. No lo hacía por interés; lo hacía por control.

Noté cómo se me tensaba la espalda.

—Señor Hale —respondí, sin moverme del sitio.

Diana lo vio también. Su cuerpo se quedó quieto un instante, como un animal que detecta peligro. Luego dejó el libro que tenía en la mano y se acercó al mostrador, colocándose a mi lado. No dijo nada, pero su presencia fue un mensaje. Juntas éramos más fuertes.

Oliver miró de reojo ese gesto y, por primera vez, sus labios se curvaron apenas. No era una sonrisa. Era una mueca de superioridad.

—He venido a hacer una pregunta muy sencilla —dijo—. ¿Ya han pensado qué van a hacer para pagar?

La rabia me subió con una rapidez eléctrica. Apreté la libreta con fuerza.

—Pensar —repetí, despacio—. Lo único que he pensado estos días es en trabajar.

Oliver ladeó la cabeza, con paciencia fingida.

—Trabajar está muy bien —concedió—. Pero no es un plan. Un plan incluye una cifra y una fecha.

—No vamos a pagar en una semana una cantidad que ni siquiera entiendo —repuse—. Y usted lo sabe.

Oliver se acercó un paso. El sonido de sus zapatos sobre la madera fue limpio, seco.

—Lo que sé es que su abuelo firmó. Lo que sé es que la deuda existe. Y lo que sé es que a mí no me interesa su proceso emocional con el asunto.

Diana soltó una exhalación indignada.

—No es “un asunto” —dijo—. Es nuestra vida.

Oliver la miró por primera vez con atención directa, evaluándola sin disimulo.

—Y usted debe ser Diana —comentó, como si estuviera tachando un nombre de una lista.

—Soy Diana —confirmó ella—. Y he estado aquí con mi abuelo toda mi vida.

Oliver volvió la vista hacia mí.

—Entonces entenderán que el plazo no es infinito.

—No me hable de plazos —repliqué, y mi voz salió más dura de lo que pretendía—. Usted apareció de la nada, después de un funeral, con una cifra absurdamente desorbitada, y pretende que nos dobleguemos sin hacer preguntas.

Oliver se apoyó con una mano en el mostrador, sin más. El gesto fue pequeño, pero invasivo; me dieron ganas de apartarle la mano de un golpe.

—No aparecí de la nada —dijo—. Su abuelo sabía perfectamente dónde estaba. Y dónde estaba mi padre.

La palabra "padre" salió sin calor. Como un título.

—¿Y cree que eso lo justifica? —le pregunté.

—Creo que eso lo explica —corrigió—. Y ahora lo que me interesa es si ustedes tienen intención real de pagar o si van a perder el tiempo con indignación.

Diana se inclinó hacia delante.

—¿Perder el tiempo? —repitió, ofendida—. ¿Usted se cree que esto es un juego?

Oliver la miró con esa calma glaciar que volvía todo más inquietante.

—Creo que dos chicas —dijo—, sin experiencia real en gestión, no van a levantar un negocio de este tipo bajo presión financiera. Y menos con la carga que tienen ahora.

Se me nubló la vista de rabia.

—No se atreva a…

Pero Diana me cortó, dando un paso al frente.

—Chica será su educación —escupió, y me sorprendió el filo de su voz—. Usted no sabe nada de este sitio.

Oliver alzó una ceja.

—¿Ah, no?

—No —repitió Diana, más firme—. Usted mira estanterías y ve dinero. Yo miro estanterías y veo gente. Veo historias. Veo la señora Margaret que viene cada semana y compra poesía porque le recuerda a su juventud. Veo el niño que aprendió a leer aquí, sentado en esa esquina, porque mi abuelo le regaló un libro cuando nadie más lo hacía.

Oliver no parpadeó.

—Qué conmovedor.

La palabra fue una bofetada.

Me incliné hacia él, incapaz de contenerme.

—No tiene derecho a entrar aquí y hablar así.

—Tengo derecho si poseo un contrato —respondió, sin levantar la voz—. Y lo poseo.

Diana apretó los puños.

—¿Por qué se cree mejor? —le preguntó, y su voz tembló de rabia—. ¿Porque viste caro? ¿Porque su padre tenía dinero? ¿Porque estudió una carrera y la terminó? ¿Eso le hace superior?

Oliver la miró con frialdad.

—La superioridad no me interesa. Me interesa la eficacia.

—Pues yo soy eficaz —replicó Diana, con una vehemencia preciosa—. Yo sé de libros mucho más que usted. Sé lo que quiere la gente sin que lo digan. Sé qué recomendar cuando alguien está mal y no lo admite. Sé qué historias ayudan a respirar. He estado aquí cada día. Cada día. Mientras usted estaba donde fuera, contando números.

Noté que mi garganta se cerraba. Diana hablaba desde un lugar hondo. No solo defendía la librería; se defendía a sí misma.

Oliver la observó unos segundos, y algo en su mirada cambió apenas. No ternura. No empatía. Más bien curiosidad, esa clase de curiosidad que aparece cuando un objeto se resiste a romperse.

—Muy bien —dijo al fin—. Usted sabe de libros. Estupendo. Pero el conocimiento no paga intereses.

Diana se quedó quieta, con la respiración acelerada.

—Y usted no sabe de personas —le disparó—. Y por eso no entiende nada.

Oliver se inclinó un poco hacia ella, sin invadirla del todo, pero lo suficiente para que la tensión le diera calambre.

—Lo que entiendo es que están intentando ganar tiempo —dijo—. Lo que entiendo es que creen que el mundo va a tenerles paciencia porque esta librería les parece bonita. Y el mundo no funciona así.

—¿Ah, no? —dije yo, con voz baja—. ¿Y cómo funciona? ¿Según sus reglas?

Oliver giró la cabeza hacia mí.

—Funciona según hechos. Y el hecho es que deben doscientas sesenta y cinco mil libras.

Me ardieron las palmas de las manos. Tenía tantas ganas de gritar que me dolía el pecho.

—¿Cuánto tiempo nos da? —le pregunté, obligándome a sonar racional.

Oliver se tomó un segundo. Me pareció casi teatral.

—Les daré el mismo tiempo que mi padre les dio durante años: el suficiente para que no puedan decir que no tuvieron oportunidad. Pero no voy a esperar eternamente.

—Necesitamos un plan —insistí—. No amenazas.

Oliver me sostuvo la mirada.

—Las amenazas son lo que sucede cuando se ignoran los planes —respondió—. Y ustedes no tienen ninguno.

Diana se llevó una mano al pecho, indignada.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Que vendamos nuestra vida en una semana?

—Quiero que entiendan la realidad —dijo Oliver—. Su abuelo tomó decisiones. Ustedes han heredado las consecuencias. Eso es todo.

La frase me dolió por lo fría que era. Tomó decisiones. Consecuencias. Lo reducía todo a un mecanismo.

Diana dio un paso hacia él otra vez.

—Mi abuelo no era un estúpido —le soltó—. Si pidió dinero sería porque lo necesitase. Porque lo necesitase de verdad. Sus motivos tendría. Él hubiera dado la vida por nuestro bienestar.

Oliver se quedó inmóvil. Por un segundo pensé que iba a reaccionar. No lo hizo. Su rostro se mantuvo impasible, pero sus ojos se endurecieron, como si esa frase hubiera tocado un punto que no quería reconocer.

—Lo que sé —dijo al fin— es que una deuda se paga.

—Pues yo sé —replicó Diana, y su voz se quebró solo un instante antes de afirmarse— que no se va a llevar esto sin pelear. No tiene ni idea de lo que significa para mí. Para nosotras. Aquí… aquí me siento capaz. Aquí soy alguien. Y usted viene a quitármelo porque cree que puede.

Oliver inspiró despacio, como si fuera él quien estuviera siendo paciente.

—No “creo” —dijo—. Puedo.

La frase dejó un silencio en la librería que pareció tragarse el aire. Incluso el ruido de la calle se volvió lejano.

Me enderecé, mirando a Oliver con una calma que no sentí por dentro, pero que conseguí fabricar por Diana.

—Entonces escúcheme bien —le advertí—. No vamos a arrodillarnos. No vamos a vender por pánico. Vamos a trabajar. Vamos a revisar cada documento. Vamos a entender qué demonios hizo mi abuelo. Y cuando sepamos la verdad completa, hablaremos.

Oliver sostuvo mi mirada unos segundos más, sin pestañear.

—Espero que entiendan la diferencia entre determinación y fantasía —respondió.

Luego se apartó del mostrador, se giró con esa elegancia cortante y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, se detuvo.

—Señoritas Whitmore —dijo, sin mirarnos del todo—. No me hagan volver muchas veces a preguntar lo mismo.

La campanilla sonó cuando cerró.

Me quedé quieta, con la respiración contenida. Diana temblaba de rabia, pero no lloraba. Eso me pareció un triunfo.

—¿Estás bien? —le pregunté, protectora.

Diana me miró, los ojos brillantes.

—Estoy furiosa —dijo—. Y no voy a dejar que nos aplaste.

Asentí, sintiendo que mi propia rabia se ordenaba en algo más útil.

—Entonces vamos a luchar —le respondí—. De verdad.

Diana apretó el puño, levantándolo apenas, como un gesto pequeño y contundente.

—Por el abuelo —dijo.

Miré el interior de la librería, ese espacio lleno de vida y memoria.

—Por nosotras —añadí.

Y el día siguió, pero ya no era el mismo.

Capítulo 7



Aquella noche no pude dormir. La discusión con Oliver se había quedado suspendida en el aire de la librería incluso después de cerrar, y el eco de sus palabras regresaba cada vez que intentaba apagar la mente. Me rendí cerca de las dos de la madrugada y bajé al salón en silencio, sin encender más luces que la pequeña lámpara junto al sillón del abuelo.

Me senté allí, con las piernas recogidas, y el recuerdo llegó sin avisar.

Tenía siete años.

Lo sé porque llevaba el uniforme del colegio nuevo, el que odiaba porque picaba en el cuello, y porque Diana era tan pequeña que apenas hablaba con frases completas. Aún decía “Kae” en vez de Kate y pronunciaba “abuelo” como “abu”.

El abuelo me había sentado en ese mismo salón. Recuerdo la luz de la tarde entrando oblicua por la ventana, la sensación de que algo no encajaba. Él no solía sentarme así, tan serio, con las manos apoyadas sobre las rodillas y la voz cuidadosamente medida.

—Kate —empezó, y ya entonces supe que algo estaba mal.

Yo tenía una intuición precoz para las grietas. Notaba cuando el mundo se desplazaba un centímetro.

—Mamá se ha ido —me comentó.

Así. Sin adornos. Sin rodeos.

Recuerdo que no entendí al principio. No era raro que nuestra madre, que se llamaba Elizabeth, se fuera. Siempre se iba. Viajaba por trabajo continuamente porque era guapísima y azafata de vuelo. Ella se debía a su compañía de vuelo para que no nos faltara de nada. Y el abuelo era su complemento perfecto, pues si podía llevar esa vida era porque contaba con la absoluta tranquilidad de que nos dejaba en las mejores manos. Cubría vuelos internacionales, dado que eran los mejor pagados y, en cuanto podía, aparecía en casa con mil anécdotas divertidísimas y regalos que parecían sacados de un catálogo de fantasía. Traía muñecas que hablaban en francés y camisetas de colores imposibles. Y nos hacíamos mil fotos mientras echábamos un millón de risas.

Elizabeth era un torbellino. Olía a perfume caro y a aeropuerto. Se movía deprisa, hablaba más deprisa todavía, reía con esa risa amplia que llenaba habitaciones. Y cuando estaba en casa, era puro exceso: nos llevaba a desayunar tortitas un martes cualquiera, nos dejaba dormir en el salón, inventaba juegos que terminaban con el abuelo fingiendo indignación mientras sonreía por lo bajo.

Pero también se iba. Y cuando se iba, el silencio se volvía espeso.

—¿Cuándo vuelve? —le pregunté aquella tarde, sentada en el borde del sofá.

El abuelo no contestó enseguida. Miró a Diana, que estaba jugando con una pieza de madera en el suelo, ajena a la conversación.

—No va a volver —repitió, con la voz rota en un punto que yo solo entendí años después.

—¿Está de viaje largo? —insistí.

El abuelo se inclinó hacia mí y me tomó las manos.

—Ha fallecido, Kate. Se ha ido al cielo.

La palabra cayó sin que yo supiera qué hacer con ella. Fallecido. Era una palabra adulta, lejana. Intenté traducirla a algo que pudiera entender.

—¿Se ha caído? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—¿Recuerdas ese accidente de avión que salió anoche en la tele? En el que decían que había varias víctimas.

Me quedé quieta. No lloré al instante. Lo recuerdo con una claridad meridiana: me sentí confundida antes que triste. Porque Elizabeth siempre regresaba. Siempre volvía con una historia nueva. Siempre prometía que, algún día, estaríamos juntas para siempre.

Diana levantó la vista entonces.

—¿Mamá? —dijo, y sonrió, como si esperara que apareciera en la puerta en cualquier momento.

Esa sonrisa me rompió algo por dentro.

Ahora, sentada en el sillón, adulta y con demasiadas preguntas, me dolía especialmente eso: que Diana apenas la recordara. Que su memoria de Elizabeth fuera un conjunto de imágenes borrosas, de anécdotas contadas más que vividas.

Yo sí la recuerdo.

Recuerdo su pelo siempre despeinado de forma estudiada, su forma de sentarse en el suelo sin preocuparse por el vestido, su manera de hablar del amor con una mezcla peligrosa de idealismo y drama.

Porque Elizabeth no había tenido suerte en el amor.

Mi padre la dejó cuando estaba embarazada. Ella me contaba otra versión, más brillante, más amable. Decía que era “como un príncipe azul”, que había tenido que irse por algo importante, que algún día volvería. A veces cambiaba

el oficio: era piloto, era científico, era explorador. Una vez incluso me contó que era astronauta.

—Está en el espacio, cariño —me dijo, señalando el cielo nocturno desde la ventana de la librería—. Por eso no puede bajar ahora mismo.

Yo la miraba con los ojos abiertos, fascinada. No me importaba que fuera imposible. Me gustaba creer que mi padre flotaba entre estrellas, ocupado en algo heroico.

Con el tiempo entendí que aquella fantasía era un escudo. Elizabeth edulcoraba la historia porque no soportaba la crudeza. Había estado muy enamorada. Demasiado. Y el golpe fue enorme.

Después decidió tener a Diana por inseminación artificial. Lo dijo así, sin vergüenza, cuando yo ya era un poco mayor y ya se había inseminado, luciendo pancita.

—No necesito un hombre para querer a un hijo —declaró, levantando la barbilla—. Necesito amor. Y eso me sobra.

Y era verdad. Amaba con una intensidad casi temeraria. Nos quería con todo lo que tenía, incluso cuando su forma de querer era caótica.

Nunca sentí a Diana como “media hermana” o “algo distinto”. Era mi superhermana. Mi otra mitad pequeña. La que me seguía por la librería, la que se escondía detrás de las estanterías, la que se dormía apoyada en mi hombro cuando Elizabeth volaba y el abuelo nos leía cuentos para distraernos.

A veces pienso que la fantasía de Elizabeth estaba ligada a haber crecido entre libros. La librería la envolvía desde niña; su mundo estaba hecho de historias. Quizás por eso convirtió su propia vida en una narración más amable de lo que era.

Me resultaba irónico, porque la abuela Rose también murió cuando ella era una niña, dejándola con el abuelo. Mi madre perdió a la suya, y nosotras la perdimos a ella.

Aquella tarde en que el abuelo me contó que había fallecido, no pudo decir mucho más. Que no había sufrido. Que estaba en paz. Que se había quedado surcando los cielos para siempre.

Yo asentí con la gravedad de quien intenta ser mayor de lo que es. Diana lloró porque yo lloré. No porque entendiera.

Años después seguía sintiendo su pérdida. Para mí, la vida no volvió a ser la misma. Y cuando me adentré en la aventura de la adolescencia lamenté su muerte mucho más, llegando a echarla insoportablemente de menos. Aquella casa dejó de ser mi lugar en el mundo para convertirse en otro del que solo quería huir.

Me levanté del sillón y caminé hasta la ventana. Londres dormía bajo una luz tenue. Pensé en las deudas. En Oliver Hale. En el hecho de que el abuelo nos había protegido hasta el final, incluso cuando eso implicaba cargar con algo enorme.

Me apoyé en el cristal frío.

Por si la ausencia de mi madre, y ahora también la de mi abuelo, fuese poca, contábamos con una deuda que no solo era financiera. Era familiar. Era emocional. Era algo que llevaba años enterrado bajo capas de silencio.

Y yo acababa de empezar a rascar la superficie.

La librería estaba en silencio cuando cerramos esa tarde. No era un silencio vacío, sino uno lleno de ecos recientes: pasos, voces, el roce de páginas, el tintinear de la campanilla de la puerta. Apagué las luces principales y dejé encendidas solo las lámparas cálidas del fondo; el espacio adquirió ese tono íntimo que siempre me había parecido casi doméstico.

Diana no se movió hacia la salida.

Se quedó en mitad de la sala, mirando alrededor con una expresión distinta. No triste. No asustada. Atenta.

—¿Qué pasa? —le pregunté, bajando la voz sin darme cuenta.

Ella tardó unos segundos en responder.

—¿Tú no lo notas? —carraspeó.

Sentí un pequeño escalofrío que intenté ignorar.

—¿Notar qué?

Diana avanzó un paso, muy despacio, sin pretender alterar nada.

—Hay algo diferente —murmuró—. No sé explicarlo bien.

La observé en silencio. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, como cuando escucha música a lo lejos.

—Desde que volvimos —continuó—. Desde el funeral. Siento que no estoy sola aquí.

El aire pareció espesarse.

—Diana… —empecé, con cautela.

—No me mires así —me interrumpió—. No estoy diciendo nada raro.

Intenté suavizar mi expresión. Lo último que quería era invalidar lo que estaba sintiendo.

—No te estoy mirando raro —mentí a medias—. Solo intento entender.

Ella se acercó a la estantería del fondo y pasó la mano por los lomos con la misma delicadeza que yo había tenido el día anterior.

—Es una presencia —dijo finalmente—. Es él.

La palabra me puso la piel de gallina. Sentí los vellos de los brazos erizarse bajo el jersey.

—¿Crees que es el abuelo? —le pregunté, procurando mantener el tono neutro.

Diana sonrió, pequeña, segura.

—Claro que es él.

No lo dijo con fantasía juvenil. Lo dijo con convicción tranquila, como quien afirma algo que no necesita demostración.

Miré alrededor. La escalera de madera inmóvil sobre el raíl. La luz dorada cayendo en ángulo. El sillón del rincón proyectando una sombra alargada.

Había algo en el ambiente, sí. No sobrenatural. Más bien una sensación de continuidad, de que el lugar no había quedado vacío del todo. La energía del abuelo estaba incrustada en cada objeto, en cada gesto aprendido.

—Me siento acompañada —añadió Diana—. Hoy, cuando estaba colocando los libros de la mesa central, he tenido la impresión de que alguien me observaba.

Un latido fuerte me cruzó el pecho.

—¿Y te dio miedo? —le pregunté.

—No —respondió enseguida—. Me dio calma.

Eso me desarmó.

Me acerqué a ella, bajando la intensidad de mis propios pensamientos.

—Diana… —dije, midiendo cada palabra—. El abuelo está en todo lo que hacemos aquí. Eso no es una locura.

Ella me miró, satisfecha de que no la contradijera.

—No es solo eso —insistió—. Es más fuerte.

Guardé silencio. Podría haberle hablado de memoria, de duelo, de cómo el cerebro intenta sostener lo que pierde. Pero su mirada no pedía una explicación racional. Pedía compañía.

Y, en el fondo, lo que describía no era miedo. Era consuelo.

Se sentó en el escalón inferior de la escalera y apoyó la espalda en la madera.

—Cuando Oliver entró aquí —me contó, bajando la voz—, sentí algo distinto.

El nombre cayó con tensión.

—¿Distinto cómo?

—Como si… —se detuvo y cambió la frase—. Como si esa presencia, la del abuelo, nos quisiera proteger.

Un escalofrío me recorrió la nuca. Me obligué a respirar con normalidad.

—Siempre nos protegerá —respondí—. No hace falta fantasmas para eso.

Diana sonrió apenas.

—No hablo de fantasmas.

Su tono era tan sereno que me descolocó.

—Hablas de qué, entonces.

Ella miró hacia el techo, donde las vigas antiguas dibujaban líneas firmes.

—De que algo ha cambiado aquí —dijo—. Antes era solo la librería del abuelo. Ahora es… nuestra.

La palabra quedó suspendida.

Nuestra.

La idea me atravesó con un peso distinto al miedo. No era amenaza. Era responsabilidad.

—Y cuando algo cambia —continuó—, el lugar también cambia. Yo lo noto. La librería sabe que luchamos por mantenerla. Y el abuelo también.

Solté una risa breve, nerviosa.

—Un poco raro sí que suena todo.

Diana me miró con paciencia.

—¿Y si no lo fuera?

Me senté frente a ella, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Qué sientes exactamente? —le pregunté, ya sin ironía.

Se tomó su tiempo.

—Que no estamos solas en esto —respondió—. Que el abuelo no nos dejaría caer tan fácil.

Esa frase me golpeó más que cualquier cifra.

—Ojalá fuera tan sencillo —murmuré.

Diana inclinó la cabeza.

—No digo que vaya a aparecer con dinero —aclaró—. Digo que nos dejó algo más.

—¿Qué cosa?

—Confianza.

La palabra me hizo tragar saliva.

—Tú estás pensando en las deudas todo el rato —añadió—. Yo también. Pero cuando entro aquí, siento otra cosa. Siento que esto merece que peleemos. Y que no estamos equivocadas al hacerlo.

Miré alrededor una vez más. Las estanterías altas. El suelo de madera gastado. La lámpara del rincón.

No había movimientos extraños. No había sombras inquietantes. Solo un espacio cargado de memoria.

Pero el modo en que Diana hablaba me afectaba más de lo que quería admitir.

—A mí me pone los pelos de punta —confesé en voz baja.

Ella sonrió.

—Eso es porque eres más racional que yo.

—No —respondí, sincera—. Es porque tengo miedo de no entender todo.

Diana se levantó y se acercó a mí.

—No tienes que entenderlo todo —dijo—. Solo tienes que quedarte.

Esa frase me caló hondo.

Me quedé en silencio, intentando ordenar el escalofrío que todavía me recorría los brazos. No sabía si aquello era sugestión, duelo o algo más profundo relacionado con el peso emocional del lugar. Lo que sí sabía era que Diana no estaba asustada. Estaba fortalecida.

Y eso importaba.

—¿Te ayuda sentir eso? —le pregunté.

—Mucho —respondió—. Me da valor cuando pienso en Oliver.

Ese nombre volvió a tensar el aire.

—Entonces no voy a discutírtelo —dije finalmente—. Si sentir al abuelo aquí te hace más fuerte, adelante.

Diana me abrazó sin previo aviso.

—Sabía que lo entenderías.

Cerré los ojos un segundo. Su abrazo era firme, seguro. No temblaba.

Me separé despacio y miré la librería con otra perspectiva. Tal vez no había una presencia literal. Tal vez solo era la suma de años de vida impregnando paredes y madera. Tal vez el duelo adopta formas extrañas cuando uno necesita sostenerse.

Pero si esa sensación mantenía a Diana de pie, no iba a arrebatársela.

Apagué la última lámpara y caminamos hacia la puerta.

Antes de salir, ella se volvió una vez más hacia el interior oscuro.

—Gracias —susurró.

No supe si se lo decía al abuelo, al lugar o a sí misma.

Yo no dije nada.

Pero mientras cerraba con llave, una sensación se instaló en mi pecho: había algo en esa librería que todavía no entendía. Y no tenía que ver solo con cifras.

Tenía que ver con pasado.

Y con secretos que todavía no habían terminado de hablar.

Capítulo 8



Quedé con Lucy en el café de la esquina porque tenía un significado para ambas. Ese sitio llevaba ahí desde antes de que yo aprendiera a decir “Notting Hill”. Tenía mesas pequeñas, sillas desparejadas y una vitrina de pasteles que parecía más decorativa que tentadora. Me senté junto a la ventana y miré la calle sin verla realmente, con el móvil en la mano, releyendo su último mensaje.

“Estoy deseando verte. De verdad.”

Me sorprendió lo rápido que me subió la emoción. Lucy y yo habíamos sido inseparables de niñas, de esas amistades que no necesitan explicarse. Luego crecimos, me marché, y el contacto quedó reducido a felicitaciones en cumpleaños y algún “tenemos que vernos cuando vuelvas a Londres” que nunca se concretaba. Yo había sido especialmente buena en desaparecer.

A los pocos minutos la vi acercarse por la acera, el abrigo abierto, el pelo cobrizo suelto, el paso decidido. Cambió de expresión en cuanto me localizó a través del cristal. Se le iluminó la cara de una manera tan honesta que me dejó sin defensas.

Entró y se detuvo un segundo, mirándome. Ese segundo fue suficiente para que se me encogiera el pecho.

—Kate… —susurró.

Me levanté antes de pensar. Nos abrazamos con fuerza, sin esa incomodidad típica de los reencuentros forzados. Fue un abrazo de los que

aprietan y recalibran.

—Te he echado tanto de menos —dijo ella, con la voz quebrándose.

—Yo también —le aseguré, y me sorprendió lo verdad que era.

Nos separamos y me miró de arriba abajo con una mezcla de ternura y reproche suave.

—Has cambiado —me comentó.

—Tú también —le devolví, intentando sonreír.

Lucy rio bajito y se sentó frente a mí.

—No sabes las ganas que tenía de verte —dijo—. Cuando me llegó tu mensaje… me quedé helada. Y luego pensé: "Por fin".

Tragué saliva.

—Perdí el contacto… —empecé.

—Lo perdiste tú —me corrigió, sin crueldad—. Pero estoy aquí, no me voy a poner a pasar lista de culpas. Solo… dime qué ha pasado.

Le conté lo del abuelo, lo justo para que entendiera. No entré en detalles del entierro; bastó con el nombre, con la ausencia, con lo definitivo. Lucy apretó los labios y bajó la mirada un instante.

—Era un hombre bueno —repuso—. Me acuerdo de él. Me dejaba quedarme en la librería aunque yo no comprara nada. Decía que leer también era una forma de pagar.

Asentí, con la garganta cerrada.

—Y ahora estoy aquí con Diana —continué—. Intentando sostener todo.

Lucy levantó la vista.

—¿Diana está bien?

—Está… valiente —respondí—. Mucho más de lo que la gente cree.

Lucy asintió, con esa seriedad que siempre aparecía cuando tocábamos algo importante.

—Vale —dijo—. Entonces dime lo otro. Lo que no estás diciendo.

Me quedé callada dos segundos. Lucy siempre había tenido ese radar.

—Hay una deuda —confesé—. Grande. Un hombre quiere cobrarla y amenaza con quedarse con la librería.

Lucy frunció el ceño.

—¿Quién? ¿Quién os está jodiendo la vida? ¿Algún conocido?

Bebí un sorbo de café para darme un segundo.

—No. Es un tipo rico y pretencioso llamado Oliver Hale.

Lucy parpadeó. Un parpadeo de sorpresa total.

—¿Has dicho Oliver Hale? —repitió despacio.

—¿Lo conoces?

Mi querida amiga respiró hondo, preparando el terreno.

—No te lo vas a creer, pero trabajo para ese engreído —me reveló.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué?

—Es alucinante —añadió enseguida—.Lo último que me podía imaginar en el mundo. Porque, ¿será el mismo Oliver Hale?

—Si tu jefe es petulante, insoportable y se cree el jodido ombligo del mundo, hablamos del mismo.

—Me temo que sí. Irresistible como un*a cheesecake*, de esas que tu abuelo nos ponía para merendar y que nos alegraban la vida, pero en el caso de Oliver, envenenado por dentro.

—Menuda casualidad. ¿Y qué haces exactamente en su casa?

—Aguantar el chaparrón —me confesó volteando los ojos, porque vaya malas pulgas que tiene el tío. Ah, vale, te refieres a que de qué trabajo allí. Pues chica, yo ni siquiera llegué a empezar la universidad, lo sabes, colgué los libros antes que tú. Pero siempre me las apañé bien. Fui avispada. Con Oliver, o con el Sr. Hale, como nos obliga a llamarle, empecé hace seis meses. Gestión de casa, organización, agenda… esas cosas. Es una casa enorme, cerca de Holland Park.

Me quedé mirándola. El mundo se había vuelto extrañamente pequeño.

—Lucy, ese hombre…

—Sí. Lo sé. No creas que me es grato trabajar con él. Pero espera, déjame explicarte.

Apoyó las manos en la mesa, inclinándose hacia mí, con la misma sinceridad que tenía cuando éramos niñas y compartíamos secretos en el patio del colegio.

—Es difícil —dijo—. Muy difícil. Y no solo por lo que hace. Es… su manera de estar en el mundo.

—Frío —solté.

Lucy asintió.

—Frío. Distante. Controlador. Todo lo organiza. Todo lo mide. Hay días en que parece un reloj con cuerpo.

Me dio rabia oírlo así, pero no porque fuera falso, sino porque era exacto.

—Su padre murió hace poco —continuó—. Y él se quedó al mando de todo. Ya antes controlaba las finanzas familiares, pero ahora… ahora se nota el

peso.

—¿Y su vida personal? —le pregunté, intentando ordenar la información —. ¿Tiene pareja? ¿Algo?

Lucy hizo una mueca.

—Recién divorciado.

Esa frase me dejó quieta.

—¿Divorciado?

—Sí. No habla de ello, pero se nota. No me dio tiempo a conocer a su ex. Pero tampoco te creas que debía ser la alegría de la huerta. En la casa, el servicio habla con alivio de su marcha. Se llama Nancy.

Lucy se humedeció los labios, dudando.

—Y tienen una niña. La cría sí que es deliciosa, pero deliciosa de verdad. Qué lástima, porque su padre parece ir todo el día a la suya. La tiene como en una jaula de oro, pero le falta su presencia. Y en cuanto a su madre, es que ella no viene ni a recogerla prácticamente. Tras el divorcio, él se la quedó. Y déjame decirte que si Oliver es el mejor de los dos, no envidio la posición de esa cría, por mucho dinero que vaya a heredar en su momento.

Mi pulso cambió.

—¿Una hija dices?

Lucy asintió.

—Se llama Emma. Tiene… seis años. Como te digo, Oliver está presente en lo físico. No en lo emocional, ¿entiendes? La niña intenta hablarle y él responde con frases cortas, correctas, como si le costara improvisar cariño. No es cruel. No le grita. Solo… parece no saber qué hacer con lo tierno.

No supe qué decir. La imagen chocaba con el Oliver que yo tenía en la cabeza, pero también encajaba: el mismo control aplicado a algo que no se

puede controlar.

—Tampoco él debió recibir demasiado cariño de su padre, la verdad. Y en cuanto a su madre, dicen que Oliver la perdió cuando era un niño de corta edad.

Esa frase me dejó en silencio.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha contado él?

—¿Estás de coña? No me lo imagino contándome su vida. Y Dios me libre de que se dirija a mí más de la cuenta. Ese tipo me impone una barbaridad. Me quiero hacer transparente cuando aparece.

Me pasé la mano por el pelo, intentando procesar.

—¿Su padre era igual que él? —le pregunté.

Lucy soltó una risa corta, sin humor.

—Peor. Oliver lo menciona con respeto, pero también con… tensión. Hace muy poco que murió. A él sí que tuve el "placer" de conocerlo, ¿detectas la ironía? Un hombre de esos que no piden, exigen. Oliver heredó el temple y el tono. Y creo que también heredó el miedo a parecer débil.

Mi cabeza se llenó de piezas que no sabía dónde encajar. El padre fallecido. La madre muerta. El divorcio. Una niña pequeña. Y ese control absoluto como una armadura.

Lucy me miró con intensidad.

—Kate, no estoy justificándolo. Solo te cuento lo que sé. A veces, cuando la niña se queda dormida en el sofá, él la tapa con una manta. Lo hace bien, con cuidado. Luego se queda mirando un segundo, quieto. Y se va al despacho. Siempre se va al despacho.

Noté un escalofrío que me erizó la piel. No de ternura. De inquietud. Porque ese detalle lo volvía humano, y lo humano es más complicado que lo monstruoso.

—¿Y tú qué haces con todo esto? —pregunté—. ¿Por qué sigues ahí?

Lucy se encogió de hombros.

—Porque necesito el trabajo. Y porque, aunque sea un estúpido, no es un narco ni un explotador. Es un hombre que no sabe vivir de otra forma. Eso no lo convierte en bueno, pero lo vuelve predecible.

—A mí me parece peligroso —opiné.

Lucy asintió sin discutir.

—No te voy a decir que sea un bálsamo, pero a mí no me ha hecho daño. Aunque tampoco me cambio por ti si le debes dinero. Creo que el dinero es el verdadero motor de su vida.

—No sabe lo que está destruyendo —murmuré.

Lucy me tomó la mano por encima de la mesa. El gesto me enterneció más que todo lo anterior.

—Por esto quería verte —dijo—. Para estar contigo. Porque me dolió verte desaparecer durante años, Kate. Y porque ahora… ahora te necesito cerca, aunque suene egoísta.

Suspiré.

—No es egoísta.

Lucy apretó mis dedos.

—Dime qué necesitas de mí —dijo—. Y seré cuidadosa. No voy a hacer locuras. Pero puedo escuchar, puedo ver cosas, puedo darte información. Y, si ese hombre va a por la librería… quiero que sepas que no estás sola.

La miré, con el pecho apretado por una gratitud difícil de expresar.

—Gracias —susurré—. No sabes lo que significa para mí.

Lucy sonrió, por fin, con la misma sonrisa de cuando éramos niñas.

—Sí lo sé —respondió—. Porque yo también te he echado de menos todo este tiempo.

Nos quedamos unos segundos en silencio, sosteniendo ese reencuentro, esa vuelta al origen que no esperaba encontrar en medio de un desastre. Y celebrando una coincidencia de esas que te hacen pensar que el mundo es un pañuelo.

Oliver Hale no era solo un enemigo. Era un hombre con grietas. Y eso podía ser un problema… o una puerta.

Todavía no sabía cuál. Pero ya no estaba atascada.

Capítulo 9



La mañana empezó tranquila, demasiado tranquila para mi gusto. Diana estaba colocando una pila de novedades en la mesa central mientras yo revisaba unas facturas en el mostrador, intentando entender cifras que parecían escritas en otro idioma. El murmullo bajo de una pareja que hojeaba libros de viajes llenaba el aire con una normalidad de las que no hacen sospechar que se avecina tormenta.

La campanilla de la puerta sonó.

No levanté la vista al instante. Había aprendido que no podía sobresaltarme cada vez que alguien entraba. Pero sentí algo en el ambiente, una tensión leve, distinta.

—Buenos días —dijo una voz masculina, clara, medida.

Levanté la cabeza.

Oliver Hale.

Apariencia jodidamente perfecta y vanguardista. No parecía pertenecer a ese espacio de madera cálida y apariencia clásica. Su presencia introducía una línea recta en un lugar hecho de curvas.

No venía solo.

A su lado estaba Thomas, el abogado del abuelo, con expresión preocupada y un maletín bajo el brazo.

Sentí que algo se tensaba dentro de mí.

—Señor Hale —dije, saliendo del mostrador—. No esperaba su visita. Otra vez —recalqué con ironía.

—No necesita esperarla —respondió—. Es una cuestión pendiente. Como no he tenido noticias suyas…

Diana se giró despacio. En cuanto lo vio, su postura cambió, pero no dio un paso atrás.

—Estamos abiertos —dijo ella con serenidad—. Si quiere comprar un libro, puede hacerlo.

Oliver la miró apenas un segundo, con esa evaluación silenciosa que me irritaba.

—No he venido a comprar —respondió.

Thomas carraspeó.

—Kate, Diana… quizás podamos hablar un momento.

—Aquí no —respondí de inmediato—. Esto es un negocio.

—Precisamente —dijo Oliver, deslizando una carpeta sobre la mesa central —. Es de eso de lo que vamos a hablar.

El gesto fue quirúrgico. No agresivo. Solo decidido.

Un cliente levantó la vista, curioso. Respiré hondo.

—Cinco minutos —dije—. Al fondo.

Caminamos hasta la pequeña mesa junto a la sección de clásicos. Oliver no se sentó. Permaneció de pie, dominando el espacio sin necesidad de elevar la voz.

Abrió la carpeta.

—Este es el plan de pagos formal —explicó—. Han pasado varios días desde la notificación. No he recibido ninguna propuesta por su parte.

Miré el documento sin tocarlo.

—Estamos trabajando —respondí.

—¿En qué exactamente?

—En mantener la librería viva. Ya se lo dije.

Oliver alzó una ceja.

—Eso no es una estrategia financiera.

Thomas intervino con tono conciliador.

—El señor Hale ha estructurado una opción que considera viable. Primera cuota en cuarenta y cinco días. Una cantidad inicial significativa que demuestre compromiso.

—¿Significativa cuánto? —pregunté, sabiendo que no me iba a gustar la respuesta.

Oliver habló sin consultar el papel.

—Treinta mil libras.

El número cayó como plomo.

Diana inhaló con fuerza.

—Eso es imposible —dijo.

Oliver la miró con frialdad contenida.

—Nada es imposible. Es una cuestión de prioridades.

—Nuestra prioridad es este lugar —repuse.

—Entonces deberían tratarlo como tal —respondió—. Con disciplina. Con números claros.

Tomé el documento y pasé las páginas.

—Acceso completo a nuestras cuentas —leí en voz alta—. Supervisión mensual. Derecho a veto en decisiones estratégicas.

Levanté la vista.

—Quiere dirigir la librería.

—Quiero asegurar mi inversión —corrigió.

—No es su inversión —repliqué—. Es el legado de nuestro abuelo.

Oliver sostuvo mi mirada sin pestañear.

—Un legado con una deuda de trescientas mil libras no es un símbolo familiar. Es un pasivo.

El término me golpeó.

—No vuelva a hablar de este lugar como si fuera una hoja de cálculo —exigí, bajando la voz.

—Es exactamente eso en este contexto.

Diana dio un paso al frente.

—Usted no entiende nada de libros.

Oliver la observó, esta vez con más atención.

—No necesito entender de libros —respondió—. Necesito entender de responsabilidad.

—Yo he estado aquí toda mi vida —dijo Diana, firme—. Sé qué buscan los clientes. Sé qué funciona. Sé qué no. Usted solo ve cifras.

—Las cifras sostienen negocios —contestó él.

—Las personas los sostienen —replicó ella.

—Además, no vamos a repetirnos más. Ya mantuvimos esta misma discusión el otro día, si no me falla la memoria. Y no me suele fallar.

Hubo un silencio breve, complicado.

Thomas miró el reloj, impaciente.

—Quizás podríamos centrarnos en la viabilidad —propuso.

Pasé otra página.

—Cláusula de intervención en caso de incumplimiento —leí—. Conversión inmediata de propiedad en activo ejecutable.

Levanté la vista, sintiendo que me ardían las mejillas.

—Quiere que firmemos nuestra rendición anticipada.

—Quiero garantías —respondió Oliver.

—¿Garantías de qué? ¿De que no somos “dos chicas sin experiencia financiera” jugando a comerciantes? —solté, citando algo que había dicho días atrás.

Sus ojos se estrecharon apenas.

—Las emociones no pagan intereses, señorita Whitmore.

—Y el desprecio no construye confianza, señor Hale.

Un murmullo suave se filtró desde la zona de clientes. Recordé dónde estábamos.

—Baje el tono —ordené.

—No lo he subido —respondió.

Y era verdad.

Eso era lo peor.

Diana miró el documento y luego a él.

—¿Y si no aceptamos?

Oliver no dudó.

—Entonces ejecuto la garantía en cuarenta y cinco días.

Sentí que el suelo se movía bajo mis pies.

—No puede hacerlo tan rápido.

—Puedo.

Thomas asintió con pesar.

—Legalmente, es correcto.

El silencio volvió a instalarse.

—¿Disfruta con esto? —le pregunté de pronto.

Oliver no respondió al instante.

—No se trata de disfrute —me comentó finalmente—. Se trata de orden.

—Orden —repetí, amarga—. ¿Y qué sabe usted de este lugar?

Por primera vez, su mirada recorrió el espacio con detenimiento. Las estanterías altas. La escalera. La luz que entraba desde la ventana.

—Sé que no es suficiente para cubrir una deuda de esa magnitud —respondió.

—Quizás si hubiera sabido cómo era mi abuelo —dije—, entendería que algo no encaja en todo esto.

Sus ojos regresaron a los míos.

—Lo que no encaja son los números —replicó—. Mi padre no prestaba dinero por sentimentalismo.

El tono cambió apenas al mencionar a su padre. Un filo más duro.

—Tal vez su padre no fuera tan impecable como cree —le solté sin pensar.

Thomas abrió la boca, alarmado.

Oliver se quedó inmóvil.

—Tenga cuidado con lo que insinúa —dijo con voz baja.

No había grito. Había advertencia.

—Tengo cuidado —respondí—. Lo que no tengo es miedo.

Eso no era del todo cierto. Pero no iba a mostrarlo.

Oliver cerró la carpeta con precisión.

—Cuarenta y cinco días —repitió—. Y una reunión semanal para revisar avances.

—¿Va a venir aquí cada semana? —preguntó Diana.

—Sí.

El simple *sí* me recorrió la espalda.

—Entonces prepárese —le advertí—. Porque no vamos a vender el alma de este lugar para cumplir con su calendario.

Oliver sostuvo mi mirada un segundo más de lo necesario.

—Veremos qué están dispuestas a vender —respondió.

Se dio la vuelta con elegancia controlada.

Thomas nos miró con pesar.

—Intenten reunir algo —susurró—. Lo que sea. Eso cambiaría la negociación.

Cuando salieron, la campanilla volvió a sonar.

La puerta se cerró.

El silencio que quedó fue distinto. Más comprimido.

Diana soltó el aire que llevaba conteniendo.

—No me gusta cómo te mira —suspiró.

Me apoyé en la mesa, intentando estabilizar el pulso.

—A mí tampoco —respondí.

Pero no era solo rechazo lo que sentía.

Era algo peor.

Porque debajo de su frialdad había despotismo. Y porque la guerra acababa de volverse más cercana.

Cuarenta y cinco días.

Y ahora, además, visitas semanales.

La batalla no iba a librarse desde la distancia.

Iba a ser cuerpo a cuerpo.

Y eso lo cambiaba todo.

Cerramos más tarde de lo habitual. No porque hubiera entrado mucha gente, sino porque nos costó decidir el momento exacto en que apagar las luces. La visita de Oliver había dejado una especie de mal rollo flotando en el aire, algo que no se disipaba con facilidad.

Diana fue la última en moverse hacia la puerta.

Yo estaba recogiendo unos papeles detrás del mostrador cuando noté que no salía. Levanté la vista y la vi de pie en mitad de la librería, mirando hacia la escalera de madera.

—¿Vienes? —le pregunté.

No respondió de inmediato.

—Un segundo —dijo al fin, en voz baja.

Algo en su tono me hizo quedarme quieta.

Avanzó unos pasos hasta el centro de la sala. No había excentricidad en su gesto, ni intención de llamar la atención. Solo una concentración profunda, como cuando recomendaba el libro exacto y necesitaba las palabras para convencer al comprador.

—Abu —murmuró.

Sentí un leve cosquilleo en la nuca.

No era miedo. Era la sensación de estar presenciando algo íntimo.

—Sé que estás aquí, abuelo —continuó, con naturalidad—. Lo siento hoy más que nunca.

Me apoyé en el borde del mostrador sin interrumpirla.

Diana alzó la barbilla apenas.

—Nos has metido en un lío enorme —dijo, y casi sonrió—. Ya lo sabes.

Hubo un silencio suave, lleno de madera, de libros, de polvo antiguo.

—No entiendo por qué —añadió—. Y Kate tampoco. Ella no lo dice, pero está muy asustada.

Sentí un nudo en la garganta. No me había oído hablar de miedo en voz alta, pero me conocía demasiado bien.

Diana dio un paso más hacia la escalera.

—Hoy ha venido ese hombre otra vez —siguió—. El de los trajes caros. El que habla como si todo fueran matemáticas.

Su tono no tenía rabia. Tenía firmeza.

—Dice que tenemos cuarenta y cinco días —dijo—. Que si no pagamos, se queda con la librería.

El eco de esas palabras todavía me revolvía el estómago.

—Tú siempre decías que los libros eran más fuertes que el dinero —añadió Diana—. Que lo que se construye con amor no se cae tan fácil.

Tragué saliva.

La luz cálida del fondo iluminaba su perfil. No parecía frágil. Parecía decidida.

—Si estás aquí —susurró—, ayúdanos.

El silencio se volvió más profundo. No ocurrió nada visible. Ningún sonido extraño. Ninguna señal.

Pero Diana no parecía esperar una respuesta espectacular.

—No te pido milagros —continuó—. Solo claridad. Solo una pista. Algo que nos ayude a entender por qué hiciste esto.

Yo bajé la mirada al suelo, sintiendo que invadía un momento que no me pertenecía del todo.

—Kate está un poco enfadada contigo —dijo Diana, con honestidad—. No quiere decirlo. Pero lo está.

Me dolió oírlo formulado así.

—Yo no —añadió ella—. Yo confío en que tenías una razón.

Sus palabras quedaron suspendidas entre las estanterías.

Diana cerró los ojos un instante.

—Si de verdad estás aquí —murmuró—, haz que no perdamos esto.

El aire no cambió. La librería siguió siendo la misma. Sin embargo, la tensión que llevaba todo el día dentro empezó a aflojarse ligeramente, como si alguien hubiera abierto una ventana invisible.

Diana respiró hondo y abrió los ojos.

—Gracias —añadió con sencillez.

Luego se giró hacia mí.

No parecía avergonzada ni alterada. Solo tranquila.

—¿Has terminado? —preguntó.

Asentí.

—Sí.

Apagué la última lámpara y caminé hacia ella.

—¿Te hace bien hablarle? —le pregunté, ya en la puerta.

Diana me miró sin defensas.

—Sí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Porque no me siento sola.

La llave giró en la cerradura con un sonido firme.

—No estás sola —le recordé.

Diana sonrió, pero negó suavemente con la cabeza.

—Lo sé. Pero cuando le hablo… siento que nos sostiene un poco.

Miré el escaparate bajo la luz tenue de la calle. Las ventanas reflejaban un interior ya oscuro, lleno de sombras ordenadas.

—¿Y si no hay nadie escuchando? —la interrogué.

Diana caminó a mi lado, tranquila.

—Sí lo hay —respondió—. Te apuesto mis ahorrillos… Ay, no, si ahora somos, ¿cómo se dice? ¿Deudoras? Tendré que abrir mi hucha para deberle menos dinerito al idiota ese.

Me inspiró una ternura increíble, poco adelantaríamos con eso.

Nos quedamos un segundo en la acera, antes de cruzar hacia casa.

El viento movía apenas las hojas de un árbol cercano. Londres seguía su ritmo indiferente.

Pensé en las deudas, en Oliver, en el plazo que nos ahogaba. Pensé también en la fe tranquila de mi hermana, en su manera de no dejarse arrastrar por el miedo.

Quizás no había espíritus.

Quizás solo había memoria.

Pero mientras caminábamos juntas, sentí que la librería no era un edificio a punto de caer.

Era una historia que aún no había terminado de contarse.

Y el peso en mi pecho no me pareció imposible de llevar.

Capítulo 10



La fachada rosa pastel de nuestra casa parecía idéntica a todas las noches. La farola proyectaba una luz cálida sobre la puerta, el pequeño escalón, las macetas que el abuelo cuidaba con paciencia meticulosa. Pero algo no encajaba.

Las cortinas del salón estaban entreabiertas.

Y había luz dentro.

Me detuve en seco.

—¿Has dejado algo encendido? —le pregunté a Diana, aunque sabía que no.

Ella también se quedó quieta.

—No —susurró.

La bombilla del salón no era tenue. Era la lámpara grande. La que nunca dejábamos encendida al salir.

El corazón me empezó a golpear con fuerza. No por superstición, sino por pura lógica.

—Quédate detrás de mí —le pedí.

Diana no obedeció del todo.

Se acercó un paso más.

—¿Y si…?

—No digas nada —corté.

Metí la llave con cuidado, intentando que el metal no hiciera ruido. Giré lentamente. Empujé la puerta.

El olor de casa nos recibió primero. Madera, libro antiguo, una nota leve de té negro que parecía haber quedado flotando en el aire desde siempre.

Y la luz.

La lámpara del salón encendida. La que había dado la voz de alarma.

Diana dio un respingo.

—Voy a por algo —murmuró, y salió disparada hacia la cocina.

—¡Diana! —susurré, pero ya no estaba.

Avancé despacio hacia el salón. Cada paso parecía resonar más de lo normal sobre la madera. Sentía el pulso en las sienes.

Desde el umbral pude ver el sofá.

Había una figura sentada.

Inmóvil.

De espaldas.

El aire se volvió pánico.

Tragué saliva.

—¿Quién está ahí? —pregunté, con la voz más firme de lo que me sentía.

La figura no respondió.

Diana apareció a mi lado, empuñando una escoba como si fuera una lanza.

—¡Nos vamos a defender! —susurró con una valentía que me rompió el corazón.

Avancé un paso más.

La figura giró la cabeza.

Y el mundo se detuvo.

El aire desapareció de mis pulmones.

El suelo dejó de tener consistencia.

El rostro que se volvió hacia mí no era un desconocido.

No era un intruso.

Era un recuerdo.

Era una fotografía antigua.

Era una voz que creía enterrada.

Era la prueba que Diana le había pedido al abuelo.

Cabello ligeramente ondulado, más corto que en mis recuerdos, pero igual de oscuro. La curva de la boca que tantas veces me había prometido aventuras imposibles. Los ojos brillantes, ahora húmedos.

—Kate… —dijo.

La escoba cayó al suelo.

Yo también.

No recuerdo haber dado el paso. Solo recuerdo que mis rodillas dejaron de sostenerme. El mundo se inclinó. El salón se volvió borroso.

—No —susurré.

No como negación. Como incredulidad.

—No puede ser.

Diana respiraba con dificultad a mi lado.

—¿Mamá? —preguntó, con una voz pequeña que no había escuchado desde que tenía dos años.

La mujer en el sofá se levantó despacio. Sus manos temblaban.

—Sí —respondió.

Ese *sí* fue una grieta en el universo.

Me apoyé en el suelo con las palmas, intentando recuperar el equilibrio. Sentía frío en las manos, calor en el rostro.

—Tú… —empecé, pero la palabra se deshizo.

Elizabeth.

Nuestra madre.

Muerta desde hacía años.

Muerta desde que yo tenía siete.

Muerta en una tarde con luz oblicua y palabras medidas del abuelo.

Estaba de pie en nuestro salón.

No era un fantasma. No era un sueño. La luz la tocaba, proyectaba sombra sobre la alfombra. Respiraba. Lloraba.

—No… —repetí, más fuerte.

Diana dio un paso hacia ella.

—Es mamá —dijo, con una certeza temblorosa.

—No te acerques —le solté de golpe.

No por miedo a ella.

Por miedo a que desapareciera.

Elizabeth dio un paso también, pero se detuvo al ver mi expresión.

—Kate —susurró, y esa manera de decir mi nombre me arrasó el pecho.

Me puse en pie con dificultad. Sentía las piernas débiles.

La miré de arriba abajo. Más delgada. Más cansada. Había líneas en su rostro que no estaban en mis recuerdos. Pero era ella. No había duda.

—Estás muerta —afirmé, con una calma que no reconocí.

Sus labios temblaron.

—No.

Una sola palabra.

Diana empezó a llorar. No con ruido, sino con un llanto silencioso que le sacudía los hombros.

—Abu dijo que… —balbuceó.

Sentí que algo dentro de mí se rompía con un sonido limpio.

—El abuelo dijo que habías fallecido —continué yo—. Que falleciste en el fatídico accidente de aquel avión.

Elizabeth cerró los ojos un instante.

Cuando los abrió, había una mezcla de culpa y amor que me dejó sin respiración.

—Lo sé —murmuró.

El silencio que siguió fue insoportable.

Las paredes parecían observarnos.

Los libros.

La lámpara.

La casa entera.

—¿Cómo…? —intenté formular, pero las preguntas se atropellaban.

¿Dónde habías estado?

¿Por qué?

¿Durante cuánto tiempo?

¿Sabía el abuelo?

¿Fue mentira todo?

Mi mente no podía organizarlo.

Elizabeth dio otro paso, muy despacio.

—No quería que esto fuera así —dijo.

Esa frase me encendió algo dentro.

—¿Así cómo? —pregunté.

Mi voz sonó distinta. Más dura.

Diana se acercó a mí y me tomó la mano. Su mano estaba helada.

—Kate —susurró.

Yo no aparté la vista de Elizabeth.

Había pasado años reconstruyendo mi vida alrededor de su ausencia. Había llorado. Había odiado. Había aceptado.

Y ahora estaba ahí.

En nuestro salón.

Respirando.

—No puede ser verdad —dije, más para mí que para ella.

Elizabeth dio un último paso y quedó bajo la luz directa de la lámpara.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Es verdad —dijo.

El aire vibró con esas palabras.

Diana dio otro paso hacia ella, y esta vez no la detuve.

—Mamá —repitió, con voz quebrada.

Elizabeth extendió una mano temblorosa.

Yo sentí que el tiempo se comprimía.

Muchos años.

Fotografías guardadas.

Cuentos inventados.

Un astronauta que nunca existió.

El abuelo protegiéndonos.

La deuda.

Todo empezó a girar.

—Tú… —logré decir al fin, la garganta ardiendo—. Tú estabas viva.

Elizabeth asintió, apenas.

La lámpara zumbaba suavemente sobre nuestras cabezas.

Diana sollozaba a mi lado.

Y yo, de pie frente a la mujer que había sido mi herida más antigua, solo pude susurrar una pregunta que llevaba años enterrada.

—¿Por qué? —dije.

Elizabeth abrió la boca.

Y en ese instante, justo antes de que saliera cualquier explicación, sentí que el mundo volvía a inclinarse.

Elizabeth se inclinó hacia mí en cuanto vio que intentaba incorporarme sin conseguirlo. Sentí sus manos en mis hombros, cálidas, reales, firmes.

—Tranquila, Kate —murmuró—. Estoy aquí. No te va a pasar nada.

Su voz tenía el mismo timbre de mis recuerdos, solo que ahora estaba atravesada por algo más profundo. Culpa, quizás. Cansancio. Vida.

—No me toques —susurré primero, pero no me aparté.

La miré de cerca. Las líneas finas junto a los ojos. La piel más apagada. La boca temblorosa.

—Eres tú… —dije, y mi garganta ardía—. Eres tú.

—Sí.

Diana no dejaba de sollozar detrás de nosotras.

—Mamá… mamá… —repetía, como si temiera que la palabra se deshiciera.

Elizabeth me ayudó a incorporarme con cuidado. Me sostuvo por los brazos, temiendo que volviera a caer. Noté la presión de sus dedos, la fuerza real.

—Respira —me pidió—. Respira conmigo.

No sabía si quería hacerlo, pero obedecí. El aire entró en mis pulmones con dificultad.

Ella me llevó hasta el sofá, despacio, igual que si yo fuera una niña y ella no hubiera desaparecido durante años. Me sentó y se arrodilló frente a mí.

Diana se dejó caer a mi lado, aferrándose a mi manga.

—No entiendo nada —le dije, mirándola con una mezcla de rabia y desorientación—. No entiendo nada.

Ella bajó la cabeza un segundo, luego volvió a mirarme.

—Lo sé.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué, por qué, por qué?

Las preguntas salían atropelladas.

—He tenido que volver —dijo en voz baja.

—¿Volver de dónde? —corté—. ¿De tu tumba?

El golpe fue cruel, pero no lo medí.

Elizabeth no se defendió.

—No pude volver antes —continuó—. Vuestro abuelo no me lo habría permitido.

Diana levantó la vista, los ojos rojos.

—¿No te lo hubiera permitido? —repitió.

—Durante años —prosiguió ella—, no podía acercarme. No podía ni llamar.

—¿Por qué? —volví a exigir.

Elizabeth inspiró hondo.

—Porque no era la madre que creíais que era.

El silencio se volvió tenso.

—Siempre fuiste fantástica para nosotros —dije, con voz quebrada—. Siempre lo fuiste.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No, Kate —respondió—. No lo fui.

Negué con la cabeza.

—Tú eras… divertida. Nos querías. Nos traías regalos. Nos contabas historias.

Elizabeth sonrió con tristeza.

—Eso era la parte brillante. La que quería que vierais.

Se sentó frente a nosotras, manteniendo cierta distancia.

—Siempre tuve la cabeza desordenada —confesó—. Desde joven. La muerte de mi madre me rompió más de lo que supe reconocer. Yo creía que tener hijas me iba a salvar. Que si construía una familia, todo se arreglaría.

Miró a Diana.

—Y os quise. De verdad que os quise.

—Entonces ¿por qué te fuiste? —preguntó Diana, casi en un susurro.

Elizabeth cerró los ojos un instante.

—Porque no sabía ser adulta —respondió—. Porque vivía de fiesta en fiesta. Porque empecé a rodearme de gente que no era buena para mí. Porque probé cosas que no debía probar y coqueteé con drogas más allá de la simple puntualidad.

El aire se volvió irrespirable.

—¿Drogas? —pregunté, con la palabra ardiéndome en la lengua.

Asintió.

—Al principio era algo esporádico. Luego dejó de serlo. Y cada vez era peor. Y no solo drogas. También alcohol, salidas, desenfreno total…

Me quedé inmóvil.

—Tu padre me dejó, Kate —continuó.

—Y seguro que no para irse al espacio, me temo —solté con ironía.

—No. No era nadie de provecho. Solo otro alma libre como yo con el que me vi unas cuantas semanas y que me dio esquinazo en cuanto supo que semejante responsabilidad venía de camino.

Esa verdad me golpeó con violencia.

—Me hablaste de él como si fuera un príncipe —susurré.

Elizabeth dejó escapar una risa amarga.

—Yo necesitaba creer eso. Si él era un príncipe, yo no era un desastre.

Diana sollozó más fuerte.

—Y el padre de Diana… —añadió— tampoco fue inseminación artificial. Eso fue otra historia que inventamos. Era un hombre que tampoco estaba bien. Yo elegía mal. Siempre.

Sentí que el suelo volvía a desplazarse bajo mis pies.

—El abuelo… —murmuré.

—Tu abuelo sostenía todo —dijo Elizabeth con firmeza—. Pagaba deudas. Cubría mis errores. Os cuidaba cuando yo no aparecía. Fingía que yo estaba trabajando en el extranjero cuando estaba perdida en cualquier sitio. Solo me pedía que, cuando viniese a veros, me comportase como una madre ideal, como la madre que os merecíais. Él compraba esos regalos tan fantásticos que yo os entregaba.

Me llevé las manos a la cara.

—No…

—Sí.

Su voz era firme ahora.

—Un día discutimos. Muy fuerte. Él estaba harto. Me dijo que no iba a financiar más mi vida. Que si seguía así, iba a buscar la forma de apartarme legalmente de vosotras.

Sentí un vacío en el estómago.

—Y yo… —continuó— me enfurecí. Le dije que si me cortaba el grifo, me llevaría a mis hijas. Que no me podía separar de ellas. Que eran mías.

Diana me apretó la mano con fuerza.

—Él me miró y entendió algo —dijo Elizabeth—. Entendió que yo no estaba en condiciones de criar a nadie.

La respiración me dolía.

—Entonces hizo lo que sabía hacer mejor —prosiguió—. Tomó el control.

Elizabeth bajó la mirada.

—Hubo un accidente de avión ese año. Una noticia enorme. Gente desaparecida. Confusión. Tu abuelo aprovechó la coyuntura. Dijo que yo estaba en ese vuelo. Que había muerto. Lo pactamos. Si me callaba, seguiría manteniéndome de por vida.

El salón quedó en silencio absoluto.

—No puede ser —susurré.

—Puede —respondió ella—. Porque yo acepté.

La miré con incredulidad.

—Aceptaste fingir tu muerte.

—Acepté desaparecer —corrigió—. Porque él me dijo algo que me partió en dos. Me dijo que si os quería de verdad, debía dejaros ir. Que mientras yo estuviera en ese estado, lo único que podía hacer era daño. Que algún día la verdad os azotaría como un látigo si daba la cara.

Sentí una punzada que me partió en dos.

—¿Y las drogas? —pregunté.

—Me estaban consumiendo —dijo—. No era capaz de mantener un trabajo. Mentía constantemente. Me rodeaba de gente peligrosa. Tu abuelo pagaba clínicas, facturas, silencios.

La palabra silencios me heló la sangre.

Las piezas empezaban a encajar de forma brutal.

—¿La deuda…? —murmuré.

Elizabeth asintió.

—Toda es mi culpa.

Diana dejó escapar un gemido.

—Él se endeudó para protegeros —dijo Elizabeth—. Para mantenerme lejos. Para asegurarse de que no aparecía en vuestra vida porque no confiaba en mi recuperación. Y no le culpo. Yo tampoco apostaba una libra por mí.

Me incliné hacia adelante, sintiendo que el peso de todo aquello me aplastaba.

—¿Y ahora? —le pregunté—. ¿Por qué ahora?

Elizabeth se secó las lágrimas.

—Hace un par de años que estoy limpia —respondió—. Me rehabilité. Trabajé. Empecé desde abajo. Demostré que podía sostener algo. Intenté acercarme más de una vez, pero vuestro abuelo fue claro. Hasta que no estuviera completamente estable, no habría vuelta.

—¿Y lo estás? —pregunté con dureza.

—Sí —respondió sin dudar—. Desde entonces sí.

Eso me descolocó.

—¿Solo dos años?

—Sí. Me sobró algo del último tratamiento para el que me entregó una alta suma. Ese fue el que funcionó. Ese y que comencé a darme asco a mí misma. Lo había perdido todo: mis hijas, mi padre, mi vida… Cuando logré salir de esa mierda comencé a trabajar en una editorial pequeña. Alquilé un piso modesto. Ahorré algo más. Soñaba con volver, pero también os prometo que me daba pánico vuestra reacción. Y cuando supe que él había muerto… Quise morirme yo también.

Diana levantó la cabeza.

—Entonces ¿por qué ahora?

Elizabeth miró hacia la mesa del salón.

—Thomas me llamó —dijo—. Me contó lo de la deuda.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Thomas sabe que estás viva?

—Sí. Siempre lo supo.

Otra grieta.

—Me dijo que necesitabais dinero —continuó—. Que si no, perderíais la librería.

—Una primera cuota en cuarenta y cinco días. De treinta mil libras —suspiró Diana.

Se llevó la mano al bolso que había dejado junto al sofá.

—He ahorrado más o menos esa cantidad —dijo—. No es todo lo que os debo. Pero es suficiente para el primer pago.

La miré sin poder procesarlo.

—No puedes venir así —dije—. No puedes aparecer después de años y decir que tienes la solución al caos que has propiciado.

—No es la solución —respondió—. Es el inicio de una reparación.

Diana volvió a sollozar.

—¿Por qué no viniste antes? —preguntó otra vez, con la voz rota.

Elizabeth bajó la mirada.

—Porque no podía, hija, porque no podía —repitió.

El silencio volvió a instalarse.

La mujer que creí muerta estaba sentada frente a mí.

El abuelo, el hombre al que admiré toda mi vida, había tejido una mentira gigantesca para protegernos.

Y la deuda que amenazaba con destruirlo todo llevaba su nombre oculto detrás.

Sentí una mezcla violenta de rabia, amor, traición y compasión.

—No sé qué hacer con todo esto —susurré.

Elizabeth extendió las manos, pero no me tocó.

—Lo sé —dijo.

Diana se levantó de pronto y se arrodilló frente a ella, abrazándola con desesperación.

Elizabeth la envolvió con cuidado, llorando en silencio.

Yo me quedé sentada, mirándolas, con la sensación de que el mundo había cambiado de eje en cuestión de minutos.

El primer pago estaba resuelto.

Pero lo que acababa de abrirse entre nosotras era mucho más grande que una deuda.

Y aún no sabía si aquello nos salvaría… o nos rompería definitivamente.

Capítulo 11



No sé cuánto tiempo pasó después de que Elizabeth dijera lo del dinero. Quizás fueron segundos. Quizás minutos. El salón seguía iluminado, el aire seguía oliendo a casa, pero yo sentía que estaba mirando una escena ajena, una obra demasiado grande para mi cuerpo.

Diana se había aferrado a ella con la desesperación de quien recupera algo que no sabía que podía recuperar. Elizabeth la abrazaba con cuidado, temiendo romperla. Yo seguía en el sofá, rígida, con las manos apoyadas sobre las rodillas, intentando mantener el control de mi respiración.

—Tienes que irte —le pedí al fin.

Mi voz sonó seca. Hasta a mí me sorprendió.

Elizabeth levantó la cabeza despacio. Tenía la cara empapada.

—Kate…

—No —la interrumpí—. No esta noche. No aquí. No así.

Diana se separó de ella con un movimiento brusco, sin entender lo que oía.

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó, con la voz rota.

—Estoy diciendo que tiene que irse, cariño —repetí.

Diana negó con la cabeza, con una rabia infantil que me dolió.

—No. No. No puede irse. Acaba de volver.

—Acaba de aparecer —maticé, y me odié por la frialdad de mis palabras.

Elizabeth tragó saliva. Sus manos seguían temblando.

—No quiero haceros daño —dijo.

Solté una risa breve, amarga.

—Eso llega tarde.

Diana se volvió hacia mí.

—¡Kate, por favor! —suplicó—. No seas así. No ahora.

Me dolió la súplica, pero no me moví.

—Diana, no lo entiendes —murmuré—. Llevamos años viviendo con su ausencia. Con su muerte. Con… con todo lo que creía.

—Yo también —sollozó ella—. Solo que casi no la recuerdo. ¿Y ahora que está aquí la vas a echar?

La miré. Vi su necesidad, su hambre de algo que nunca tuvo. Y eso fue lo peor.

—No es una decisión contra ti —dije, intentando suavizarme—. Es una decisión para poder pensar.

Elizabeth se puso en pie con lentitud.

—Puedo irme —dijo, y su voz se quebró—. Pero no me eches como si fuera una extraña, por favor.

—Eso es lo que eres ahora mismo —respondí, y sentí un pinchazo de culpa instantáneo.

Diana volvió a llorar, esta vez con sonido, con la cara enrojecida, con la respiración desordenada.

—No la eches —repitió—. Quédate, mamá. Por favor.

Elizabeth miró a Diana con una ternura desesperada, luego me miró a mí. No discutió. Asintió apenas, digiriendo que mi rabia era una forma de sostenerme.

—No os voy a forzar —dijo—. Ni a ti, Kate, ni a ti, Diana.

Caminó hacia la mesita del recibidor y tomó un sobre grueso de papel *kraft.* Lo había dejado allí sin que yo lo notara, como quien llega con una oferta de paz y espera el momento adecuado para ponerla sobre la mesa.

Volvió al salón y lo dejó sobre el aparador, junto a una fotografía del abuelo.

—Aquí está —dijo, señalándolo—. Algo más de treinta mil. He contado cada billete. Thomas me ayudó a retirarlo sin problemas.

Me quedé mirando el sobre sin tocarlo. No era solo dinero. Era una confesión tangible.

Elizabeth se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Os llamaré en estos días —dijo—. Si me dejáis.

Diana se acercó a ella, apretándose el pecho.

—No te vayas —susurró.

Elizabeth le acarició la mejilla.

—Tengo que irme, cielo. Pero no me estoy yendo de tu vida. Solo… estoy dejando que Kate respire.

Diana la abrazó otra vez, breve, apretado. Elizabeth devolvió el abrazo con una contención que me dolió. Luego tomó su abrigo del respaldo de una silla, caminó hacia la puerta y se detuvo un segundo.

—Os quiero —dijo.

No añadí nada. No pude.

La puerta se cerró.

Y el silencio que quedó fue brutal.

Diana se quedó de pie en medio del salón, mirándome con los ojos llenos de reproche.

—Eres injusta —dijo.

—Estoy desbordada —respondí, con la voz más baja.

—Es mamá —insistió—. Está viva. ¿No entiendes lo milagroso que es eso?

Me sentía atormentada.

—Entiendo que alguien nos robó el derecho a saber la verdad durante años.

Diana abrió la boca para responder, pero el timbre sonó.

Ambas nos quedamos quietas.

Ella se sobresaltó.

—¿Será ella otra vez? —susurró.

Caminé hasta la puerta con el pulso todavía disparado. Abrí con cautela.

Era Margaret.

Nuestra vecina. Pequeña, bien peinada, con un abrigo azul oscuro y una bolsa de tela colgando del brazo. Sus ojos se clavaron en los míos con una mezcla de compasión y certeza.

—La he visto salir —dijo sin preámbulos—. Ya está.

Me quedé helada.

—¿Usted…? —empecé.

Margaret pasó al interior sin pedir permiso, pero su gesto no fue invasivo, sino casi familiar. Miró a Diana, que seguía llorando, y su expresión se suavizó.

—Ven, cariño —dijo con ternura—. Siéntate.

Diana obedeció sin fuerza, dejándose caer en el sofá.

Margaret se giró hacia mí.

—No me mires así —murmuró—. Yo lo sabía.

—¿Desde cuándo? —pregunté, sintiendo que la rabia me regresaba.

Margaret suspiró.

—Desde siempre.

Me llevé la mano a la boca.

—¿Y nadie pensó en nosotras?

Margaret se quedó quieta un segundo, calibrando.

—Arthur sí pensó en vosotras —dijo—. Todo el tiempo.

Se acercó al aparador y vio el sobre.

—Ha dejado dinero.

Asentí, incapaz de hablar.

Margaret bajó la mirada.

—Tu abuelo sufrió más de lo que imagináis —dijo—. Y no por la deuda. Por su hija.

Diana levantó la cabeza, con el rostro empapado.

—¿De verdad pensaba que volvería? —preguntó.

Margaret se sentó en una silla frente a nosotras.

—Nunca perdió la esperanza del todo —respondió—. A veces lo veía de madrugada, desde mi ventana porque también sufro de insomnio, sentado en la cocina, con una taza de té que se enfriaba. Miraba una carta que no enviaba. Y luego la guardaba. Creo que el simple hecho de escribirla le bastara para mantenerla cerca y lejos al mismo tiempo.

Me noté la garganta apretada.

—Nos mintió —dije.

Margaret asintió, sin intentar negarlo.

—Sí —admitió—. Y sabía que algún día lo pagaríais con rabia. Lo sabía. Pero también sabía que, si os decía la verdad cuando erais pequeñas, el mundo se os habría caído encima. Pensó que os protegía.

—¿Y la protegía a ella también? —pregunté.

Margaret me miró con firmeza.

—De una forma extraña, sí. Quería que se curara. Quería que tuviera una oportunidad real de volver… aunque eso significara que algún día vosotras supierais que os había mentido.

Diana volvió a llorar, pero ahora era un llanto más silencioso, más cansado.

—Era bueno —susurró.

Margaret sonrió con tristeza.

—Era un hombre increíble.

Guardó silencio un segundo y luego añadió, casi sin querer:

—Y estaba solo.

La frase quedó en el aire. Yo la miré, desconfiada.

Margaret se acomodó la bufanda.

—Yo estuve muy cerca de él —dijo, con una honestidad que me descolocó —. Más de lo que vosotras sabéis.

Me quedé inmóvil.

—Margaret…

—No os lo digo para complicaros nada —se apresuró—. Únicamente que… quizás necesitáis saber que él no solo os cuidaba. También llevaba su propia tristeza a cuestas. Y yo la vi.

Diana la miró con ojos húmedos.

—¿Usted lo quería? —preguntó.

Margaret bajó la mirada un instante, luego volvió a levantarla.

—Sí —respondió—. Estaba enamorada de Arthur.

Sentí un vuelco inesperado.

—¿Y él…? —balbuceé.

Margaret dejó escapar una risa breve, contenida.

—Creo que él también me quiso —dijo—. A su manera. Había momentos… miradas… silencios. Pero nunca se permitió esa vida.

—¿Por qué? —preguntó Diana, con voz pequeña.

Margaret miró hacia la foto del abuelo, la que estaba junto al sobre.

—Porque solo vivía para vosotras —respondió—. No quería distraerse. No quería darle a Elizabeth una excusa para volver a amenazarlo. Y, sobre todo,

no quería que vosotras sintierais que él podía elegir algo que no fuerais vosotras.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

Margaret se levantó, se acercó al sofá y apoyó una mano breve en el hombro de Diana.

—Lo hizo todo por amor —dijo—. Mal, a veces. Torpe, muchas veces. Pero por amor.

Me quedé mirando el sobre.

Treinta mil libras.

El primer pago.

La librería respiraba.

Pero mi vida… mi vida acababa de desordenarse entera.

Y yo todavía no sabía si iba a poder perdonar a nadie.

Capítulo 12



No voy a decir que fuese una noche normal. Fue la noche más difícil de mi vida. Y más cuando escuché suspirar y llorar a Diana a distintas horas. Elizabeth, nuestra madre, había vuelto para poner patas arriba nuestro mundo. Pero eso no le importaba a nuestro acreedor.

A la mañana siguiente no esperé a que el café hiciera efecto.

Marqué el número de Oliver antes incluso de que Diana terminara de atarse el pelo.

—¿Vas a llamarlo ya? —me preguntó ella desde la cocina.

—No pienso esperar una semana.

El teléfono sonó dos veces.

—¿Sí?

Su voz sonaba distinta. Más despierta. Más alerta.

—Soy Kate.

Un silencio breve.

—No esperaba tu llamada tan pronto.

—No me gusta hacer esperar a nadie —respondí, seca—. Puedes venir hoy a por el primer pago.

Hubo un segundo de vacío. Lo noté. Se quedó frío.

—¿Hoy?

—Hoy.

—¿Ya tenéis el dinero? —me preguntó y hasta entonces no fue que caí en que me tuteaba, más cercano.

Supuse que se le escapó sin poder evitarlo.

Sonreí.

—¿Te creías que no? —le hablé en el mismo tono.

Diana levantó las cejas al oírme.

Oliver tardó en contestar.

—No es eso. Solo… pensé que necesitaríais más tiempo.

—Pues no.

Otra pausa.

—Kate… si todavía no lo tenéis completo, no hace falta que os precipitéis.

Ahí fue cuando algo no encajó.

Oliver jamás había concedido margen. Nunca.

—Está completo —corté—. Treinta mil. Exactos.

—No quiero que os hayáis visto obligadas a pedir un préstamo o algo así.

Diana dejó de moverse.

Yo también.

—No te preocupes por cómo conseguimos nuestro dinero.

El tono me salió más firme de lo que esperaba.

Él respiró al otro lado.

—Quizás os apreté demasiado. No era mi intención poneros contra la pared.

Lo miré sin verlo.

Oliver pidiendo disculpas.

El mundo estaba raro.

—¿Vas a venir o no?

—Sí. Paso en una hora.

Colgué.

Diana se acercó despacio.

—¿Desde cuándo habla así? —me preguntó extrañada.

—Ni idea —resoplé.

—¿Le ha dado un ataque de humanidad?

—Ya te digo que ni idea.

Ella asintió.

—No lo esperaba.

No añadimos nada más.

Una hora después, llegó a la librería.

Diana se le quedó mirando con cara de “da igual que ahora parezcas menos robot, te tengo fichado igual”.

Oliver entró sin esa arrogancia habitual. No llevaba traje; solo camisa clara y chaqueta informal. Parecía… menos afilado.

Nos miró a las dos.

—Buenos días.

—No lo son —respondió Diana.

Yo fui directa al sobre que estaba sobre la mesa.

Lo cogí y se lo tendí.

—Treinta mil.

No lo tomó de inmediato.

Me miró.

Más de lo necesario.

—No dudaba de vosotras.

—Claro que sí.

Entonces lo agarró.

Pesaba. Lo notó.

—Habéis hecho un esfuerzo enorme.

—No te incumbe.

Diana cruzó los brazos.

—Aquí está tu dinero. La primera parte.

Oliver dejó el sobre sobre la mesa sin abrirlo.

—Os daré un respiro para el siguiente pago.

Silencio.

—¿Perdón? —pregunté.

—Podemos ampliar el plazo por un tiempo prolongado. No os será fácil tener que devolver esto, porque es obvio que os lo han prestado.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso?

—Perdonad, es cierto que no debo meterme en vuestras cosas, pero es que no todos los días me sorprenden. Y vosotras lo habéis hecho. Está claro que me equivoqué, con las dos —carraspeó.

Diana soltó una risa seca.

—Qué considerado.

Él ignoró su tono sarcástico. Seguía mirándome a mí.

—He estado pensando… quizás no gestioné esto bien.

—No lo gestionaste bien —le aclaré.

Asintió, aceptándolo.

—Me equivoqué en las formas —se disculpó.

Yo entrecerré los ojos.

—No me gusta que me hablen así.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. No me conoces de nada. No tienes ni idea de mí.

Se acercó un paso.

—Kate, no soy vuestro enemigo.

Diana dio un paso al frente.

—Eso está por demostrar.

Él mantuvo la calma.

—Mi intención nunca fue perjudicaros.

—Pero lo hiciste.

Respiró hondo.

—No quiero que esto se convierta en una guerra.

Ahí estaba la palabra.

Guerra.

Me acerqué hasta quedar a menos de un metro.

—Entonces no la provoques.

Hubo un silencio cargado.

Oliver cambió ligeramente el gesto.

—Hay cosas que no son tan simples —sonó de nuevo a disculpa.

—Para mí sí lo son. Tú nos exiges. Nosotras pagamos.

—No siempre es solo dinero.

Diana y yo nos miramos un segundo.

—Aquí sí —dije.

Él sostuvo mi mirada.

—Kate… necesito que entendáis algo.

Mi espalda se tensó.

—¿Qué cosa?

—Tengo responsabilidades.

—Nosotras también.

—Lo sé.

—No. No lo sabes. Te ha importado una mierda. Por cierto, ¿quién eres tú y qué has hecho con Oliver Hale?

Volvió a dar ese medio paso hacia mí. Sin invadir, pero marcando territorio.

—No os habría presionado si no fuera importante.

—Claro, seguramente te hubieras quedado sin comer si no te pagamos el primer plazo a la carrera —le respondí.

Él bajó la vista un instante. Apenas.

—Quizás debería haberos explicado mejor la situación.

—No, no, si nos la explicaste divinamente. Te importó una misma mierda cómo nos las tuviéramos que apañar para lograrlo. Pues ahí tienes tu maldito dinero. Y ahora, largo. Ya sabes dónde está la puerta.

Diana se apoyó en la encimera.

—Solo nos debes que no vuelvas a tratarnos como si no tuviéramos salida. Y hablando de salida… —le vaciló mientras le señalaba la puerta.

Oliver asintió.

—De acuerdo.

Demasiado fácil.

—Y que quede claro algo —añadí—. No necesitamos tu compasión.

—No es compasión.

—Entonces ¿qué es?

No contestó al momento.

—Sentido común.

Diana soltó otra risa breve.

—Pues lo estarás estrenando.

Él la miró por primera vez con verdadera atención.

—No pretendo ofender.

—Lo haces igual.

Volvió hacia mí.

—No quiero perjudicaros, os lo repito.

—A buenas horas…

Se quedó quieto. Pensativo.

—Kate.

Lo dijo más bajo.

—¿Qué?

—Si necesitáis algo… Os ofrezco una tregua.

Diana dio un golpe suave en la mesa.

—No necesitamos nada.

Yo mantuve la mirada fija.

—De ti, menos.

No se enfadó.

Eso fue lo más extraño.

—De acuerdo. Entiendo que no confiéis en mí.

Cogió el sobre por fin.

—Os aviso cuando quede registrado el pago.

—No hace falta que vengas en persona —añadí.

—Hoy sí quería.

—Ya lo has hecho.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió.

—No soy tan inflexible como crees.

—No me interesa analizarte.

Un amago de sonrisa apareció en su boca.

—Lo sé.

Y se fue.

La puerta se cerró.

Diana exhaló.

—Vale. Esto es raro.

—Mucho.

Me acerqué a la ventana y lo vi subir al coche.

No miró atrás.

—¿Te has fijado en cómo te miraba? —preguntó Diana.

—No.

—Pues yo sí.

Giré hacia ella.

—No empieces.

—No empiezo nada. Solo digo que ha cambiado el tono.

—Que cambie lo que quiera.

—Kate.

—¿Qué?

—Ten cuidado.

La miré unos segundos.

—Siempre lo tengo.

Pero mientras lo decía, algo no me cuadraba.

Oliver no había ido solo a recoger dinero.

Había ido a medir algo.

Y eso sí que no pensaba permitirlo.

La campanilla de la puerta sonó a media tarde.

No era hora punta. El sol entraba inclinado por el escaparate y dejaba la madera con un brillo cálido que siempre me gustaba.

Levanté la vista.

Entraron un hombre y una mujer de unos treinta y tantos. No venían con prisa. Se miraban antes de avanzar, dando la impresión de compartir un secreto silencioso.

—Buenas tardes —saludé.

—Buenas —respondió ella, sonriendo con una emoción contenida.

No fueron directos a las estanterías. Se quedaron en medio del local, respirando el ambiente.

—Hace tiempo que no veníamos —dijo él.

—Mucho tiempo —añadió ella.

Noté que no era una frase cualquiera.

—¿Os ayudo con algo?

Se miraron otra vez. Fue él quien habló.

—Queríamos agradecerle algo al dueño, ¿se encuentra aquí?

—El dueño es nuestro abuelo y siento deciros que ha fallecido, aunque más lo sentimos nosotras, que somos sus nietas —les soltó Diana.

—Cuánto lo sentimos —dijo ella.

—Os acompaño en el sentimiento —prosiguió él.

Ella asintió, y sus ojos empezaron a brillar.

—Hace años… cuando éramos estudiantes… veníamos aquí casi todas las semanas. Cada uno por su lado.

—Yo tenía diecinueve —continuó ella— y él apenas un año más.

Él sonrió.

—Veníamos siempre con el dinero justo. Un día entramos porque queríamos lo mismo.

Se giró hacia una de las estanterías del fondo.

—Estaba allí —dijo señalando—. Una bilogía que acababa de salir.

—No nos alcanzaba para comprarla —añadió ella—. Teníamos dinero para un solo libro. Y los dos queríamos el primer ejemplar y que el dueño nos reservara el segundo.

Ella soltó una risa suave.

—Discutimos diez minutos delante de la caja.

Lo imaginé. Dos chavales a la gresca.

—Y entonces vuestro abuelo nos dio la solución.

—Nos preguntó por qué no la comprábamos a medias —dijo él—. Que una bilogía leída a dos voces valía el doble.

Sentí algo en el pecho.

No viví esa escena en concreto, pero sí le escuché decir frases así mil veces.

—Nos pareció la mejor idea del mundo —continuó ella—. La pagamos entre los dos. Y nos la turnábamos cada noche.

Él la miró con ternura.

—La primera vez que vino a devolvérmelo… se quedó a cenar.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Y la segunda vez… también.

—Y la tercera ya no hubo devolución —añadió él.

Reí.

—Supongo que el libro quedó amortizado.

—Más que eso —dijo ella.

Se tomó un segundo antes de seguir.

—Nos enamoramos leyéndolo. Comentando cada fragmento. Discutiendo personajes. Soñando futuros.

Su voz se volvió más baja.

—Hace dos meses nos casamos.

El silencio se llenó de una emoción limpia.

—Y hoy hemos venido a darle las gracias.

Noté que algo me apretaba la garganta.

—Gracias, de veras.

—A su abuelo siempre —respondió él—. Él mantuvo este lugar cuando muchos cerraban, manteniendo la magia de las librerías de siempre. Si no hubiera seguido aquí… no habríamos entrado aquel día.

Ella dio un paso adelante.

—Siempre hemos dicho que nuestra historia empezó entre estas estanterías.

No supe qué decir durante unos segundos.

Miré alrededor. Las mesas, los carteles, el olor leve a papel nuevo.

Todo de repente tenía otro peso.

—¿Y conserváis la bilogía? —les preguntó Diana.

Él abrió la mochila que llevaba colgada.

Sacó un ejemplar gastado, con las esquinas dobladas y el lomo marcado por años de lectura compartida.

Lo puso sobre el mostrador con cuidado.

—Este es el primero.

Pasé la mano por la cubierta.

—Ha vivido.

—Como nosotros —dijo ella.

Y supe que habíamos acertado por completo.

Porque mantener la librería se había convertido en un reto, pero un día lograríamos saldar las deudas.

Sentí que la emoción subía, pero no quise que se desbordara. No era una escena para lágrimas exageradas. Era algo más firme. Más profundo.

—Me alegra haberos conocido —les aseguré.

Y era verdad.

Él volvió a guardar el libro.

—Queríamos comprar otro. Esta vez sin dividirlo.

Sonreí.

—Entonces elegid bien.

Se alejaron hacia las estanterías, hablando en voz baja. Comentando portadas. Discutiendo autores.

Los observé unos segundos.

Había algo hermoso en ver a dos personas que habían construido una vida a partir de algo tan pequeño como compartir páginas.

Cuando llegaron a la caja con el nuevo libro, ella me guiñó un ojo.

—Este lo leeremos juntos otra vez.

—Sin turnos —añadió él.

—Sin turnos.

Cuando salieron, la campanilla volvió a sonar.

Me quedé un momento quieta.

Respiré despacio.

Había días en los que mantener la librería parecía una carga enorme.

Y luego estaban tardes como aquella.

Tardes que recordaban por qué valdría la pena cada esfuerzo.

Miré el espacio vacío donde habían estado de pie.

Y comprendí que resistir había sido la decisión correcta. Y un deber moral.

Capítulo 13



La campanilla sonó a media mañana.

Un sonido vivo, habitual. Pero algo en la vibración me encogió el pecho antes de levantar la vista.

Y entonces la vi.

Nuestra madre.

Elizabeth.

De pie en la puerta de la librería, con el abrigo aún puesto, el rictus entre preocupado y tratando de demostrar amabilidad.

Sentí que me mareaba. No fue vértigo. Fue un desplazamiento interno. Una mezcla de frío en la espalda y calor en el estómago que me dejó rígida.

Diana también la vio.

Su respiración cambió primero.

—Mamá… —susurró.

Elizabeth dio un paso dentro. La campanilla volvió a sonar, esta vez más breve. Cerró la puerta con cuidado, como si temiera romper algo invisible.

Sus ojos recorrieron el local lentamente.

Las estanterías. El mostrador. La mesa de novedades.

Sus labios temblaron apenas.

Yo no me moví.

El olor a papel nuevo, que tantas veces me había reconfortado, de pronto se volvió demasiado intenso. Notaba cada latido en la garganta.

—No sabía si estaría abierta… —dijo ella al fin.

Su voz era más suave. Más gastada.

Diana dio dos pasos hacia delante.

Yo seguía anclada detrás del mostrador.

Elizabeth avanzó despacio, tocando el lomo de un libro al pasar. Lo hizo con delicadeza, casi con reverencia.

—Hacía años que no entraba aquí.

Su mirada se detuvo en la estantería del fondo.

—Recuerdo cuando era una librería más modesta… y vuestro abuelo insistía en que un día crecería.

Mi mandíbula se tensó.

Elizabeth cerró los ojos un instante.

—Yo también me crie aquí, chicas. Igual que vosotras.

Una punzada me marcó a fuego. No esperaba que hablara de eso.

—También recuerdo las tardes de lluvia, años más tarde —continuó—. El ruido del agua contra el cristal… y las dos sentadas en el suelo, discutiendo qué libro llevaros. Erais tan pequeñas…

Diana ya estaba llorando.

Yo no.

Yo estaba conmocionada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté al fin.

Mi voz salió seca. Afilada.

Elizabeth abrió los ojos y me miró directamente.

—Quería pasar a veros.

Silencio.

—¿Porque te vuelves a marchar? —añadí.

—No.

Respiró hondo.

—He decidido que me voy a quedar en Londres una temporada.

Diana dio un paso más hacia ella.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿De verdad?

Elizabeth apretó el bolso contra el cuerpo.

—Porque quiero arreglar lo que pueda. Va en serio.

Mi estómago se encogió.

—No puedes arreglar toda una vida con un gesto así —le recordé, dolida.

—Lo sé.

No se defendió. No levantó la voz.

—No puedo borrar lo que hice. Ni el tiempo que me fui. Pero puedo quedarme ahora. Si queréis, me quedaré para siempre. Lo prometo.

Diana ya estaba frente a ella.

— ¿Sí, mamá?

—Por mí no lo hagas.

—Por mí sí —se apresuró a decir mi hermana.

Las palabras quedaron suspendidas entre las estanterías.

Noté que el aire se volvía irrespirable.

—Haz lo que quieras —le solté con desdén.

Diana la miraba con una mezcla de esperanza y dolor.

—Mamá…

Elizabeth extendió la mano, dudando antes de tocarla.

—He sido cobarde. Hui cuando todo pesaba demasiado. Y mis malas decisiones os han salpicado… Demasiado.

Mi respiración empezó a desordenarse. No quería escucharla de nuevo. No quería que pusiera palabras donde yo había colocado muros.

—Estoy buscando trabajo —continuó—. He hablado con una agencia. Ojalá pronto me salga algo y pueda seguir colaborando con los pagos.

Diana se lanzó a abrazarla.

Fue un movimiento impulsivo, sin cálculo.

Elizabeth la rodeó con los brazos y se quebró. Su espalda tembló.

Yo seguía inmóvil.

Desde mi sitio veía el abrazo. Escuchaba la respiración agitada de Diana. El pequeño sollozo que se escapó de nuestra madre.

Algo dentro de mí pedía avanzar.

Pero mis piernas no respondían.

Elizabeth levantó la vista por encima del hombro de Diana.

Me miró.

—No te pido que me perdones hoy —dijo—. Solo que, si algún día quieres… podamos vernos.

Sentí que el pecho me ardía.

—No sé si quiero —le aseguré.

Fue lo más sincero que pude pronunciar.

Elizabeth pareció ponerse en mis zapatos.

No insistió.

—Lo entiendo.

Se separó de Diana despacio.

Sus ojos recorrieron una vez más la librería.

—Este lugar siempre fue especial para mí —murmuró—. Aquí sentí que todavía era una madre capaz. Aquí os veía felices.

Su voz se quebró ligeramente.

—Y cuando dejé de venir… fue porque no sabía sostener esa imagen.

Esa frase me golpeó más que cualquier disculpa.

Elizabeth dio un paso hacia la puerta.

—Estaré en la ciudad. Simplemente… Estaré para vosotras, por si me queréis ver.

Diana le apretó las manos.

—Sí. Quiero.

Elizabeth la besó en la frente.

Luego me miró por última vez.

Yo no avancé.

No retrocedí.

Solo sostuve la mirada.

La campanilla volvió a sonar cuando salió.

El silencio que quedó fue más denso que antes.

Diana se giró hacia mí.

Tenía los ojos hinchados.

—Kate…

No contesté.

Sentía las manos frías. Las rodillas débiles. El corazón golpeando fuerte, sin ritmo.

—Ha venido —dijo Diana—. Se ha quedado. Quiere ayudar.

—Lo he oído.

—Está intentando arreglarlo.

Algo se rompió dentro.

—No se arregla así —susurré.

Diana se acercó.

—¿Y cómo se arregla?

No supe qué responder.

Ella me tomó por los hombros.

—Perdónala.

La palabra fue demasiado.

Noté que la garganta se cerraba.

—No puedo.

Pero la voz ya no sonaba firme.

Diana me abrazó.

Y entonces todo cedió.

No fue un llanto elegante. No fue contenido.

Fue brusco. Incontrolable.

Las lágrimas salieron como si las compuertas de mis ojos se hubiesen abierto de golpe. El pecho se me sacudía con cada respiración irregular. Notaba la cara arder, las manos temblando contra la espalda de mi hermana.

Había pasado años sosteniéndome.

Y verla entrar, escucharla recordar, oír su voz quebrada en el mismo lugar donde yo había decidido resistir… abrió una herida que no sabía que seguía tan viva.

Diana me apretó más fuerte.

—No tienes que hacerlo hoy —susurró—. Pero no te cierres para siempre.

No respondí.

Solo lloré.

Y mientras lo hacía, el olor a papel, el sonido leve de la calle filtrándose por el cristal, y la imagen de nuestra madre tocando los libros con cuidado… se mezclaron en mi memoria de una forma que dolía y reconfortaba al mismo tiempo.

La librería seguía en pie.

Nosotras también.

Pero algo había empezado a moverse.

Lucy llegó con una botella de vino bajo el brazo que pretendía compartir conmigo.

—He venido preparada para analizar situaciones complicadas —anunció nada más entrar.

Sonreí por primera vez en todo el día.

La casa estaba demasiado silenciosa sin Diana. Se había ido a cenar con nuestra madre tras llamarla y proponérselo, y la ausencia se notaba.

—Necesito que me expliques algo —dije mientras le servía una copa.

Lucy se dejó caer en el sofá.

—¿Es sobre el ogro?

—Ha cambiado el tono.

Ella levantó una ceja.

—¿Perdón?

—Oliver. Te conté lo del dinero, lo de mi madre…

—Sí, lo de tu madre es alucinante, ya me contaste por teléfono. Te juro que, un poco más, y me tienen que poner oxígeno de la impresión. Y encima lo de que te dejó el dinero…

—Sí, sí. Pues el hecho es que, cuando Oliver vino a recogerlo, no fue él.

Lucy dejó la copa suspendida en el aire.

—Eso sí que no me lo esperaba.

Me senté frente a ella.

—Fue más suave. Casi comprensivo. Dijo que quizás nos había presionado demasiado. Que no quería asfixiarnos. Me quedé a cuadros.

Soltó una carcajada tan brusca que casi derrama el vino.

—No puede ser el mismo hombre.

—Eso pensé.

—Kate, para Oliver no existe la palabra “suave”.

—Ya, ya, por eso no me creo nada. No sé qué trama.

Lucy negó con la cabeza.

—Pues sí, porque en su casa es otra historia.

Me incliné hacia delante.

—Cuéntame.

Apoyó la espalda en el sofá, exhalando con dramatismo.

—Es un tirano. Controla cada detalle. Horarios, comidas, llamadas. Si algo no está como quiere, lo hace saber. Y no precisamente con delicadeza.

Me quedé quieta.

—¿O sea que todo sigue igual?

—Peor… Te diría que mucho peor en estos últimos días.

—¿Con todos?

—Con todos.

—¿También contigo?

Lucy hizo un gesto ambiguo.

—Yo soy personal de servicio. No me tiene que caer bien, ni yo a él.

—Pero…

—Pero no es amable. Es exigente. Distante. Seco. Y, si tiene que alzar la voz, no lo duda.

Todavía me cuadraba menos.

Lucy dejó la copa sobre la mesa lentamente.

—Te aseguro que lo que me cuentas no tiene sentido.

—Por eso no entiendo nada.

Hubo un silencio corto.

Mi amiga me miró de arriba abajo con una expresión que no me gustó.

—A ver.

—¿Qué?

—Solo se me ocurre una explicación.

—No empieces.

—No empiezo nada. Analizo.

Me crucé de brazos.

—Te escucho.

Lucy inclinó la cabeza.

—Que le gustas.

Solté una risa inmediata.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no somos compatibles ni para discutir.

—Precisamente.

—Lucy.

—Kate.

Nos quedamos mirándonos.

—En esa casa no baja el tono con nadie —continuó ella—. A veces ni con su propia hija.

—¿Con su hija también es así?

Lucy dudó un segundo.

—Con ella es diferente. Más protector. Pero sigue siendo rígido. No sabe relajarse.

Eso me hizo pensar.

—Es que cuando le vi, esta última vez, parecía estar midiendo.

—¿Midiendo qué?

—No lo sé. Mis reacciones. Mi firmeza.

Sin más, nos sirvió otras dos copas de vino.

—Eso confirma mi teoría.

—No confirma nada.

Volvió con la botella.

—Un hombre que cambia de tono no lo hace por caridad.

—Quizás por culpa.

—No es un tipo que se deje dominar por la culpa.

Esa frase me dejó pensativa.

—¿Lo detestas? —pregunté.

Lucy no dudó.

—Sí.

—¿Tanto?

—No me gusta cómo trata a la gente cuando está bajo presión.

—¿Y cuando no lo está?

Lucy se quedó callada.

—Casi siempre está bajo presión.

La casa parecía más pequeña de repente.

—¿Y si está fingiendo?

—¿Para qué?

—Para acercarse.

Lucy sonrió lentamente.

—Eso es lo que estoy diciendo.

Me llevé la copa a los labios.

—No quiero juegos.

—No tienes que quererlos. Pero si te gusta, es otra cosa.

—No he dicho que me guste.

—Pero no has dicho que no.

Rodé los ojos.

—Estamos conjeturando sobre un hombre que hace unos días nos exigía treinta mil como si nada. No me olvido de eso, te lo garantizo.

—Los hombres que más aprietan suelen ser los que más sienten cuando algo les mueve el suelo.

—Eso es muy optimista.

—O muy realista.

Me levanté y puse música suave de fondo. Necesitaba cambiar el aire.

Lucy dio un sorbo largo.

—¿Diana sabe algo?

—Diana tiene bastante con el tema de nuestra madre. Vamos a dejarla a un lado.

—¿Y tú qué piensas?

Miré hacia la ventana.

La noche londinense estaba encendida, viva, indiferente a nuestros dilemas.

—Que no encaja.

—¿Y cuándo ha encajado algo en tu vida?

Sonreí pese a todo.

—No esta vez.

Lucy se levantó de golpe.

—Vale. Basta de análisis.

—¿Qué haces?

—Noche de chicas. Tú estás sola. Yo necesito descargar tensión. Y ese ogro no va a arruinarnos la velada.

Me empujó hacia la cocina.

—Vamos a pedir cena.

—No tengo mucho apetito.

—Pero yo sí.

Pedimos pizza, abrimos otra botella y terminamos sentadas en el suelo del salón, riéndonos de teorías absurdas.

—Imagínate —decía Lucy— que empieza a aparecer por la librería con excusas ridículas.

—“Vengo a comprar un marcapáginas” —imité con tono serio.

—Exacto.

—“He decidido leer poesía” —añadí.

Lucy casi se atraganta de risa.

—Eso sí que sería preocupante.

La conversación fue derivando hacia escenarios cada vez más ridículos conforme el vino iba haciendo mella en nosotras.

Sentí cómo la tensión del día se aflojaba poco a poco.

—Kate —dijo Lucy en un momento más tranquilo—, solo te digo una cosa.

—¿Cuál?

—Si le gustas, no lo hará fácil. Pero tampoco lo hará sin motivo.

—¿Y si solo está calculando?

—Entonces tú calcula mejor.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

No era un silencio incómodo. Era reflexivo.

—No me enredo con un tío así ni muerta —murmuré.

Lucy apoyó la cabeza en el sofá.

—En tu familia sois expertos en resucitar. Vale, vale. Perdona, me he pasado…

La música seguía sonando suave. El salón estaba iluminado solo por la lámpara de pie.

—Gracias por venir, petarda —le dije tras tirarle un cojín.

—Gracias por compartir conmigo los chascarrillos sobre mi jefe.

La noche avanzó entre risas y especulaciones que sacábamos de quicio.

Y aunque no resolvimos nada sobre Oliver, algo dentro de mí dejó de sentirse sola.

Diana estaba con nuestra madre.

Lucy estaba aquí.

Y yo trataba de reírme sin pensar en deudas ni en reproches.

Solo en la posibilidad (remota o no) de que las cosas estuvieran cambiando.

Para bien.

O para complicarlo todo un poco más.

Capítulo 14



Diana volvió más tarde de lo que esperaba.

Escuché la puerta abrirse y cerrarse con suavidad. No dijo nada al entrar. Dejó el abrigo en la silla y caminó hasta la cocina con paso ligero.

Yo estaba en el salón, tumbada en el sofá, y un poco perjudicada por el vino. Lucy ya se había marchado.

—¿Qué tal? —le pregunté sin levantar la vista.

Hubo un segundo de silencio.

—Bien.

Ese “bien” no era neutro. Tenía algo dentro.

Levanté la cabeza.

—¿Solo bien?

Diana apareció en el marco de la puerta. Tenía los ojos brillantes, pero no de tristeza.

—Ha conseguido trabajo. La llamaron esta tarde. Ha sido increíblemente rápido. Está que no se lo cree.

Me incorporé un poco.

—¿Qué?

—Mamá. La han contratado en una librería de Covent Garden.

La noticia me recorrió con una mezcla difícil de clasificar.

—¿En serio?

—Sí. Empieza la semana que viene.

Se le escapó una sonrisa que no intentó ocultar.

—Está contenta, Kate. De verdad.

Sentí algo agriárseme en el estómago.

—Vaya casualidad —murmuré—. Otra librería.

—No es casualidad. Ha buscado eso. Al fin y al cabo, es con lo que creció.

—Claro. Solo que yo creí que era azafata —le solté con toda la sorna que pude acumular.

Diana frunció el ceño.

—¿Qué significa ese tono?

—Nada.

—Sí significa algo.

Suspiré.

—Solo digo que sabe dónde entrar.

—¿Dónde entrar?

—En un lugar que le permite quedar bien. En un lugar en el que no la juzguen.

Diana cruzó los brazos.

—No está “quedando bien”. Está trabajando.

—Después de años.

El aire se enrareció.

—Está intentando hacer las cosas bien ahora.

—¿Ahora?

Diana dio un paso adelante.

—También quiere buscar un trabajo de noche.

Eso sí me hizo reír.

—¿De noche?

—Sí. Para ganar más dinero y ayudarnos a quitar antes las deudas.

Me levanté despacio.

—Mejor que de noche no.

—¿Por qué?

—La noche la confunde.

Diana me miró sin parpadear.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído.

—No te pases.

—No me paso. Solo recuerdo.

—Estás siendo cruel.

—Estoy siendo realista. Le van los vicios.

Diana dio otro paso, más firme.

—Ha reconocido sus errores. Está intentando compensar.

—Trabajar de noche la puede tentar demasiado, créeme.

El silencio que siguió fue triste.

—Eso fue hace años —dijo Diana, más baja.

—Y dejó consecuencias.

—Que ya pagó.

—¿Seguro?

Diana respiró hondo.

—No entiendo por qué te empeñas en castigarla más de lo que ella se castiga.

Sentí el calor subir por el pecho.

—No la estoy castigando.

—Sí lo estás.

—Estoy protegiéndonos.

—¿De qué?

No supe responder de inmediato.

Diana lo notó.

—Kate —continuó—, no puedes controlar cómo intenta arreglar su vida.

—No quiero controlarla.

—Entonces deja de atacarla.

Me quedé mirándola.

—No la ataco. Solo no me trago el cambio tan rápido.

Diana soltó una risa seca.

—Qué curioso.

—¿Qué?

—Que tú exijas tiempo cuando nadie te lo exigió a ti.

Sentí el golpe antes de entenderlo.

—¿Qué quieres decir?

Ella sostuvo mi mirada.

—Que tú también te largaste.

El aire desapareció del salón.

—Eso no es lo mismo —me defendí, por miedo a reconocer en alto lo que tanto me dolía.

—¿No?

—No —murmuré.

—Te marchaste cuando más te necesitaba.

La frase me dejó sin respuesta.

—Yo… —intenté.

—Te largaste sin mirar atrás. Yo me quedé sola con el abuelo.

—No fue así exactamente—carraspeé, herida.

—Fue exactamente así.

Noté el corazón acelerarse.

—No puedes compararlo.

—¿Por qué no?

—Porque yo no pretendía... En fin… Yo no…

—Me dejaste.

—No es justo que ahora me ataques así. Estoy intentando compensar lo que quiera que hiciera mal.

—¿Y ella no?

Me llevé la mano al pelo, desordenada.

—No estamos hablando de lo mismo. Te lo repito.

—Sí estamos hablando de lo mismo —insistió—. De largarse cuando todo es difícil.

Sentí que el suelo no era estable.

—Yo tenía motivos.

—Ella también.

—No eran suficientes.

—Los tuyos tampoco lo eran para mí.

Esa frase me marcó.

Me quedé quieta.

Diana bajó el tono, pero no la firmeza.

—Quizás por eso te duele tanto que haya vuelto.

La miré sin comprender.

—¿Qué?

—Porque te recuerda que tú también fallaste.

El golpe fue tremendo. Directo.

—Eso es injusto.

—¿Lo es?

No supe qué decir.

Diana negó con la cabeza.

—No eres la única que sufrió, Kate.

Me sentí pequeña de pronto.

—No estoy diciendo eso.

—Pero actúas como si fueras la única herida.

El silencio se instaló.

No había gritos.

Solo dos mujeres frente a frente, con cuentas pendientes que nunca se habían puesto sobre la mesa.

—No voy a disculparme por desconfiar de ella —dije al fin.

—No te pido eso.

—Entonces ¿qué quieres?

—Que no la ataques por intentar subsanar sus fallos.

La frase me pareció absurda.

—No la estoy atacando.

—Te has burlado.

Abrí la boca para defenderme.

No salió nada.

Porque tenía razón.

Diana dio un paso atrás.

—No voy a permitir que critiques todo lo que haga.

—Es que no va a hacer nada bien.

—¿O eso es lo que tú piensas?

Eso me dejó completamente inmóvil.

Diana respiró hondo.

—Voy a ducharme.

Y se fue.

La escuché cerrar la puerta del baño con más fuerza de la habitual.

Me quedé en el salón, sola.

Las palabras seguían resonando.

“Te largaste.”

“Me dejaste.”

“Quizás por eso te duele tanto.”

Intenté convencerme de que mi madre y yo no cometimos el mismo error.

Que Diana estaba proyectando.

Pero algo en mi interior sabía que había tocado un punto sensible.

Esa noche nos acostamos sin hablarnos.

A la mañana siguiente salimos de casa juntas, pero igualmente sin dirigirnos la palabra.

—¿Llevas las llaves de la librería? —me preguntó ella, sin mirarme.

—Sí.

—Vale.

Nada más.

Allí trabajamos de manera automática.

Ella organizaba pedidos. Yo atendía clientes.

No hubo discusión.

Pero tampoco complicidad.

El día se hizo largo.

Más de una vez estuve a punto de decir algo.

De romper la tensión.

Pero el orgullo pesaba.

A la hora de cerrar, Diana recogió su bolso.

—Voy a ver a mamá un rato.

Asentí.

—Vale.

La puerta se cerró.

Me quedé sola entre estanterías.

Las palabras del día anterior volvieron con claridad incómoda.

“Quizás por eso te duele tanto.”

No quería admitirlo.

Pero dolía.

Y no solo por Elizabeth.

Dolía porque Diana había señalado algo que llevaba tiempo evitando.

No era solo rabia hacia nuestra madre.

Era culpa.

Y eso era mucho más difícil de gestionar.

La tarde terminó sin que nos habláramos más de lo necesario.

Y el silencio entre nosotras, lejos de apagarse, empezó a ocupar demasiado espacio.

Estaba cerrando la caja cuando escuché la campanilla.

No levanté la vista de inmediato. Pensé que sería algún cliente despistado de última hora.

—Estamos a punto de cerrar —dije automáticamente.

—Entonces he llegado justo a tiempo.

La voz me heló la espalda.

Levanté la cabeza.

Oliver.

De pie junto a la puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión que no supe descifrar.

Sentí cómo todo mi cuerpo se tensaba.

—Qué casualidad —le solté.

—No pretendía interrumpir.

—Siempre interrumpes.

Cerré la caja de un golpe.

—¿Qué haces aquí?

Entró un par de pasos, despacio.

—Solo quería ver cómo va todo.

Solté una risa breve.

—Claro. Un paseo inocente por la zona.

—No todo tiene un doble fondo.

—Contigo sí.

Se detuvo frente al mostrador. No demasiado cerca.

—Os di margen con los pagos. No vengo a presionar.

—¿Y eso te convierte en visitante amable?

—No intento molestar.

—Lo intentas todo el tiempo.

Sus ojos no se endurecieron. Eso me irritó más.

—Kate —dijo con calma—, solo he venido a preguntar cómo estáis.

—Estamos ocupadas.

—Lo veo.

Miré alrededor con gesto exagerado.

—Como puedes comprobar, el negocio sigue en pie. No hace falta inspección sorpresa.

—No estoy inspeccionando.

—¿No? Porque suele ser lo tuyo.

Se apoyó ligeramente en el mostrador.

—Te prometo que no he venido con ese propósito.

—No me tranquiliza.

—¿Por qué?

—Porque un hombre como tú no se mueve sin motivo.

—Eso suena a teoría interesante.

—Suena a experiencia.

El silencio que siguió no fue precisamente ideal.

—He sido claro con los plazos —continuó—. Tenéis margen. No estoy aquí por dinero.

—No me creo nada.

—No te pido que me creas.

—Entonces ahórrate la visita.

Oliver respiró despacio.

—No todo es estrategia.

—En tu mundo sí.

Me miró fijamente.

—No soy el villano que has decidido dibujar.

—No necesito dibujarte nada. Te presentaste solo.

—Eso fue antes.

—¿Antes de qué?

No respondió al instante.

—Antes de que entendiera algunas cosas.

La frase me arrancó una carcajada.

—Qué oportuno.

—No intento manipularte.

—Perfecto, porque no funciona.

Se mantuvo firme.

—He asumido que fui demasiado duro.

—No te preocupes, ya lo sabíamos.

—Os exigí más de lo que debía.

—Exacto.

—Y he rectificado.

—Eso no encaja contigo.

Le sostuve la mirada sin pestañear.

—Dime qué quieres.

—Nada.

—Mentira.

—No todo es un cálculo.

—Un tipo como tú no para hasta haber cobrado hasta la última libra.

No se ofendió.

—Cobraré lo que corresponde.

—Ahí está.

—Pero no a cualquier precio.

—Eso suena bonito.

—Es verdad.

—No me hagas reír.

Hubo un instante en el que parecía a punto de responder con dureza.

No lo hizo.

—¿Por qué estás tan a la defensiva?

—Porque apareces sin avisar para meter las narices donde no te llaman.

—La librería está abierta al público.

—No eres público.

Una sombra de sonrisa cruzó su boca.

—Entonces ¿qué soy?

—Un acreedor con tendencia a invadir espacios.

—Eso ha sido creativo.

—Gracias. Puedo seguir.

—No hace falta.

Silencio breve.

—Kate —añadió—, si te incomoda que venga, no volveré sin avisar.

—Me incomoda que existas en mi radio económico.

—Eso no puedo cambiarlo.

—Lo sé.

Se enderezó.

—Solo quería comprobar que todo iba bien.

—¿Y ahora que lo has comprobado?

—Ahora me voy.

No se movió.

—¿Algo más? —pregunté con sarcasmo.

Me miró unos segundos.

—Podríamos tomar algo.

Parpadeé.

—¿Perdón?

—Una cerveza. Cinco minutos. Sin hablar de dinero.

Solté una risa sonora.

—¿Me estás invitando?

—Sí.

—¿Y qué sigue? ¿Poesía en voz alta?

—No soy un poeta.

—Y yo no soy tan ingenua.

—No te estoy pidiendo nada comprometido.

—Me estás pidiendo tiempo.

—Un café no es un contrato.

—Contigo todo es un contrato.

Se pasó la mano por la mandíbula.

—Estás decidida a no darme ni un centímetro.

—Correcto.

—¿Ni siquiera una cerveza?

—Ni siquiera agua.

Se permitió una media sonrisa.

—Eso ha sido excesivo.

—Me esfuerzo —le aseguré.

Se incorporó del todo.

—Está bien.

—Qué generoso.

—No voy a insistir.

—Primera decisión sensata del día.

Hubo un pequeño silencio.

No tenso. Más bien cargado de algo que ninguno quiso nombrar.

—Que tengas buena noche —dijo al final.

—Igualmente. Y recuerda: las libras siguen a salvo.

—No he venido a contarlas.

—Nunca se sabe.

Caminó hacia la puerta sin prisas.

Antes de salir, se detuvo.

—No todo lo que hago tiene segundas intenciones. Te lo repito.

—Eso lo decidiré yo.

Asintió una vez.

Y se fue.

La campanilla sonó.

Me quedé quieta unos segundos, respirando con más fuerza de la que quería admitir.

Sentía el pulso acelerado. No por miedo. Por irritación.

O eso quise creer.

Apagué las luces, cerré la puerta con llave y caminé hacia casa con paso firme.

La noche estaba fresca.

Cada vez que recordaba su invitación, una mezcla de incredulidad y rabia me recorría el pecho.

¿Una cerveza?

Como si con eso pudiera borrar la pesadilla que representaba en nuestras vidas.

Negué con la cabeza.

No entendía qué pretendía.

Y no pensaba averiguarlo sentada frente a él en una mesa.

Llegué a casa y dejé el bolso sobre la silla.

No había mensajes.

No había llamadas.

Solo silencio.

Me quité los zapatos y me dejé caer en el sofá.

Había aguantado el chaparrón con la cabeza alta.

No me había descolocado.

No me había hecho dudar.

O al menos eso quería pensar.

Miré el techo.

Una cerveza.

Solté una risa corta.

—Ni en sueños —murmuré.

Y me quedé allí, tan ancha.

Convencida de que había ganado el asalto.

Aunque algo, muy al fondo, sabía que la partida no había terminado.

Capítulo 15



Encendí la tele con la sensación de traer el día entero colgado en la espalda.

No era cansancio físico; era otra cosa. Un peso hecho de silencios, de frases que habían dolido más de lo que yo quería admitir, de la ausencia de Diana moviéndose por la casa con esa naturalidad suya que siempre terminaba llenándolo todo.

Me quedé dormida y, cuando me desperté, la vi en la cocina, de espaldas, cogiendo un vaso de leche de la nevera. No se giró al oírme.

Me quedé quieta un segundo, tragándome el orgullo. El mismo orgullo que había usado como armadura… y que ya empezaba a parecerme un estorbo.

—Diana —murmuré.

Ella cerró la puerta de la nevera con suavidad y se giró despacio.

Su cara estaba fatigada. No enfadada del todo, pero sí lejana. Como si hubiera decidido protegerse.

Me acerqué un paso.

—Lo de ayer… y lo de hoy… —me quedé sin aire un instante—. Te pido perdón.

Diana parpadeó, sorprendida.

—Kate…

—No. Déjame terminar —insistí, con la voz más baja—. Te dije cosas con sorna, con mala intención. Te corté cuando estabas contenta. Y… me pasé. No estaba enfadada contigo. Estaba… —me mordí el labio— estaba hecha un lío y lo pagaste tú. Y eso no es justo.

Diana me miró con una expresión que se me clavó por dentro.

—Estás perdonada —me aseguró enseguida.

Eso me desarmó.

—¿Así, sin más?

—Sí —respondió con calma—. De antemano, incluso.

Me quedé en silencio un segundo, sin saber qué hacer con esa generosidad.

—No merezco que sea tan fácil —murmuré.

—No es fácil. Es que te conozco.

Se apoyó en la encimera, cruzándose de brazos.

—Pero también te voy a decir una cosa.

Asentí.

—Ahora que podemos tener a mamá y también podemos tenernos a nosotras… no es justo que yo tenga que elegir —dijo, clara—. No es justo que parezca que, si estoy con ella, te estoy traicionando. Ni que si estoy contigo, la estoy castigando. No quiero vivir así.

Sentí que esa chica había madurado a marchas forzadas.

—Lo sé.

—Y te lo digo con cariño —añadió—. Porque entiendo que te remueva. A mí también me remueve. Pero no voy a renunciar a ninguna de las dos.

Tragué saliva.

—No quiero que renuncies a mí.

—Entonces deja de ponérmelo difícil.

Bajé la mirada un momento y asentí.

—Tienes razón.

Se acercó un poco.

—¿Puedes?

No era una exigencia. Era una pregunta sincera.

Quise decir que sí sin matices.

No pude.

—Puedo intentarlo —respondí—. Pero… por el momento no sé hacerlo mejor.

Diana me observó.

—¿Por el momento?

—Todavía me cuesta verla como si nada —admití—. Me cuesta escucharla hablar de planes, de trabajos, de ayudarnos… y no pensar en lo que no hizo. Me cuesta mucho. Y me siento fatal por decírtelo, porque sé que tú estás ilusionada.

Diana suspiró.

—No tienes que fingir que estás bien.

—Estoy muy rayada, Di.

Lo solté sin pensar. Y al oírlo me sentí ridícula y vulnerable a la vez.

Diana se ablandó. Me tocó el brazo.

—Vale. Entonces vamos paso a paso. Pero sin guerra en casa, ¿sí?

Asentí.

—Sin guerra.

Sonrió apenas.

—Ven aquí.

Me abrazó. Esta vez me dejé, sin resistencia. Noté el nudo aflojándose, aunque fuera un poco.

—Gracias —le murmuré.

—Gracias a ti por venir a decirlo.

Nos separamos y, durante un segundo, el aire volvió a ser respirable.

—¿Te quedas un rato conmigo? —me preguntó.

—Sí.

—Vamos a sentarnos en el sofá. Estoy agotada.

—Yo también.

Ese "yo también" sonó como algo compartido, y me alegró.

El domingo por la tarde quedé con Lucy.

Nos vimos cerca del río, porque ella insistió en que "el aire londinense cura más que un terapeuta barato". Venía con unas gafas enormes, un abrigo largo y esa actitud suya de estar siempre a punto de contar un chisme importante.

—¿Cómo va la convivencia familiar? —me preguntó nada más verme.

—Más tranquila.

—Eso es genial.

—No tientes al destino.

Lucy rio y me enganchó del brazo.

Caminamos sin prisa. La ciudad estaba agradable, con gente paseando, perros, bicicletas, el ruido constante de Londres sin hacerse insoportable.

—¿Y tú? ¿Todo bien en Mordor? —le pregunté.

Lucy resopló.

—En casa de Oliver todo sigue igual. Raro, frío y con tensión en el aire.

—Me alegra que no pierda sus costumbres.

Lucy me miró de reojo.

—¿Te ha vuelto a hablar?

Dudé un segundo.

—Apareció en la librería.

Se detuvo.

—¿Otra vez?

—Se plantó allí, por las buenas.

—Sí que le ha dado fuerte por ti…

—No empieces. Dijo que quería ver cómo iba todo. Que no pretendía molestar.

Lucy abrió mucho los ojos.

—¿Y?

—Y luego me invitó a tomar algo.

Lucy soltó una carcajada tan fuerte que una pareja que pasaba nos miró.

—¡No!

—Sí.

—¡No me lo creo!

—Yo tampoco.

Se llevó una mano al pecho, teatral.

—Kate, esto es maravilloso.

—Es ridículo.

—Es clarísimo.

—No es clarísimo.

—Le gustas —afirmó con total seguridad.

—Estás fatal.

Caminó otra vez, aún riéndose.

—Te lo juro, me estoy imaginando su cara de "quiero parecer humano" y me da la vida.

—No estaba intentando parecer humano. O sí. No lo sé.

—Exacto. Y por eso le gustas. Porque no sabe hacerlo.

—Lucy…

—Escúchame —me cortó—. En esa casa está cada día más amargado. Y no hablo de "exigente". Hablo de insoportable. Hasta su hija está más callada últimamente. Y eso no es normal.

Me quedé seria.

—¿De verdad?

—Sí. Y te digo más.

Lucy se inclinó hacia mí, a punto de contarme un secreto que debía parecerle de Estado.

—Estoy empezando a pensar que está así porque tú no le haces caso.

Parpadeé.

—Estás completamente loca.

Lucy se encogió de hombros.

—Puede. Pero dime: ¿por qué va a la librería? ¿Por qué te da tregua? ¿Por qué te invita a tomar algo?

—Porque trama algo.

Me miró como si yo fuera un caso perdido.

—Qué pesadita con las conspiraciones. El tío se está divorciando. Ahora tendrá sus propios "intereses", ya me entiendes.

—No es un tipo de ese estilo.

—Todos lo son. No saben estar solos.

—No creo que a Oliver le haga falta nadie al lado.

Lucy sonrió, divertida.

—Hacerle falta no sé. Que le guste que alguien esté por él, seguro. Lo cual, por cierto, lo hace todavía más gracioso cuando intenta ser amable.

—No fue gracioso. Fue incómodo.

—Te incomodó porque te movió algo.

—No me movió nada.

—Vale, vale —canturreó Lucy—. Nada.

La miré con advertencia.

—Lucy.

—Kate.

Nos quedamos un segundo en silencio, caminando.

—Solo te digo una cosa —añadió ella—. Si te vuelve a invitar, avísame. Necesito verlo con mis propios ojos para creerlo.

—No va a volver a hacerlo.

Lucy rio por lo bajo.

—Eso dices tú.

Seguí andando con ella, intentando mantenerme firme, pero con una sensación rara en el pecho.

No era ilusión.

Era incredulidad.

Y también, aunque me fastidiara reconocerlo, una chispa de curiosidad que no tenía ninguna intención de alimentar.

Por ahora.

Salí del paseo con Lucy algo más ligera, aunque todavía con el eco de sus teorías rondándome la cabeza. Caminé hasta el parquin donde había dejado el coche. Era domingo, así que había bastante movimiento: familias cargando bolsas, niños arrastrando mochilas pequeñas, motores arrancando con desgana.

Busqué las llaves en el bolso mientras avanzaba entre las filas de vehículos.

Y entonces lo vi.

O mejor dicho, no lo vi a él primero.

Vi una bufanda.

Una bufanda de lana rosa claro cayó al suelo, deslizándose junto a la rueda de un coche oscuro. La llevaba una niña pequeña que caminaba de la mano de un hombre alto. Ella no se dio cuenta. Seguía hablando animadamente, moviendo la cabeza con energía.

—¡Eh! —la llamé por instinto—. ¡Se te ha caído!

La niña se detuvo, miró hacia atrás, vio la bufanda en el suelo y soltó la mano del hombre sin dudarlo.

Corrió hacia mí.

Era monísima. Pelo rubio claro, casi dorado, recogido en una coleta alta. Ojos claros, de un azul limpio que destacaba incluso bajo la luz artificial del parquin. Llevaba un abrigo azul marino y unas botas pequeñas que resonaban contra el suelo.

—¡Gracias! —exclamó, sonriente, con una educación impecable.

Le tendí la bufanda. Me recordó a la de mi hermana Diana.

—Casi la pierdes.

—Siempre me pasa —confesó con naturalidad—. Papá dice que no me dejo la cabeza porque la tengo pegada al cuerpo.

“Papá”.

Entonces el hombre dio unos pasos y se acercó.

Y cuando levantó la vista hacia mí, sentí el golpe.

Los mismos ojos. Más duros. Pero idénticos.

—Joder… —murmuré sin darme cuenta.

Oliver.

Allí, en el parquin, con su hija.

Él también me reconoció al instante, aunque su reacción fue más contenida. Apenas un leve cambio en el gesto.

—Kate —dijo.

Su voz no llevaba tensión. Tampoco sorpresa exagerada.

La niña miró a su padre y luego a mí.

—¿Os conocéis?

—Sí —respondió él—. Kate es… amiga.

Casi me atraganto.

—No exageres —repliqué enseguida.

La niña frunció el ceño.

—Papá, ¿puedo ponerme la bufanda?

—Claro, Emma.

Emma.

El nombre me atravesó con una dulzura inesperada.

Me arrodillé un poco para ayudarla a colocársela bien.

—Así no se te vuelve a caer —le dije, ajustándola con cuidado.

Ella sonrió como si le hubiera regalado algo importante.

—Gracias.

Se volvió hacia su padre.

—Es muy simpática.

Sentí el calor subir por el cuello.

Oliver carraspeó suavemente.

—Claro, cariño —respondió, mirándome con una media sonrisa.

—Igual te sorprende que tenga una hija —me comentó.

No contesté nada. Lo sabía por Lucy, pero él ni siquiera debía tener idea de que fuésemos amigas.

Oliver bajó la mirada hacia ella con un gesto que no le había visto nunca. No es que fuese increíblemente cercano, pero se notaba que se esforzaba por parecerlo con ella.

—Vamos a llegar tarde a la peli —añadió Emma.

—No llegaremos tarde.

Luego volvió a mirarme.

—Gracias por avisarla.

—No ha sido nada.

—Lo sé. Pero gracias.

Su tono era genuino. Sin dureza. Sin cálculo evidente.

Me crucé de brazos por puro reflejo.

—Tranquilo, no te voy a pedir que restes el favor de la cuenta.

Una sombra divertida cruzó sus ojos.

—Igual podrías…

—No tientes a tu suerte.

Emma miró a uno y a otro.

—Papá, ¿estás enfadado?

—No —respondió él enseguida—. En absoluto.

—¿Y por qué hablas con ella de cuentas? —le preguntó la niña, con total sinceridad.

Me mordí el interior de la mejilla para no sonreír.

—A veces los mayores hablamos de esas cosas, de cosas raras —le expliqué.

—Sí, eso dice mi profe.

Oliver negó levemente con la cabeza, resignado.

—Emma, vamos.

La niña me hizo un gesto pequeño con la mano.

—¿Tú no quieres venir con nosotros? —me preguntó.

—No, cariño, pero gracias —le respondí de inmediato.

—Podrías, si quisieras —me comentó su padre. Lo que me faltaba. Plan familiar con ellos.

—No, gracias—le respondí cortante.

—Una pena. Adiós, Kate —se despidió Emma.

—Adiós, pequeña.

La observé volver a agarrar la mano de su padre.

De pronto, la imagen del tirano pretencioso no encajaba con ese hombre que ajustaba la bufanda de su hija y controlaba que no tropezara entre los coches.

—Que tengas buena noche —dijo él finalmente.

—Igualmente.

Se alejaron hacia la salida del parquin.

Me quedé allí, con las llaves en la mano, mirando su espalda y la cabeza rubia que se movía a su lado.

Los mismos ojos.

No podía quitármelos de la cabeza.

Entré en el coche y cerré la puerta.

Durante unos segundos no arranqué.

Lucy.

“Le gustas.”

Solté una risa corta dentro del coche.

—Está loca —murmuré.

Pero la escena se repetía en mi mente. La forma en que él había pronunciado “Kate” delante de su hija. La manera en que no había intentado provocar, ni medir, ni imponer nada.

¿Y si Lucy tenía razón?

Negué con la cabeza.

No. Imposible.

Un hombre como él no cambia de tono porque sí. No se vuelve casi amable porque le apetece.

Y, sin embargo…

Ahora era yo quien lo trataba a patadas.

Lo había rechazado. Lo había atacado. Le había lanzado cada frase con filo.

Y él había aguantado.

Sonreí de lado.

—Como sea verdad que le gusto… —susurré— debe de ser un poco masoca.

Arranqué el coche por fin.

Mientras salía del parquin, una imagen se impuso: Emma corriendo hacia mí, ojos brillantes, sonrisa abierta.

Y detrás, esos mismos ojos en versión adulta, mirándome sin dureza.

Apreté el volante un poco más.

No pensaba darle la razón a Lucy.

Pero, por primera vez, la posibilidad dejó de parecerme completamente absurda.

Capítulo 16



Una semana después volvió.

No apareció fingiendo que pasaba por allí. Oliver entró en la librería con paso directo, sin rodeos. Lucy me había prevenido el día anterior.

—Está peor que nunca —me había dicho—. Más seco, más irritable. Y eso ya es decir.

Cuando levanté la vista y lo vi cruzar la puerta, entendí que no exageraba.

Tenía el gesto más marcado, la mandíbula tensa, las ojeras visibles. No parecía enfadado; parecía agotado. Sin embargo, a mí me sonrió.

Yo reaccioné al instante.

—Qué sorpresa —solté, cerrando el libro que estaba ordenando—. ¿Se te ha acabado la tregua?

Oliver se detuvo frente al mostrador.

—Tenemos que hablar, Kate.

—¿De cuánto? —pregunté sin esperar.

—No es dinero.

Me crucé de brazos.

—Claro. ¿Qué es esta vez? ¿Intereses nuevos? ¿Cláusulas creativas?

—Es de negocios.

Solté una risa con sorna.

—Ya tardabas en volver a pedir más.

—No he venido a pedir nada.

—No juegues conmigo.

Respiró despacio.

—Kate, por favor. Escúchame.

—Habla.

—No aquí.

—Perfecto, entonces no.

Sus ojos se endurecieron apenas.

—Te conviene escucharme.

Esa frase hizo que frunciera el ceño.

—¿Me conviene?

—Sí.

—No me gustan las amenazas disfrazadas.

—No es una amenaza.

Lo miré un segundo más, intentando descifrar qué demonios se traía entre manos.

—Escúchame —añadió—. Si después quieres mandarme a la mierda, lo acepto.

Me quedé callada.

La curiosidad pudo más que el orgullo.

—Vale.

—Cenemos.

—¿Perdón?

—No es una encerrona. Es una cena.

Lo miré con desconfianza.

—Esto cada vez suena mejor.

—Elige tú el sitio.

Eso me descolocó.

—¿Y qué te hace pensar que voy a aceptar?

—Acepta, por favor.

Volví a escuchar esa frase en mi cabeza.

—Si es otra jugada rara, te lo voy a hacer pagar caro.

—Lo asumo.

La cena fue en un restaurante discreto, lejos de la zona de la librería. Él dejó que eligiera mesa. Pidió sin imponerse. No intentó marcar territorio.

Me trató con una educación que rozaba lo impecable.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté en un momento, incapaz de evitarlo.

—No especialmente.

Una sombra de ironía cruzó su rostro.

—¿Y crees que puedo hacer algo por ti?

—Igual sí.

Esa sinceridad inesperada me dejó sin réplica.

Ve al grano —dije al fin—. ¿Qué negocio es ese?

Se apoyó ligeramente en el respaldo.

—Necesito que trabajes para mí.

Parpadeé.

—¿Cómo?

—En mi casa.

—¿Ahora pretendes que limpie tu casa? Es un trabajo muy digno, pero no, gracias.

—No es para limpiar.

—¿Entonces?

Me sostuvo la mirada.

—Para cuidar a Emma.

Me quedé inmóvil.

—Interna —añadió.

Y entonces me eché a reír. No una risa elegante. Una carcajada abierta.

—Estás completamente loco.

No se inmutó.

—Las niñeras no me duran.

—Por algo será.

—Probablemente.

—¿Y has pensado que quizás el problema no son ellas?

—Lo he pensado.

—¿Y?

—Mi hija es mi prioridad.

Lo dijo sin elevar el tono, pero con una firmeza que no dejaba dudas.

—No busco una empleada más —continuó—. Busco a alguien en quien pueda confiar.

—¿Y se te ocurre que esa persona soy yo?

—Sí.

—¿Después de todo?

—Precisamente después de todo.

Lo miré como si estuviera evaluando su cordura.

—Explícamelo bien.

—Emma necesita estabilidad. Yo estoy reorganizando mi vida. Trabajo demasiado. No sé delegar. No sé mostrar afecto con facilidad.

—Eso ya lo he notado.

—Lo sé.

—Y crees que meterme en tu casa va a solucionarlo.

—Creo que tú no la tratarías como un expediente.

La frase me tocó algo que no esperaba.

—¿Y por qué demonios tendría que ayudarte?

Hubo un segundo de silencio.

—Porque, si aceptas, el resto de la deuda queda saldada.

Mis ojos debieron brillar solos.

—¿Cómo?

—Lo que queda pendiente desaparece.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

—Eso sería… —me detuve— el trabajo mejor pagado del mundo.

—Además de eso, te pagaré un salario.

—¿De por vida? —pregunté con media sonrisa.

—No.

—Qué decepción.

—Te necesito un tiempo. Hasta que ponga todo en orden.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé exactamente. Meses, quizás.

Lo miré en silencio.

—Es absurdo.

—Es necesario.

—Para ti.

—Para ella.

Ahí estaba el punto.

—No soy niñera.

—No busco una niñera.

—Entonces, ¿qué soy? ¿Un experimento?

—Eres alguien que no se deja intimidar por mí.

—Eso no es una cualificación laboral.

—Para mi hija, sí.

Me quedé callada.

—Emma confía en quien la mira a la cara —añadió—. No en quien la consiente por obligación.

—¿Y crees que yo encajo en tu casa?

—No. Y por eso puede funcionar.

Rodé los ojos.

—Suena a locura.

—Estoy loco por mi hija.

Esa frase salió limpia.

—Aunque me cueste demostrar afecto como debería —añadió, más bajo.

Lo observé con atención por primera vez sin ironía.

No había orgullo en esa frase. Había verdad.

—¿Y qué pasa si te das cuenta después de que no soy la persona que buscas?

—No pasará.

—No puedes garantizarlo.

—No.

—Entonces esto es una bomba con temporizador.

—Es una oportunidad.

Suspiré.

—¿Tu hija sabe esto?

—No.

—¿Y qué le dirías? ¿Que la librera que te pone a caldo se muda a casa?

—Le caíste bien. Y ya conoces a Emma. No le harán falta presentaciones.

—Es cierto, le dijiste que era tu amiga, qué simpático.

—No te mofes de mí.

La idea me parecía descabellada y tentadora al mismo tiempo. Y no me refiero a la de seguir mofándome de él.

Deuda saldada.

Salario.

Emma.

Una convivencia con el hombre más complicado que había conocido. Eso ya sonaba peor.

—Estás loco —repetí.

—Probablemente.

—Y yo más si lo acepto.

—Puede.

Me apoyé en la mesa.

—¿Y qué te hace pensar que no voy a aprovecharme?

—Que no eres así.

—Qué seguridad.

—La tengo.

Lo miré unos segundos largos.

—Me lo voy a pensar.

—Es todo lo que pido.

—No te hagas ilusiones.

—No me las hago.

—Bien.

Terminamos la cena sin más reproches.

Cuando salí a la calle, el aire me pareció distinto.

Me monté en el coche con la cabeza llena de cifras, imágenes y preguntas.

Deuda cero.

Salario.

Emma riendo con su bufanda rosa.

Oliver admitiendo que no sabía demostrar afecto.

Solté un suspiro largo.

—Estoy loca si siquiera lo considero —murmuré.

Pero lo estaba considerando.

Y eso ya era un giro que no había visto venir.

Esa noche no pude quedarme sola con la idea.

Me rondaba desde que volví de la cena: la propuesta, la cifra invisible que borraba la deuda, el salario, la palabra "interna" pronunciada con una serenidad que daba miedo. Me cambié sin encender demasiadas luces, paseé por el salón con el móvil en la mano y acabé haciendo lo único sensato.

Llamé a Lucy.

—¿Puedes venir? Ahora.

No preguntó mucho.

—Dame veinte minutos.

Luego llegó Diana, quien se había acostumbrado a cenar con nuestra madre.

Entraron por la puerta casi a la vez. Lucy con su abrigo largo, un paquete de palomitas para hacer en el microondas y esa expresión de "esto huele a salseo *premium*". Diana, expectante.

—Vale —dijo Lucy, dejando la bolsa sobre la mesa—. Suelta la bomba.

Diana se sentó frente a mí.

—¿Qué ocurre?

Respiré hondo.

—Oliver me ha citado hoy. Hemos cenado juntos.

Lucy abrió los ojos con interés.

—¡Lo sabía!

—Que no es eso, majara…

Chasqueó la lengua.

—Pero habéis cenado.

—Sí.

Se tapó la boca con la mano, intentando no reírse demasiado pronto.

—Sigue.

—Quiere que trabaje en su casa. Cuidando a Emma. Interna.

Lucy soltó un gritito ahogado.

—¿Qué dices?

Diana se llevó una mano al pecho.

—¿Cómo?

—Que nos perdona el resto de la deuda si acepto —añadí, sin adornos.

El silencio duró un segundo exacto.

Luego Lucy explotó.

—No puedes rechazar eso.

—Lucy…

—Kate, no. No. Esto es una oportunidad que no sale dos veces.

Diana asintió, todavía procesándolo.

—Si nos perdona la deuda… es enorme.

—Y además me pagaría un salario —dije.

Lucy se echó hacia atrás en el sofá, feliz.

—Yo no me puedo creer que haya llegado a este punto.

Diana me miró con cautela.

—¿Y tú qué has dicho?

—Que me lo iba a pensar.

Lucy levantó el dedo como si fuera una profesora.

—Eso es lo único sensato. Pero la respuesta es sí.

—No lo digas tan fácil —le corté.

Se inclinó hacia mí.

—¿Qué parte es difícil? ¿La casa de Oliver o el hecho de que te guste discutir con él?

—No me gusta discutir con él.

Hizo un sonido incrédulo.

—Claro.

Diana carraspeó.

—Kate, es una decisión grande.

—Lo sé.

Suspiré.

—No he trabajado de niñera en mi vida.

Lucy puso los ojos en blanco.

—Emma no es “un trabajo de niñera”.

—Lucy…

—Escúchame. Emma es como la viste. Un encanto. Un dulce de cría. Educada, cariñosa, lista. Si te preocupa la niña, no te preocupes.

—Me preocupa todo —le solté.

Diana me observó con atención.

—¿Qué es lo que más te frena?

La pregunta fue directa.

—La librería —respondí sin dudar—. ¿Qué pasa con la librería si yo me voy a su casa? Tú no puedes llevarla sola.

Diana respiró hondo.

—No puedo.

—Entonces ya está —dije, intentando dar por zanjado el tema.

Lucy se inclinó hacia Diana.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Di?

Diana me sostuvo la mirada.

—Mamá puede ayudarnos.

Me quedé quieta.

—No.

—Sí.

—No voy a poner a Elizabeth aquí.

—Kate, ya está trabajando en una librería de Covent Garden —insistió Diana—. Tiene experiencia. Sabe cómo funciona esto.

—Pero no es lo mismo.

—No, pero no empieza de cero.

Lucy intervino con entusiasmo.

—Y además, esto es perfecto. Ella quiere ayudaros. Vosotras necesitáis ayuda. Y la librería necesita manos.

—No voy a convertir la librería en un "plan de redención" para ella —repliqué.

Diana apretó los labios.

—No es un plan. Es una realidad. La necesitamos.

Negué con la cabeza.

—Lo que necesitábamos era que estuviera cuando tocaba.

Lucy levantó ambas manos.

—Vale, drama familiar aparcado un segundo. Kate, mírame.

La miré.

—Tenéis una deuda que os asfixia. Oliver te está ofreciendo borrarla a cambio de algo que, sinceramente, es trabajo. No te está pidiendo un riñón. Te está pidiendo tiempo y cuidado para su hija.

—Y meterme en su casa.

Lucy sonrió.

—Y meterle a él una presencia que le descoloca. Eso también.

—Lucy…

—Estoy siendo práctica —dijo, sin perder el brillo.

Diana habló más suave.

—Kate, si tú no lo haces, ¿qué pasa?

Esa pregunta me dejó sin respuesta.

—Seguirás partiéndote la espalda aquí, con pagos, con tensión, con el miedo de que todo se nos caiga.

—No dramatices.

—No dramatizo —replicó—. Te estoy diciendo las cosas como son.

Lucy asintió.

—Y yo estaré allí contigo.

Me giré hacia Lucy.

—Eso es verdad. No le he dicho a Oliver que somos amigas.

Lucy señaló su pecho con orgullo.

—No le importará en absoluto. Depende de ti. Si tú entras, seremos equipo. Te lo juro, me hace ilusión.

—¿Te hace ilusión?

—Sí. Porque así no estarás sola. Porque Emma te va a adorar. Y porque ver a Oliver sin saber qué hacer contigo va a convertirse en mi entretenimiento semanal favorito.

Diana soltó una risa, pese a todo.

Yo no.

—No quiero que esto sea un circo.

Lucy se encogió de hombros.

—No lo será si tú no quieres. Pero ayuda que yo tenga sentido del humor.

Miré hacia la ventana.

La ciudad seguía allí, indiferente.

—¿Y si sale mal? —pregunté.

Diana se acercó un poco.

—Entonces lo dejas.

—No es tan simple.

—Sí lo es —dijo Lucy—. Puedes ir con condiciones. Horarios, tareas, tiempo. No firmes tu alma.

Me quedé callada.

Diana apoyó una mano sobre la mía.

—Y sobre la librería… yo también quiero decirte algo.

—¿Qué?

—Si mamá se ofrece a cubrirte aquí, no es porque tú le estés regalando nada. Es porque nosotras seguimos siendo su familia. Y porque, por una vez, puede hacer algo útil sin esconderse.

La frase me dolió.

También me calmó.

—No sé si estoy preparada —murmuré.

—No tienes que estarlo —respondió—. Solo tienes que decidir qué es lo más sensato ahora.

Lucy le dio la razón.

—Y lo más sensato es que no rechaces un trato que os libra de la deuda cobrando un salario por trabajar, cuando encima conoces a la niña y te cayó bien.

Solté un suspiro largo.

—Me da miedo.

—Normal —dijo Diana.

—Y me da rabia que la solución venga de él. Y de nuestra madre.

Lucy sonrió.

—La vida tiene un extraño sentido del humor.

Me quedé mirando a las dos.

Lucy con su entusiasmo sin filtro. Diana con esa calma firme que a veces me salvaba sin que yo se lo pidiera.

—Vale —susurré al fin.

—¿Vale qué? —preguntó Lucy, encantada.

—Vale que… tengo que planteármelo en serio. No desde el miedo. Ni desde la rabia.

Diana sonrió.

—Eso ya es un paso.

—Pero si lo hago —añadí—, será con mis condiciones.

Lucy levantó la copa imaginaria.

—Obvio. No espero menos de ti.

Me apoyé en el respaldo del sofá, dejando que la idea se asentara.

La librería.

La deuda.

Emma.

Oliver.

Y, de pronto, un lugar para Elizabeth en todo esto.

No me entusiasmaba.

Pero empezaba a entender que quizás, aunque no me gustara, debía ser así.

Capítulo 17



Llegué con dos maletas y una idea fija: no mirar demasiado hacia arriba para no sentirme pequeña.

No funcionó.

El coche se detuvo frente a una fachada de ladrillo oscuro y piedra clara, elegante hasta el punto de parecer intocable. Ventanales altos, hierro negro en las barandillas, escalones anchos que obligaban a subir despacio, porque el edificio te imponía el ritmo. Nada de florituras. Todo recto, limpio, serio.

Demasiado serio para una niña con bufanda rosa.

Lucy ya me esperaba junto a la entrada, tan tranquila, con ese don suyo para estar donde se la necesitaba.

—Bienvenida al castillo del ogro —susurró cuando me acerqué.

—Si esto es un castillo, yo soy la bruja de mantenimiento —respondí, ajustándome la correa del bolso.

Soltó una risita.

—No, tú eres la invitada inesperada que descoloca el sistema.

Miré la fachada con la sensación de que su interior sería el de un museo.

Nos recibió un mayordomo, impecable, de pelo gris perfectamente peinado y traje oscuro. No sonrió de más, pero tampoco fue frío. Tenía esa educación

medida que te hace sentir que has entrado en una coreografía.

—Señorita Kate…

Me llamó por mi nombre con una naturalidad que me desconcertó.

—Sí.

—Bienvenida. Soy el mayordomo, el jefe de servicio. Mi nombre es John Hargreaves.

Mayordomo. La palabra me resultaba antigua, pero en su boca parecía lo más normal del mundo.

—Encantada —dije, intentando que mi voz no sonara a "¿y yo qué hago aquí?".

—Permítame.

Señaló mis maletas con un gesto mínimo. Al instante apareció otro empleado, joven, silencioso, y las tomó como si pesaran lo mismo que un paraguas.

Lucy me dio un codazo suave.

—No intentes cargar nada. Aquí te multan por esfuerzo físico.

—Gracias por el aviso —murmuré.

Entré.

El recibidor era enorme, con suelo de mármol claro y una alfombra central perfecta, tan bien colocada que parecía prohibido pisarla con zapatos. En las paredes, cuadros discretos, paisajes sobrios, marcos oscuros. Iluminación no demasiado cálida, lámparas de pared elegantes, nada excesivo.

Y un silencio… de esos que suenan caros.

John caminaba con paso firme.

—La señorita Lucy me informó de su llegada. El señor Oliver no regresará hasta la noche.

Lo dijo sin juicio, como quien anuncia el tiempo.

—Lo sé —respondí.

Lucy, a mi lado, susurró:

—Traducción: hoy no te gruñe. Ah, no, que contigo es distinto —bromeó por lo bajini.

Le lancé una mirada, pero se me escapó una sonrisa.

John abrió una puerta a la derecha.

—Esta es la sala principal.

Una estancia inmensa, con sofás de tonos neutros, mesa baja de madera oscura, chimenea de mármol, libros ordenados por tamaños. Todo bonito, sí. También un poco… rígido. No había rastro de vida cotidiana. Ni una manta doblada con prisa. Ni una taza olvidada. Ni un objeto fuera de lugar.

Lucy señaló una bandeja de plata en una consola.

—Aquí hasta el aire tiene etiqueta.

John no reaccionó. O sí, pero con el párpado. Apenas.

Subimos por una escalera amplia, con moqueta gris, pasamanos pulido y una galería que se abría a un corredor interminable.

—Parece un hotel —dije sin pensar.

Lucy se llevó un dedo a los labios.

—No digas eso muy alto. Él cree que es un hogar. Un hogar con protocolo militar, pero un hogar.

Thomas giró la cabeza apenas.

—La señorita Anna Evans, el ama de llaves, la espera para explicarle detalles del funcionamiento.

Ama de llaves. Esa sí la tenía clara.

Al final del pasillo apareció una mujer de unos cincuenta, recogido perfecto, vestido negro sencillo, mirada de esas que lo ven todo sin invadir. No parecía antipática; parecía eficiente.

—Señorita Kate —saludó—. Soy Anna, el ama de llaves.

—Hola.

—Bienvenida. Sé que el cambio puede impresionar, pero tendrá apoyo en todo lo necesario.

Lucy me guiñó un ojo: apoyo en todo lo necesario significaba “no toques nada raro”.

Anna continuó con tono práctico:

—Los horarios del servicio están establecidos. Desayuno de la niña a las siete y media. Colegio a las ocho y media. Actividades por la tarde. El señor Oliver suele llegar tarde. Las cenas se preparan a la hora indicada, aunque a veces…

Se detuvo con una elegancia perfecta.

—Aunque a veces se enfrían.

Lucy carraspeó para no reír.

—Señorita Lucy, si me acompaña, le mostraré a la señorita Kate su dormitorio.

Lucy se adelantó. Yo la seguí, notando cómo las maletas ya habían desaparecido del mapa.

—Oye —susurré—, ¿cuánta gente trabaja aquí?

Lucy levantó una ceja.

—Bastante. John coordina. Anna gobierna el día a día. Hay cocinero, ayudantes, limpieza, jardinería… y alguien que aparece con bandejas en el momento exacto.

—Esto es una locura.

—Sí, pero con moqueta.

Llegamos a una puerta de madera clara. Lucy la abrió.

—Tu dormitorio.

Entré y paré en seco.

Era estupendo. Amplio, luminoso, con una cama confortable vestida en blanco y gris, mesillas minimalistas, un armario empotrado que parecía tragar secretos y un ventanal con vista a un jardín que no sabía que existía.

Había un escritorio sencillo, una butaca y un baño en suite que me pareció estupendo. Tan solo le faltaba color. Y calor de hogar. Eso sí.

—Dios —murmuré.

Lucy sonrió.

—No digas “dios” aquí. El dios de esta casa es el orden.

Me acerqué a la ventana.

El jardín era inmenso. Setos recortados, árboles bien cuidados, un césped perfecto, caminos de piedra y, al fondo, una zona con bancos y una estructura que parecía un pequeño invernadero.

—¿Eso es real? —le pregunté.

—Todo es real y todo está controlado —contestó Lucy—. Espera a ver el resto.

Dejé el bolso sobre la cama sin atreverme a desordenarla demasiado.

Ella me condujo por el pasillo.

Pasamos por una biblioteca privada, otra sala de estar, un comedor formal con una mesa larguísima que pedía ser usada y una cocina enorme donde olía a pan reciente.

El cocinero saludó con una inclinación leve.

—La señorita Kate. Encantado.

Contesté como pude, sintiéndome una turista con maletas emocionales.

—Ahora viene lo importante —dijo Lucy, tirando de mí—. El territorio de Emma.

Subimos un tramo más y llegamos a una zona más tranquila. Lucy abrió una puerta.

El dormitorio de Emma era enorme, con cama pequeña de madera clara, escritorio infantil, estanterías ordenadas. Había libros, peluches, una alfombra suave… pero todo estaba colocado con una simetría casi quirúrgica. Los colores eran suaves, demasiado sobrios. Nada de dibujos pegados sin sentido. Nada de caos infantil.

—Está… —empecé.

—Serio —terminó Lucy—. Ya. No lo digas. Lo sé.

Me acerqué a una estantería.

Había cuentos, pero elegidos con criterio casi adulto. Un par de muñecas impecables, sin despeinar. Una caja de juguetes cerrada y perfectamente alineada con el mueble.

—Le falta un toque alegre —dije en voz baja.

Lucy asintió.

—Le falta permiso para ser niña sin que todo quede perfecto. Aquí hasta los ositos parecen hacer la cama.

Iba a responder cuando escuché pasos rápidos.

Y entonces entró ella.

Emma apareció con una energía que no encajaba con la habitación. Rubia, ojos claros, una sonrisa que iluminaba el pasillo entero. Venía con una diadema, el abrigo abierto y la bufanda que, por supuesto, estaba a medio caer.

—¡Kate! —gritó.

Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba corriendo hacia mí.

—Hola —la saludé, sorprendida por el abrazo directo.

Me rodeó la cintura con fuerza.

—Papá dijo que vendrías.

—¿Te lo dijo? —le pregunté, mirando a Lucy de reojo.

Lucy levantó los hombros.

—Milagro número dos: comunica.

Emma se separó, mirándome como si yo fuera una novedad maravillosa.

—¿Te vas a quedar aquí?

—Eso parece —respondí con cautela.

—¡Bien! —saltó una vez—. Lucy dice que eres divertida.

Lucy hizo un gesto de orgullo.

—Soy una excelente vendedora de personas.

Emma me tomó de la mano sin preguntar.

—Ven, ven, ven. Te enseño el jardín.

—Emma, cariño —intervino Anna desde la puerta, apareciendo con su discreción habitual—. La señorita Kate acaba de llegar.

Emma se giró hacia ella con una sonrisa angelical.

—Pero está aquí. Ya ha llegado. Eso significa que ya puede ver el jardín.

Anna respiró hondo, paciente.

—Cinco minutos.

Emma levantó la mano, prometiendo.

—Cinco.

Lucy me susurró:

—Esto es lo más parecido a una negociación que verás en esta casa y, aun así, la gana ella.

Bajamos al jardín. Emma iba saltando, describiendo cada rincón con entusiasmo.

—Aquí me siento a leer. Aquí jugaba antes con la otra niñera, pero se fue. Aquí a veces viene papá cuando está de buen humor.

—¿Cuándo está de buen humor? —le pregunté, fingiendo inocencia.

Emma me miró seria.

—Cuando me voy a dormir pronto.

Lucy tosió para no reírse.

—Es práctico —murmuré.

Emma siguió explicándome sus cosas: su banco favorito, su rincón para dibujar, la zona donde le gustaba ver pájaros. Tenía una imaginación

prodigiosa, aunque en su dormitorio no se notara. Ella era color. La casa era gris.

Volvimos dentro y no me soltó la mano hasta que Lucy le ofreció una merienda.

—¿Quieres galletas?

—Sí. Y Kate también.

—Kate decide sola, gracias —le dije, y Emma soltó una risa feliz.

Durante el resto de la tarde, me vi arrastrada a una cadena de actividades: ver sus libros favoritos, escuchar una historia inventada sobre una princesa que odiaba las cenas silenciosas, dibujar un perro gigante y un chihuahua diminuto (me miró con cara de "¿por qué dibujas eso?" y yo no expliqué nada).

En algún momento, Anna pasó por el pasillo y me observó sin detenerse.

—La señorita Emma está contenta —dijo simplemente.

—Lo noto.

—Es importante.

Y siguió caminando.

Cuando empezó a oscurecer, John apareció en el corredor.

—El señor Oliver llegará más tarde de lo habitual. La señorita Emma cenará a su hora.

Emma frunció el ceño.

—Papá siempre llega tarde.

—Trabaja mucho, pequeña —le respondió John con un tono que sonó tierno.

Emma se giró hacia mí.

—¿Te vas a ir?

—No —dije—. Estoy aquí.

Se le iluminaron los ojos.

—Entonces no importa tanto.

Ahí lo entendí con una claridad total.

No era una propuesta de trabajo rara. No era un trato económico brillante. No era un salto a una casa impresionante.

Era una niña que necesitaba a alguien que estuviera.

Lucy me acompañó hasta mi dormitorio más tarde, cuando Emma ya estaba en pijama y el servicio se movía con esa eficacia silenciosa que parecía parte de las paredes.

—¿Sigues viva? —me preguntó.

—No lo sé. Creo que sí.

—Bien. Porque la noche trae al ogro.

Suspiré.

—Oliver llega en un rato.

Asintió.

—Y tú sigues con tu cara de “no me fío”.

—Porque no me fío.

Sonrió.

—Normal. Pero hoy has visto a Emma. Eso cambia el tablero.

Me quedé mirando el jardín oscuro desde la ventana.

La casa era impresionante, sobria hasta el extremo, llena de gente que trabajaba sin hacer ruido. Un mundo pensado para funcionar sin errores.

Y, sin embargo, bastó una niña tirándose a mis brazos para que todo lo demás se sintiera secundario.

—Vale —murmuré—. Primer día superado.

Lucy se apoyó en el marco de la puerta.

—Y sin romper nada. John estará orgulloso.

—No lo provoques.

Lucy rio.

—Descansa. Esta casa duerme temprano… excepto su dueño. Yo ya me marcho.

Cuando cerró la puerta, me quedé sola.

Deshice una maleta despacio, dejando la ropa en el armario con un orden que no era mío, pero que el lugar parecía exigir. Me lavé la cara, respiré hondo y volví a mirar hacia fuera.

Alguna parte de mí seguía pensando que aquello era una locura.

Otra, mucho más práctica, empezaba a asumirlo.

Y, muy al fondo, había una curiosidad tremenda por ver qué cara pondría Oliver cuando entrara en su casa y me encontrara allí, instalada, sin intención de rendirme.

Esa curiosidad me hizo sonreír un segundo.

Luego recordé dónde estaba y borré la sonrisa, por si la casa también cobraba por eso.

Capítulo 18



Me desperté con la luz del alba porque la casa tenía su propia manera de anunciar el día: un silencio solemne… y, de pronto, el arranque de un coche abajo, grave.

Me incorporé despacio y miré el reloj. Todavía era temprano. Desde la ventana vi el jardín inmóvil, húmedo, con el césped cortado al milímetro. Luego, el ruido de ruedas sobre grava y una puerta que se cerraba con precisión. Oliver se marchaba.

No sé por qué ese detalle me pareció tan raro. Quizás porque, en mi cabeza, él era una presencia fija, un obstáculo. Y, sin embargo, a esa hora era un padre con prisas.

Me vestí sin encender demasiadas luces, por puro respeto a la solemnidad del lugar, y bajé. En la cocina ya había movimiento sin que pareciera haberlo: una bandeja lista, el pan caliente, tazas alineadas. El cocinero me saludó con una inclinación breve y siguió a lo suyo. John, impecable, apareció cerca de la puerta.

—Buenos días, señorita Kate.

—Buenos días, John.

—Emma desayunará en diez minutos —me informó.

Asentí, como si llevara toda la vida respondiendo a horarios de mansión londinense y no hubiera llegado ayer con dos maletas y una cara de susto.

Emma entró casi corriendo, con el pelo alborotado y el pijama todavía arrugado. Traía la bufanda rosa colgando del brazo, porque esa bufanda parecía su mascota oficial.

—¡Kate! —exclamó.

—Buenos días, terremoto.

Se subió a la silla y estiró los brazos hacia el bol de cereales con unas ganas que me hicieron sonreír.

—Hoy me toca el uniforme bonito —anunció.

—¿Hay uno feo?

Me miró, ofendida.

—Claro que no. Todos son bonitos. Pero el de hoy tiene la chaqueta nueva. Y corbata.

—Ah, vale. Eso es nivel ‘mini directora general’.

Soltó una risita y se metió una cucharada a la boca, con la mitad cayéndose.

Anna apareció en el umbral, ya en modo eficiencia.

—Emma, por favor. Despacio. Hoy tienes clase de música.

Emma suspiró cómica, aunque obedeció.

Mientras desayunaba, me dedicó una mirada de esas que te examinan con total impunidad.

—¿Sabes qué? — me confesó de repente, bajando la voz, en tono confidencial— .Pronto es mi cumpleaños.

—¿Ah, sí?

Asintió con energía.

—Muy pronto.

—¿Y cuántos cumples?

—Eso no se pregunta.

Lo dijo con tanta seriedad que tuve que apretarme los labios para no reírme. Luego añadió, generosa:

—Siete. Pero no se lo digas a nadie.

—Me llevaré el secreto a la tumba.

Emma se acercó a mi oído.

—Quiero una fiesta estupenda.

—¿Estupenda cómo?

Abrió las manos. Para ella la respuesta debía ser obvia.

—Con globos. Con una tarta enorme. Y con gente. Y con música. Pero música buena, ¿eh? No de esa que pone papá para trabajar, tan aburrida.

—Tu padre pone música para trabajar… ¿muy aburrida?

—Sí, dice que se llama… no me acuerdo. Ah, sí. Música clásica. Pero para mí son ruidos serios —me aseguró haciendo una mueca.

—Y quiero que venga mi amiga Sophie. Y Alfie. Y dos más. Y Lucy. Y tú.

Me señaló con el dedo, decidida. Me alegró ver que ya estaba en su lista oficial.

—Vale, vale. Me has contratado otra vez.

Emma sonrió, satisfecha. Luego bajó el tono aún más, de forma extraña para una niña.

—¿Y el regalo?

—Eso se lo tendrás que pedir a tu padre —repuse.

Negó con tanta rapidez que casi se le cae la cuchara.

—Papá me compra cosas. Siempre. Pero yo quiero otro regalo.

Noté el cambio en su cara, un segundo de seriedad real.

—¿Cuál?

Emma se encogió de hombros, fingiendo que no era importante, pero los ojos se le quedaron quietos.

—Que papá y mamá no se peleen.

Me quedé sin palabras un instante. No porque no supiera que estaba divorciándose; Lucy me lo había contado. Pero oírlo en boca de Emma, con esa normalidad triste, me dejó el estómago mal.

—Cariño… — empecé, buscando aire.

Ella jugueteó con la corbata imaginaria del uniforme, todavía sin ponérselo.

—Se pelean aunque ya no vivan juntos. Se pelean cada vez que se ven. Se pelean más cuando creen que no escucho. Y yo escucho. Porque tengo orejas — dijo mientras se tocaba una, orgullosa.

—Y no me gusta —añadió.

—No debería gustarte.

Emma me miró muy fija.

—¿Tú puedes hacer que no se peleen?

Esa pregunta era demasiado grande para una niña tan pequeña.

—No puedo decidir por ellos —le expliqué con cuidado—. Pero puedo estar contigo. E intentaré ayudarte en lo que pueda.

Emma aceptó esa respuesta con una madurez que no me encajaba en el cuerpo.

—Vale.

Y, de pronto, volvió a ser ella.

—Entonces me ayudas con la chaqueta. Porque los botones son estúpidos.

Subimos a su dormitorio. El uniforme era precioso, de esos que parecen diseñados para que los niños se sientan parte de algo importante: falda plisada gris, camisa blanca nuclear, chaqueta azul marino con el escudo bordado, corbata y calcetines a juego. Además de una boina de lo más cuqui. Al verla vestida, entendí por qué había dicho "bonito" con tanta convicción.

Cuando bajamos, Oliver la esperaba en la entrada. Había vuelto. Me dio la sensación de haber recordado algo y que por eso retrocedió. Igual, simplemente, olvidó haberle prometido a su hija que estaría allí para verla con su uniforme favorito.

Me miró un segundo.

—Buenos días, Kate.

Juraría que me sonreía abiertamente. O igual era mi cabeza, jugándome una mala pasada.

—Buenos días, Oliver. Aquí la tienes, lista.

Emma se colgó de su mano. Definitivamente así era, él la iba a llevar personalmente al cole.

—Papá, mira mi uniforme. Soy importantísima.

Oliver bajó la vista hacia ella y se le suavizó algo en la cara.

—Lo eres.

Luego me dirigió una mirada rápida, casi neutra.

—Gracias por tenerla lista.

No sonaba a halago. Sonaba a necesidad.

—De nada.

Emma me soltó la mano un segundo y me abrazó la cintura.

—Vuelvo luego. No te vayas, ¿eh?

—Ni aunque me lo mande el médico —le respondí y le saqué una de sus deliciosas risitas.

Se fue saltando hacia la puerta. Oliver la acompañó con paso marcial, pero antes de salir se giró.

—Hoy procuraré no volver tan tarde, Kate.

Mi nombre sonaba bien en sus labios, y eso era algo que no me convenía reconocer.

—Entendido.

Eso fue todo. Puerta. Silencio. Motor. Y otra vez la casa siendo demasiado perfecta para tener una niña con bufanda rosa revoloteando sola por allí.

El resto de la mañana la pasé con Anna, aprendiendo reglas que parecían escritas en piedra: horarios, protocolos, dónde dejar una taza para que alguien la recogiera sin que yo sintiera que estaba desafiando una ley ancestral. John apareció un par de veces, siempre a la distancia exacta.

A mediodía me senté un rato en la biblioteca, porque necesitaba tocar algo que me recordara a mi mundo. Los libros estaban ordenados por criterios que aún no descifraba, pero olían a lo mismo de siempre: papel, tiempo y un poco de promesa.

Por la tarde fui a recoger a Emma al colegio. Y ahí sí me quedé clavada.

El edificio era impresionante: ladrillo claro, ventanales enormes, un jardín delantero cuidado meticulosamente, y una fila de niños con uniformes preciosos saliendo con mochilas caras y energía desbordada. Me sentí fuera de sitio hasta que Emma me vio.

—¡Kate!

Emma orrió hacia mí y se lanzó a mis brazos sin pensarlo. Con el uniforme, con la mochila, con la bufanda medio suelta. Perfecta y desordenada a la vez.

—¿Qué tal el día? —le pregunté.

—Bien. He ganado en matemáticas.

Lo dijo con un orgullo que casi me parto de risa.

—Se me dan bien los números.

—A quién saldrás —le solté sin darme cuenta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, cariño.

—Vale. Y he perdido en música, pero porque la flauta es un instrumento del demonio.

—Me parece una opinión sensata.

—¿De verdad? ¡Qué bien me entiendes, Kate! ¡Eres guay!

De camino a casa me contó, sin respirar, quién se había portado mal, quién había llorado, quién había dicho una palabrota y quién era “falso simpático”. Yo asentía, intentando encajar ese trozo de infancia dentro de una casa donde hasta el aire parecía planchado.

Al llegar, merendó en la cocina, me obligó a probar unas galletas (“para comprobar que no están envenenadas”), y luego me arrastró al jardín para

enseñarme “el lugar exacto” donde quería poner la mesa de su fiesta de cumpleaños.

—Ahí —señaló con el dedo, junto al invernadero—. Con guirnaldas.

—¿Y quién pone las guirnaldas?

Emma me miró como si la respuesta fuera obvia.

—Tú. Y Lucy. Y si papá se deja… papá.

—Eso último suena a misión imposible.

—Papá hace cosas si se lo pido con voz de ángel —me aseguró, arrancándome una carcajada.

—¿Tienes voz de ángel?

Emma sonrió con picardía.

—Tengo varias.

Cuando el cielo se oscureció, volvió el silencio elegante. Baño, pijama, dientes. Emma se metió en la cama y me exigió una historia.

Le conté una inventada, sobre una princesa que odiaba las cenas silenciosas y un dragón que aprendía a reírse (sin incendiar nada). Emma se quedó con los ojos cada vez más pesados, pero no soltaba mi mano.

—¿Te vas a quedar? —murmuró.

—Estoy aquí.

—Vale.

Cerró los ojos.

—Entonces… vale.

Salí de la habitación y me encontré a Oliver en el pasillo, recién llegado. Llevaba la tensión del trabajo aún pegada en la piel.

—Buenas noches, Kate. No pude llegar antes —me saludó, con una voz más baja que de costumbre.

—Buenas noches, Oliver.

Entró dos pasos más y miró hacia la puerta de Emma.

—¿Se durmió?

—Está en ello. Me ha hecho firmar un contrato invisible con su mano. Sale a ti.

Oliver soltó un sonido breve, casi una risa contenida.

—Me voy a duchar, lo necesito —me comentó, ya girándose.

—Perfecto.

—Hazme un favor. Mantenla despierta durante cinco minutos, ¿es mucho pedir? Ahora voy a verla.

—¿A cambio de la deuda que me vas a perdonar? Creo que podré hacerlo.

—Cada vez me gusta menos hablar contigo de negocios, Kate.

—Porque cada vez te salen menos a cuenta —le comenté, con la risa entre los dientes.

Esbozó algo muy, muy parecido a una sonrisa de lado a lado. Desapareció en su dormitorio y, durante unos minutos, el pasillo volvió a ser territorio neutral. Hasta que lo oí salir.

Cuando reapareció, parecía otro. Pantalón de deporte oscuro, camiseta sencilla, el pelo húmedo, la barba más marcada. Nada de corbatas, nada de armadura. Y, por desgracia, sí: muy atractivo.

Entró en la habitación de Emma con cuidado. Yo me quedé en el umbral, por si me necesitaba… o por si necesitaba asegurarme de que no iba a convertir aquello en un informe.

Oliver se inclinó junto a la cama y le apartó un mechón de la frente. Emma, medio dormida, sonrió.

—Papá…

—Buenas noches, pequeña —susurró él.

Emma abrió un ojo, visiblemente feliz de verlo.

Intercambiaron algunas frases, hasta que el sueño la venció.

Oliver salió y cerró la puerta con cuidado. En el pasillo, se detuvo frente a mí.

—Gracias —pronunció, sin adornos.

—De nada —respondí.

Se quedó un segundo más, como si valorara añadir algo.

—Buenas noches, Kate —se despidió al final.

—Buenas noches, Oliver —le contesté.

Se alejó por el pasillo.

Me quedé allí, mirando la puerta de Emma, con la sensación de que en esa casa perfecta la única verdad no estaba en el mármol ni en el protocolo… sino en una niña que pedía, como regalo de cumpleaños, que sus padres dejaran de pelear.

Capítulo 19



Llevaba ya varios días en la casa y, contra todo pronóstico, me encontraba bien.

No era una sensación espectacular ni eufórica. Era más sencilla. Cómoda. Sentía haber encontrado un sitio donde encajar sin tener que justificar cada paso.

Emma me adoraba. No había otra palabra. Me buscaba nada más levantarse, quería que la acompañara al colegio, me enseñaba cada dibujo nuevo como si fuera una obra maestra y me incluía en sus planes con naturalidad absoluta. Si estaba en el jardín, me llamaba. Si estaba en la cocina, aparecía con cualquier excusa. Si se enfadaba, venía a contármelo. Había decidido que yo formaba parte de su mundo y lo había hecho sin consultar a nadie.

Eso me desarmaba.

La casa seguía siendo sobria, casi demasiado ordenada, pero empezaba a reconocer sus ritmos. El sonido de los pasos de John por el pasillo. La presencia discreta de Anne. El silencio limpio por la noche. No era fría; simplemente estaba acostumbrada a funcionar sin ruido. En cuanto a Lucy, ella estaba allí durante el día y en su amistad encontraba un tesoro.

De mi madre no tenía noticias porque no las quería. Diana me mantenía al día por mensajes breves, pero yo no había vuelto a hablar con Elizabeth desde aquella conversación tensa. Una parte de mí lo agradecía. Otra sabía que no podía esquivarlo mucho más.

Y luego estaba Oliver.

No coincidíamos demasiado. Él llegaba tarde casi siempre, cuando Emma ya estaba cenada y a punto de acostarse. A veces lo veía desde el pasillo, aún con el abrigo puesto, hablando bajo con John. O entraba en la cocina cuando yo estaba saliendo, intercambiábamos un saludo y poco más.

Pero cuando coincidíamos, era distinto.

Muy amable. Demasiado, casi.

—¿Todo bien, Kate? —me preguntaba con una atención sincera.

—Sí.

—¿Emma ha tenido buen día?

—Muy bueno.

—¿Tú estás cómoda aquí?

Siempre esa pregunta. No como quien cumple con el protocolo. Como quien realmente quiere saberlo.

Parecía ausente a ratos, como si su cabeza estuviera en otra parte. Preocupado. Cansado. Pero conmigo no levantaba la voz, no marcaba distancia, no imponía. Era correcto, cercano, contenido.

Y eso me desconcertaba más que sus silencios.

Porque, sin darme cuenta, empezaba a sentir que aquella casa no era solo un acuerdo extraño. Era un lugar donde creí encontrar un equilibrio.

Al menos en apariencia.

Era mi primer día libre desde que me mudé allí y, en lugar de aprovecharlo para dormir hasta tarde, me levanté temprano con una inquietud que no sabía colocar. No era Emma. No era la mansión. Era otra cosa. Un presentimiento pequeño, molesto.

Había quedado con Diana para almorzar cerca de la librería, en un café discreto con mesas en la acera. Cuando la vi llegar, supe que algo no estaba bien.

Tenía ojeras. No las de una noche puntual. Las de varias.

—Estás mal —le dije en cuanto se sentó.

—Gracias por el cariño —respondió, intentando sonreír.

Pedimos casi sin mirar la carta. Yo no quería rodeos.

—¿Qué pasa, cariño?

Diana jugueteó con la servilleta.

—No quería decírtelo por teléfono.

—Diana.

—Mamá no está bien.

Sentí un golpe seco en el estómago.

—¿En qué sentido?

—Está rara.

Esa palabra fue suficiente para que mi cuerpo se pusiera en alerta.

—Define rara.

—A ver, ella quiere aparentar que todo está bien. Y trabaja… Trabaja mucho y bien. De verdad. Y veo cómo se esfuerza para que yo esté genial y me sienta querida. Pero luego…no duerme. O duerme muy poco. La oigo caminar por la casa a las tres, a las cuatro de la mañana. Se levanta, se vuelve a acostar, vuelve a levantarse. Y al día siguiente trabaja igual.

—¿Trabaja igual?

—Sí. Demasiado igual.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que demasiado?

—Acelerada. Habla rápido. Hace mil cosas a la vez. Se pone nerviosa por nada.

El camarero dejó nuestras bebidas. Esperé a que se fuera.

—¿Te ha dicho algo?

Diana negó con la cabeza.

—Dice que está bien. Que son nervios. Que es el cambio. Que quiere hacerlo todo perfecto.

—Eso no es normal.

—Ya lo sé.

La miré con atención.

—¿Ha vuelto a salir por la noche?

—No. Se queda en casa. No me deja sola.

—¿Y entonces?

Diana dudó un segundo.

—A veces se enfada conmigo sin querer. O eso dice.

—¿Sin querer?

—El otro día me gritó porque dejé una taza en el fregadero. Luego se puso a llorar y me pidió perdón.

Sentí la mandíbula tensarse.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace una semana más o menos.

Una semana.

—¿Coincide con algo? —le pregunté.

—No lo sé. Está trabajando mucho.

Me incliné hacia delante.

—Diana. ¿Has visto algo?

Ella me miró, como si supiera exactamente a qué me refería.

—No quería decirte esto.

—Dímelo.

Bajó la voz.

—Un día entré al baño sin avisar.

Se me heló la sangre.

—¿Y?

—Estaba muy misteriosa, tomando algo, creo.

—¿Qué?

—No lo sé.

Sentí que todo el ruido de la calle desaparecía.

—¿Y qué hizo?

—Se puso muy nerviosa. Mucho. Demasiado. Lo escondió en el bolsillo y empezó a hablarme de cualquier cosa.

No respiré durante un segundo.

—¿Te dijo qué era?

—No.

—¿La viste bien?

—No tuve tiempo. Fue muy rápido.

Me eché hacia atrás en la silla.

—Ha vuelto a las andadas.

Lo dije sin dudar.

Diana negó de inmediato. Ella sabía qué eran las drogas y que fueron la perdición de nuestra familia.

—No lo sabemos.

—Diana.

—No lo sabemos.

—No duerme. Está acelerada. Tiene cambios de humor. Esconde algo en el baño. ¿Qué más necesitas?

Ella apretó los labios.

—Necesito no pensar lo peor.

—Yo no puedo permitirme eso.

—Kate…

—No otra vez.

Sentí una rabia antigua subir por el pecho.

—No otra vez, Diana. No vamos a volver a lo mismo.

—No sabemos que sea lo mismo.

—Es el mismo patrón.

—¿Y si no lo es?

La miré, irritada.

—¿Y qué crees que es?

Diana sostuvo mi mirada.

—No lo sé. Por eso estoy preocupada.

Me pasé una mano por la frente.

—¿Ha salido sola?

—Solo para trabajar.

—¿Dinero raro? ¿Llamadas raras?

—No.

—¿Comportamientos extraños?

—Más allá de lo que te he dicho, no.

Guardé silencio unos segundos.

—¿Ha perdido peso?

—Un poco.

Eso no ayudaba.

—¿Está más sensible?

—Mucho.

Me quedé mirando la taza frente a mí.

—Tenía que contártelo —dijo Diana en voz baja—. Pero no para que te enfades con ella.

Levanté la cabeza.

—¿Te da miedo?

—Me da miedo volver a estar vigilando cada gesto. Me da miedo convertirme en policía, eso sí.

La entendía demasiado bien.

—¿La has confrontado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque si le pregunto directamente y no es eso, la estoy acusando. Y no creo que mamá haya vuelto a cagarla de esa manera. Ella no nos haría algo así. Ahora no. No otra vez.

Negué con la cabeza.

—Yo veo las cosas más negras.

Diana no me dio la razón.

—No quiero pensar que ha recaído.

—Yo tampoco. Pero no quiero ignorarlo.

—¿Y si me equivoco? —me preguntó al fin.

—¿Y si no?

—¿Qué hacemos?

La respuesta salió sola.

—Voy a hablar con ella.

Diana me miró con mezcla de alivio y miedo.

—¿Hoy?

—Sí.

—¿En casa?

Asentí.

—Yo solo quiero que esté bien.

Sentí que algo se ablandaba dentro de mí.

—Yo también.

Pagamos sin apenas probar la comida.

Antes de levantarnos, me agarró la mano.

—No la destroces, por favor.

La miré fijamente.

—Lo intentaré.

Pero mientras caminaba hacia el coche, el pensamiento era claro y punzante.

“Algo” escondido en el bolso.

Insomnio.

Aceleración.

Cambios de humor.

Todo en mi cabeza gritaba lo mismo.

Y yo no estaba preparada para volver a vivirlo.

Salí de la cafetería con la decisión tomada y el estómago encogido.

No iba a esperar. No iba a analizarlo durante días. Diana era muy inocente, pero yo lo veía muy claro.

Le escribí a Margaret para que entretuviese a mi hermana un rato cuando llegásemos al barrio.

Arranqué el coche con las manos tensas sobre el volante. Durante el trayecto pensaba en que lo sabía, en que algo me decía que Elizabeth nos volvería a fallar. Y en que lo había hecho. Y, encima, Diana lo sufrió a solas.

Aparqué frente a casa y le pedí a Diana que me esperase con nuestra vecina.

Entré con la llave, despacio, como si la casa pudiera delatarme. No vi a nuestra madre.

El salón estaba en orden. Demasiado en orden. Nada fuera de lugar. Me dirigí directa al baño. Abrí el botiquín.

Analgésicos.

Vitaminas. Nada sospechoso.

Escuché la puerta de su dormitorio abrirse.

Se me heló la sangre.

—¿Diana? —la voz de Elizabeth resonó desde el pasillo.

—No, soy yo.

—¿Kate? ¿Qué haces aquí?

No respondí a la pregunta.

—Tenemos que hablar.

Su gesto cambió, alerta.

—¿Ha pasado algo?

—Sí.

No hubo rodeos.

—Sé lo que está pasando.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Qué sabes?

—Que no duermes. Que estás acelerada. Que le gritaste a Diana. Que te pones nerviosa por nada. Que escondes cosas.

Su expresión pasó de desconcierto a cansancio.

—Hija, sé que no lo he hecho todo perfecto. Pero te juro que lo estoy intentando hacer lo mejor que puedo. Lo mejor. Diana es un regalo. ¿Por qué me miras así?

—Porque estás volviendo a drogarte.

El silencio fue inmediato.

—¿De verdad acabas de decir eso? —preguntó al fin.

—Es evidente.

—¿Evidente?

—No duermes. Tienes cambios de humor. Te alteras. Cualquier sabe a qué obedece eso.

Elizabeth negó con la cabeza.

—No he vuelto a nada.

—No te creo.

La frase salió dura.

—Kate…

—Diana está preocupada. Yo también. No voy a fingir que no veo las señales. Esta vez no me vas a engañar.

—Las señales no siempre significan lo mismo.

—Claro que sí.

—No.

Su tono se endureció.

—No me estoy drogando. No he tocado nada. No quiero volver ahí.

—Entonces explícame lo que pasa.

—Ya lo estoy intentando.

—Pues hazlo mejor.

Un destello de rabia cruzó su mirada.

—Estoy enferma.

—No.

—Sí.

—No utilices esa palabra.

—No la estoy utilizando. Es la verdad.

Me crucé de brazos.

—¿Qué enfermedad?

Elizabeth fue a por su bolso y lo abrió, en un gesto rápido.

—Esto.

Sacó un frasco pequeño, blanco, con etiqueta médica.

Lo sostuvo frente a mí.

—Es medicación.

No lo cogí.

—¿Para qué?

—Para regular episodios de hiperactivación.

—¿Qué es eso?

—Es lo que tengo.

Me miró fijamente.

—Mi sistema nervioso quedó alterado hace años. El médico lo explicó claro. Bajo estrés fuerte, mi cuerpo se dispara. No duermo. Me acelero. Me pongo irritable. No lo controlo bien. Y dar la cara, aunque no me creas, tampoco ha sido fácil para mí. Es normal que en esta situación…

Tragué saliva.

—No te victimices.

—No lo hago.

Bajó la voz.

—Y el insomnio lo empeora todo.

Miré el frasco en su mano.

—¿Por eso estabas tomando algo en el baño?

—Sí.

—¿Y por eso te pusiste nerviosa cuando entró Diana?

—Porque sabía exactamente lo que iba a pensar.

Se acercó un paso.

—Lo mismo que tú estás pensando ahora.

Sentí un pinchazo agudo en el pecho.

—Al principio del tratamiento —continuó— puede aumentar la inquietud. Me avisaron. Pero es temporal.

—¿Y no podías decirlo?

—¿Para que me vigilarais otra vez? ¿Para que cada vez que me notéis nerviosa penséis que he recaído? Creí que podría controlarlo.

No respondí.

—No he vuelto a drogarme —repitió con firmeza—. No quiero volver a hacerlo nunca. Pero no puedo borrar lo que pasó.

El silencio se instaló entre nosotras.

—Le gritaste a Diana —murmuré.

—Sí. Y le pedí perdón. Me desbordé. No fue justo.

—Y por las noches la asustas.

—No duermo bien. Camino. Leo. Me levanto. Me siento. Me cuesta parar la cabeza.

Bajé la mirada al suelo.

—Pensé que estabas arruinándolo todo otra vez.

Elizabeth respiró despacio.

—Eso es lo que más miedo me da. Que cualquier cosa que haga os devuelva ahí, a las dudas que os hagan sufrir.

La culpa empezó a pesar.

—Siento haberte acusado de esa forma.

—Lo sé.

Guardó el frasco en el bolso con cuidado.

—Pero no lo hagas más, hija.

Las palabras me costaron.

—Lo siento.

Elizabeth me observó unos segundos largos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Me acerqué un poco.

—Me asusté. Y reaccioné mal.

Su expresión se suavizó apenas.

—Estoy intentando hacerlo bien, Kate.

—Me consta, ahora me consta.

—No me conviertas en la versión antigua cada vez que algo no encaje.

Asentí.

—Procuraré no hacerlo.

Nos quedamos allí unos segundos, sin tocar el tema, sin abrazarnos tampoco.

No era una reconciliación perfecta.

Pero era un principio.

Y esta vez, el problema no era una recaída.

Era el miedo que todavía nos gobernaba.

Capítulo 20



Aquella noche coincidimos en la cocina más tarde de lo habitual.

Emma ya estaba dormida. Yo había estado revisando unas ideas para su cumpleaños en una libreta, apoyada en la encimera, cuando escuché pasos firmes acercándose por el pasillo.

Oliver entró sin chaqueta, con la corbata floja y esa expresión de cansancio que parecía formar parte de su uniforme.

—Buenas noches, Kate —me saludó, dejando el móvil sobre la mesa.

—Buenas —respondí, cerrando la libreta sin pensar.

Sus ojos se detuvieron en el gesto.

—¿Interrumpo algo?

—No. Estaba pensando en el cumpleaños de Emma.

Se apoyó ligeramente en la encimera, frente a mí.

—Es dentro de tres semanas.

—Lo sé.

—¿Y?

—¿Cómo vamos a hacerlo?

Él arqueó una ceja.

—¿Hacer qué?

—El cumpleaños. La celebración. Los invitados. El regalo.

Oliver se quedó callado un segundo.

—Encárgate tú.

Parpadeé.

—¿Así, sin más?

—Confío en ti.

La frase le salió con total naturalidad.

—No sé si es prudente delegar algo así tan alegremente.

—No es alegremente. Es consciente.

Lo observé.

—¿No quieres opinar?

—Si quieres mi opinión, la daré. Pero si me preguntas quién debería organizarlo, eres tú.

Me apoyé en la encimera, cruzando los brazos.

—Vale. Entonces empezamos por el regalo.

—Dime.

—Quiere una bicicleta.

Oliver asintió despacio.

—Lo sé.

—Pero igual no sabes que, aparte de la bicicleta, quiere que su madre y tú no os peleéis más. De hecho, ese es el principal regalo que ha pedido.

Oliver bajó la mirada un instante, como si algo se tensara dentro.

—Lo siento.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Porque Emma haya tenido que vivir cosas que hubiera querido ahorrarle.

—¿Su madre asistirá? —le pregunté.

El silencio fue breve.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Ni siquiera por su cumpleaños aparecerá?

—No.

Su tono no dejaba margen.

—¿Las cosas están tan mal? —le pregunté, más suave.

Soltó una exhalación contenida.

—Están peor que mal.

Me miró de frente.

—Se llama Laura.

Asentí, sin interrumpir.

—Laura no soporta que Emma prefiera quedarse conmigo. No soporta que yo tenga la custodia provisional. Y no soporta que haya puesto límites.

—¿Qué tipo de límites?

—Los necesarios.

—Eso no responde nada.

Él se pasó la mano por el cabello, cansado.

—Quiere dinero. Más dinero. Siempre más. Y cuando no lo consigue, intenta hacer daño por donde más duele.

—¿A través de Emma?

—Sí.

La palabra salió sin vacilación.

—No le interesa su bienestar. Le interesa ganar.

Lo miré con atención.

—Eso suena a guerra.

—Lo es.

—Y Emma lo nota, claro.

—He intentado que no.

—Pero lo nota, es evidente.

Oliver no respondió.

—¿La odias? —le pregunté, sin rodeos.

Su gesto se endureció.

—Sí.

No lo disfrazó.

—La odio porque ha utilizado a nuestra hija como herramienta. Porque ha mentido. Porque ha intentado manipularla. Porque cuando no consigue lo que quiere, desaparece durante semanas de su vida.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros.

—¿Y el dinero? —pregunté.

Sus ojos se clavaron en mí.

—¿Qué pasa con el dinero?

—Que en eso os parecéis.

No sonreí al decirlo.

—Ambos sois duros cuando se trata de dinero.

Oliver sostuvo mi mirada sin pestañear.

—A mí, además del dinero, me importa mi hija.

—Eso espero.

—No lo pongas en duda.

—No lo pongo en duda. Lo pongo en perspectiva.

Él entrecerró los ojos.

—Explícate.

—Si te importa tanto, que se note.

El silencio se complicó.

—¿Qué quieres decir?

—Que pases más tiempo con ella.

No elevé la voz. No fue un ataque. Fue una constatación.

—Llego tarde porque trabajo —respondió él.

—¿Siempre?

—No tengo elección. Es lo que sé hacer. Y lo hago bien.

—Siempre hay elección.

Su expresión se endureció.

—¿Crees que disfruto trabajando hasta tarde?

—No lo sé. Lo que sé es que Emma se duerme algunas noches sin verte. O te ve cuando ya no puede ni con su alma.

Esa acusación cayó más fuerte de lo que esperaba.

—Estoy construyendo estabilidad —dijo él.

—Para el futuro.

—Sí.

—¿Y el presente?

No respondió.

Me acerqué un poco más.

—Ella no necesita una casa perfecta. Necesita a su padre.

—Estoy aquí.

—A veces.

Sus ojos brillaron con algo que no supe descifrar.

—No sabes lo que implica mantener todo esto en pie.

—No. Pero sí sé lo que implica ser niña.

El silencio fue largo esta vez.

—¿Crees que soy un mal padre? —me preguntó al fin.

—No.

—Entonces…

—Creo que eres un padre preocupado. Controlador. Exigente. Y que trabajas demasiado para evitar sentir culpa.

No apartó la mirada.

—Y creo que Emma te quiere más de lo que imaginas.

Su mandíbula se relajó apenas.

—¿Y tú?

La pregunta me pilló desprevenida.

—¿Yo qué?

—¿Qué crees tú de mí?

No respondí enseguida.

—Creo que te escondes detrás del trabajo.

—Puede.

—Y que delegar el cumpleaños en mí no es solo confianza. Es también miedo a hacerlo mal.

Sus ojos se oscurecieron.

—No quiero fallarle.

—Entonces no le falles.

El silencio fue menos hostil ahora.

—La bicicleta —retomó él—. Compra la mejor.

—No se trata de que sea la mejor.

—Para mí sí.

—Se trata de que la disfrute, contigo.

Me miró con atención.

—¿Tú qué harías?

—Montaría con ella.

Esa vez sí dudó.

—No tengo mucho tiempo.

—Hazlo.

Lo dije sin suavizarlo.

Oliver bajó la mirada hacia la encimera.

—Lo pensaré. Justo estos días estoy a tope, pero…

—No lo pienses. Hazlo.

El silencio volvió a rodearnos.

Lo observé un segundo más.

—Y te doy un consejo, Oliver: no conviertas su cumpleaños en una batalla con su madre.

—No lo haré.

—Y no conviertas el dinero en la única forma de demostrar amor.

Sus ojos se levantaron hacia mí.

—¿Eso crees que hago?

—A veces.

El silencio fue distinto esta vez. No duro. No frío. Solo honesto.

—Gracias por decírmelo —concedió al fin. Y eso me sorprendió.

No esperaba esa respuesta.

—No siempre me gusta lo que dices —añadió—. Pero prefiero saberlo.

Asentí.

—Entonces empieza por la bicicleta.

Una sombra leve de sonrisa apareció en su boca.

—Empiezo por la bicicleta.

Y entonces sentí que aquella conversación no había sido una confrontación.

Había sido una grieta.

Y quizás por ahí empezaba a entrar algo más que control.

Capítulo 21



Durante aquellas semanas, Oliver llegó antes a casa. No siempre, pero lo suficiente para que dejara de parecer una excepción. Se quitaba la chaqueta en el recibidor, preguntaba por Emma antes incluso de saludar, y subía a cambiarse con una prisa distinta, más ligera. Luego bajaba a la cocina y se apoyaba en la encimera mientras yo extendía sobre la mesa la libreta del cumpleaños.

Revisamos listas. Invitados confirmados. Menú. Decoración. Horarios. Él opinaba más de lo que esperaba. No imponía; sugería. A veces discutíamos detalles mínimos como el tamaño de la carpa o la ubicación de la mesa principal y, en mitad de esas pequeñas batallas domésticas, terminábamos riéndonos.

—No pienso permitir que pongas globos beige en una fiesta de una cría de siete años —le advertí una noche.

—No son beige. Son crema elegante —replicó él, serio.

—Es lo mismo, pero triste.

Acabó aceptando una explosión de color que jamás habría aprobado en cualquier otra circunstancia. Y, en ese proceso, se fue relajando. Se permitió bromear, escuchar, incluso preguntar por detalles que no eran logísticos.

—¿De verdad le gustan tanto los unicornios? —me interrogó una tarde.

—Le encantan. Dice que son caballos que decidieron no conformarse.

Oliver soltó una risa inesperada.

—Entonces es coherente.

Y ahí, entre papeles y muestras de telas brillantes, se construyó algo distinto. No era complicidad abierta. Era cercanía discreta. Una alianza por una niña que merecía una fiesta inolvidable.

El día llegó con cielo despejado y una luz suave que hacía brillar el jardín como si supiera que iba a convertirse en escenario.

Desde primera hora, el servicio trabajó con precisión, pero esta vez el orden no era sobrio ni gris. Era mágico. Guirnaldas de colores cruzaban el césped. Globos en tonos pastel, rosas, lilas, turquesas, formaban arcos alrededor de la zona central. Una carpa blanca protegía la mesa principal, decorada con manteles iridiscentes que reflejaban destellos de arcoíris.

En el centro, un gran cartel con letras doradas anunciaba: “Emma cumple 7”.

Había figuras de unicornios de cartón pintadas a mano, con crines de lana brillante. Pequeñas luces escondidas entre los setos. Mesitas bajas con cojines suaves para los niños. Y una mesa larga repleta de dulces: *cupcakes* con crema en espiral, galletas decoradas con glaseado brillante, brochetas de fruta con estrellas de azúcar, tarros de chuches organizados por colores.

Emma apareció desde la casa vestida con un tutú multicolor, camiseta blanca con un unicornio dorado y una diadema con cuerno brillante. Se había pintado pequeñas estrellas en las mejillas.

Se detuvo en lo alto de los escalones y abrió los ojos al máximo.

—¿Es para mí? —preguntó, incrédula.

Oliver estaba a su lado, sin chaqueta, con una sonrisa abierta que no intentó esconder.

—Para la única persona que hoy manda en esta casa —respondió él.

La peque bajó corriendo los escalones, girando sobre sí misma para abarcarlo todo.

—¡Kate! ¡Mira eso! ¡Y eso! ¡Y eso!

Me abrazó con fuerza y luego fue directa hacia la mesa de dulces, conteniendo a duras penas la tentación.

—Primero los invitados —le recordé.

Fueron llegando en una fila alegre de uniformes sustituidos por vestidos brillantes y camisetas con estampados imposibles. Sophie apareció con alas de hada. Alfie llevaba una camiseta con purpurina azul. Las risas llenaron el jardín, y por primera vez la casa dejó de parecer un museo para convertirse en un hogar.

Oliver se movía entre los padres con educación, pero sus ojos regresaban siempre a Emma. No se apartaba demasiado. Estaba presente. No como vigilante, sino como padre.

Cuando comenzaron los juegos, la energía se desbordó. Habíamos organizado una búsqueda del tesoro con pistas escondidas entre los setos. Cada pista llevaba a otra hasta encontrar una caja dorada llena de pequeñas figuras de unicornios que cada niño podía llevarse.

Emma lideraba el grupo con entusiasmo.

—¡Por aquí! ¡Lo he visto!

Su risa se mezclaba con las voces de sus amigos y el tintineo de las pulseras brillantes que repartimos al inicio.

Luego llegó el momento de la tarta.

Era enorme, de tres pisos, cubierta con fondant blanco y decorada con arcoíris ascendentes y un unicornio en la cima, modelado con delicadeza. Siete velas doradas aguardaban encendidas.

Emma cerró los ojos antes de soplar.

Oliver se inclinó ligeramente hacia ella.

—Pide tu deseo —susurró.

Ella abrió un ojo.

—Ya lo he pedido —contestó con picardía.

Sopló. Las velas se apagaron entre aplausos y gritos.

El momento del regalo principal lo reservamos para el final.

Oliver me miró un segundo antes de asentir.

Desde la casa apareció John empujando algo cubierto con una tela blanca.

Emma frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

Oliver tomó la palabra.

—Es parte de tu regalo.

Ella caminó despacio, conteniendo la emoción.

Él retiró la tela.

La bicicleta brilló bajo el sol: cuadro en tonos lila y blanco, detalles iridiscentes, una cesta delantera con pequeñas flores y un lazo arcoíris atado al manillar. Tenía su nombre grabado en una placa pequeña.

Emma se quedó sin aire.

—¿Es… es mía? —susurró.

—Es tuya —le confirmó Oliver.

Ella lo miró primero a él, luego a mí, y finalmente se lanzó sobre su padre.

—¡Gracias!

Oliver la levantó del suelo, girando apenas.

—¿Te gusta, pequeña? La elegí junto a Kate —le contó mientras me dirigía una mirada cómplice.

—La elegimos juntos —asentí, contenta.

Emma sonrió con energía.

—Y es perfecta.

Pasó parte de la tarde aprendiendo a manejarla en el jardín, bajo la mirada atenta de su padre. Oliver caminaba a su lado, una mano firme en el sillín cuando era necesario, soltando poco a poco.

—No mires al suelo —le indicó con calma—. Mira al frente.

Emma pedaleó con determinación.

—¡Estoy volando!

Oliver sonrió, orgulloso.

Yo observaba desde unos pasos atrás. No había tensión en ese momento. No había guerra. Solo un padre enseñando a su hija a mantener el equilibrio. Y yo supervisando la operación, satisfecha.

Cuando los invitados se marcharon y el jardín quedó cubierto de serpentinas y risas recientes, Emma se sentó en el césped, agotada y feliz.

—Ha sido el mejor cumpleaños del mundo —declaró.

Oliver se sentó a su lado.

—Me alegro.

El sol empezaba a bajar y las luces entre los setos se encendieron suavemente.

Me acerqué.

—¿Cansada? —le pregunté.

—Mucho —respondió con una sonrisa enorme—. Pero feliz.

Oliver levantó la vista hacia mí.

—Gracias —dijo con sinceridad plena.

—Ha sido cosa de los dos —le respondí.

—Y de ella —añadió, mirando a Emma.

Nos quedamos un momento en silencio, contemplando el jardín transformado. No era perfecto. Estaba lleno de huellas pequeñas y papeles de colores. Pero estaba vivo.

Emma se levantó de repente.

—Mañana vuelvo a montar en bici.

—Claro que sí —le aseguró Oliver.

Ella corrió hacia la casa, todavía disfrazada, todavía brillante.

Oliver y yo nos quedamos unos segundos más.

—Tenías razón —admitió.

—¿Sobre qué?

—Sobre estar.

No añadí nada.

El jardín, iluminado y desordenado, parecía distinto. Y, en medio de aquella fiesta de unicornios y azúcar, había algo más importante que cualquier decoración: una niña que se había sentido vista. Un padre que había decidido aparecer. Y una promesa silenciosa de seguir intentándolo.

Y eso, más que la bicicleta, era el verdadero regalo.

Capítulo 22



La casa estaba en silencio. Emma dormía. El servicio se había retirado y las luces del salón estaban más bajas de lo habitual. No era un ambiente preparado; era simplemente la noche cayendo sobre una casa demasiado grande.

Oliver sirvió dos copas.

—Pienso que te vendrá bien —murmuró, tendiéndome una.

—Gracias.

Me senté en el sofá, siguiendo su indicación, y dejando un poco de espacio entre nosotros. No por estrategia. Por costumbre. Él se acomodó a mi lado, más cerca de lo que habría sido necesario, pero sin tocarme.

—Hoy Emma ha brillado como nunca —le comenté.

—Lo hace cuando algo le ilusiona.

—Sí.

Bebí un sorbo. Él me observaba sin disimulo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Eso no es una respuesta.

—Estaba pensando.

—Eso tampoco me tranquiliza.

Una sonrisa leve se dibujó en su boca.

—No estás acostumbrada a que te miren.

—Depende de cómo me miren.

—¿Y cómo te estoy mirando?

Noté que mi respiración se volvía más consciente.

—Como si estuvieras calculando algo.

—No estoy calculando.

—Entonces…

—Estoy intentando decidir si es buena idea quedarme aquí.

No entendí al principio.

—¿En el salón?

—Tan cerca de ti.

El silencio se instaló entre nosotros con una densidad distinta.

No respondí de inmediato. Bajé la mirada a mi copa.

—Puedes acomodarte donde quieras —dije al fin.

—Pero lejos de ti no es lo mismo.

Se inclinó apenas hacia mí. No me tocó. Solo redujo la distancia.

—Desde que llegaste, esta casa ha cambiado —murmuró.

—Es la decoración humana —respondí, intentando aligerarlo.

No sonrió esta vez.

—No es eso.

Levanté la vista.

—¿Entonces qué es?

Su mirada bajó un segundo a mis labios y volvió a mis ojos.

—Es que me cuesta ignorarte.

Mi pulso se aceleró.

La forma en que lo dijo cambió el aire.

Dejó la copa sobre la mesa con lentitud.

—Kate…

Mi nombre en su voz fue más bajo, más cercano.

—No estoy haciendo nada —añadió—. Solo hablando.

—Ya.

—Pero si me acerco un poco más, dejará de ser solo hablar.

No me moví.

Sentí su rodilla rozar la mía. No fue un accidente. No apartó la pierna.

Yo tampoco.

—Oliver —murmuré, sin saber qué iba a decir.

—Dime que pare, si quieres —susurró.

No lo hice.

Su mano se movió despacio sobre el sofá hasta quedar muy cerca de la mía. No me tocó. Solo dejó que el espacio entre nuestros dedos fuera mínimo.

—No suelo perder el control —dijo, casi para sí.

—No lo estás perdiendo.

—Estoy a punto.

El silencio fue intenso.

Levanté la mirada y me encontré con la suya, más clara, más profunda.

—No quiero hacer nada que te incomode —añadió.

—No me incomodas.

No era descaro. Era verdad.

Su mano finalmente rozó la mía. Apenas un contacto. El suficiente para que la piel reaccionara.

—Si te beso —murmuró—, no será porque haya bebido.

Mi respiración se volvió irregular.

—Entonces no le eches la culpa al alcohol.

Esa vez sí sonrió. Pero no se apartó.

Se inclinó lentamente. Me dio tiempo a apartarme. A decir algo. A romperlo.

No lo hice.

Sentí su aliento antes que sus labios.

Y en ese instante, supe que ya no era una conversación.

Era una decisión.

Y acabábamos de tomarla.

No llegué a terminar de respirar cuando sus labios encontraron los míos.

No fue un beso prudente. Fue decidido. Profundo. Un beso que llevaba un tiempo conteniéndose.

Su mano se deslizó hasta mi cintura y me atrajo hacia él con una firmeza que me hizo perder el equilibrio. Sentí su cuerpo contra el mío, sólido, caliente, y el mundo se redujo a ese contacto.

—Dime que me deseas —murmuró contra mi boca.

Mi respuesta fue agarrarlo de la camisa y acercarlo más.

El beso cambió. Se volvió más lento y más intenso a la vez. Su lengua rozó la mía con una delicadeza que me hizo estremecer. Noté cómo el calor empezaba a extenderse por dentro, lento pero imparable.

Cuando me levantó en brazos, apenas tuve tiempo de reaccionar.

—Oliver… —susurré, medio riendo, medio sin aire.

Subió las escaleras sin soltarme. Notaba la tensión en sus brazos, la decisión en cada paso. Yo me aferré a su cuello, sintiendo cómo el pulso me latía en la garganta.

La puerta de su dormitorio se cerró detrás de nosotros con un sonido suave.

Me dejó en el suelo despacio, pero no se apartó.

Sus manos recorrieron mi espalda, mis caderas, subieron hasta mi cuello. Me miró un segundo, como si quisiera asegurarse de que seguía allí.

—No quiero hacerte daño —dijo en voz baja.

—No puedes.

Y entonces dejó de contenerse.

Su boca bajó por mi cuello con una lentitud que me devastó. Sus labios dibujaban un camino que mi piel reconocía como fuego. Cuando su lengua rozó el punto justo bajo mi oído, el escalofrío fue tan intenso que tuve que apoyarme en sus hombros.

—No hagas eso… —murmuré.

—¿Por qué?

—Porque no voy a poder pensar.

Sonrió contra mi piel.

La ropa fue desapareciendo sin prisa pero sin pausa. Cada botón desabrochado era una declaración. Cada roce de sus dedos sobre mi piel desnuda despertaba algo nuevo.

Cuando su boca descendió más, cuando su lengua trazó una línea lenta que me hizo arquearme hacia él sin control, sentí cómo el aire se volvía escaso.

Mi cuerpo reaccionaba antes que mi mente. Cada caricia era más profunda que la anterior. Sus manos me sostenían con firmeza mientras su boca exploraba con una precisión que me dejó sin defensas.

—Oliver… —su nombre salió de mí como una súplica.

Noté cómo mi respiración se volvía irregular. Cómo mis dedos se aferraban a su cabello. Cómo el calor se concentraba en el centro de mi cuerpo hasta volverse casi insoportable.

Cuando me tumbó en la cama, mis piernas lo rodearon sin que yo lo decidiera.

Su mirada se detuvo en la mía un segundo. No había ironía. No había control. Solo deseo.

El contacto fue lento al principio. Profundo. Consciente.

Sentí cómo mi cuerpo se abría a él, cómo cada movimiento encendía una parte distinta de mí. Sus labios volvieron a los míos, pero ya no eran un beso; eran una respiración compartida.

El ritmo empezó suave, casi exploratorio. Luego cambió.

Cada movimiento se volvió más intenso. Más urgente. Yo me movía con él, buscándolo, acercándolo más, queriendo más. Disfrutaba a tope de una penetración que había deseado desde hacía noches, en la oscuridad de mi cama.

Sentía cómo el placer iba creciendo por dentro, acumulándose en una tensión deliciosa que me hacía perder el control.

—No pares —susurré contra su boca.

No lo hizo.

Estocada a estocada, me desarmó. Un gemido bajo escapó de mis labios.

El mundo empezó a reducirse.

Ya no había dormitorio. No había pasado. No había acuerdos.

Solo su cuerpo y el mío.

La tensión dentro de mí fue creciendo hasta volverse casi dolorosa. Notaba cómo mis músculos se tensaban, cómo mi respiración se volvía entrecortada.

—Estoy… —intenté decir.

Él entendió.

Me sostuvo con más fuerza, guiando el ritmo, profundizando el movimiento justo cuando más lo necesitaba.

Y entonces llegó.

El clímax me atravesó con una intensidad que me dejó sin voz. Sentí cómo una oleada poderosa me recorría entera, cómo mi cuerpo se contraía alrededor de él sin control, cómo el placer explotaba desde dentro y me hacía perder toda noción del tiempo.

Me aferré a Oliver con fuerza, pronunciando su nombre sin pensar.

Lo sentí seguirme, su respiración volviéndose grave, su cuerpo tensándose hasta que el movimiento se fue deshaciendo poco a poco.

Nos quedamos quietos.

Mi piel seguía ardiendo. Mi pulso aún latía con fuerza.

Apoyó la frente en mi hombro. Yo cerré los ojos, intentando recuperar el aire.

—Kate… —murmuró.

Deslicé la mano por su espalda, todavía temblando ligeramente.

No dije nada.

No hacía falta.

Lo que había pasado no era solo deseo.

Había sido una entrega.

Y cuando abrí los ojos y lo miré, supe que nada entre nosotros volvería a ser simplemente un trato.

Habíamos cruzado algo mucho más profundo.

Y yo no quería desandar ese camino.

Capítulo 23



Abrí los ojos despacio.

Tardé unos segundos en ubicarme. La luz tenue entraba por una rendija de la cortina, el silencio seguía intacto… pero algo había cambiado.

La cama.

Estaba sola.

Oliver se había levantado.

Fruncí el ceño y me incorporé un poco, mirando a mi alrededor. Las sábanas a su lado estaban frías. No era que acabara de levantarse. Llevaba ya un rato fuera. No me había percatado, después de tantas emociones.

Sentí una sensación un poco incómoda, no voy a negarlo. En realidad, esperaba poder hablar con él un poco después de lo que compartimos.

Me levanté despacio, todavía con la piel sensible, el cuerpo pesado de todo lo que había pasado. Me vestí y salí al pasillo de puntillas, intentando no hacer ruido.

La casa seguía en calma.

Pero al girar hacia la escalera secundaria, escuché un sonido.

Un sollozo.

Me detuve en seco.

—¿Lucy?

La vi sentada en el último escalón, con la cara entre las manos.

Me acerqué rápido.

—¿Qué ha pasado?

Levantó la cabeza, los ojos rojos, sorprendida al verme.

—Kate…

—¿Qué ocurre?

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, intentando recomponerse.

—Me ha despedido. Oliver me ha despedido. Me he dejado la piel en este trabajo… Y así me lo paga. Eso es lo que hay.

Me quedé congelada.

—¿Qué?

—Ahora mismo. Me ha dicho que no vuelva. Que ya me llegará el finiquito. Qué menos. Solo faltaba…

—¿Oliver te ha puesto de patitas en la calle?

Asintió.

—¿Por qué?

Negó con la cabeza.

—Por una tontería. Por un detalle en unas cuentas. Un detalle insignificante, te lo juro. Me ha ninguneado por completo.

Sentí cómo algo dentro de mí ardía.

—No tiene sentido.

—Lo tiene —murmuró—. Él es así.

—No —repliqué—. No lo es. Ha cambiado. No habías vuelto a quejarte. Y, en estos días…

Lucy me miró con una mezcla de tristeza y resignación.

—Contigo ha cambiado. Pero con los demás no, eso te lo puedo asegurar. Nos trata de cualquier manera cuando no lo escuchas.

Esa frase me dolió.

—¿En serio?

Bajó la mirada.

—Y tanto. Te prometo que con el resto sigue igual.

Me quedé en silencio.

—No puede ser —dije al fin.

—Lo es.

—¿Y por qué no me has dicho nada antes?

Lucy dudó un segundo.

—Porque te veía bien. Te veía hasta feliz. Y no quería mortificarte. Pensé que, si al menos a ti te trataba bien, con eso me valía. Has sufrido demasiado. Llevas una mala racha…

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Estabas contenta. Ilusionada con el cumpleaños de Emma. Con este trabajo. Con todo. Hacía siglos que no te veía así. Y por eso sellé mis labios.

Para no darte calentamientos de coco.

Se le quebró un poco la voz.

—No quería estropeártelo —añadió.

Sentí una mezcla de incredulidad y enfado que me subía por dentro.

—Lucy…

Ahí fue cuando algo encajó de golpe.

Demasiadas piezas.

Demasiadas cosas que no había sabido ver. Ella ya me había advertido tiempo atrás que a los demás los trataba a patadas. Y no fui demasiado cuidadosa. Tenía mi culo salvado, por lo que no le pregunté a mi amiga si a ella las cosas le iban mejor. Y tampoco me preocupé por el resto.

Me incorporé de golpe.

—¿Dónde está?

—En su despacho creo. En realidad, me importa una mierda dónde esté.

No dije nada más.

Giré sobre mis pasos y caminé rápido por el pasillo. Ya no iba de puntillas. Cada paso era más firme que el anterior.

Cuando llegué a la puerta del despacho, estaba entreabierta.

Me detuve.

—…sí, lo sé —decía su voz desde dentro, hablando por teléfono.

Me quedé quieta.

—No puedo seguir así, James.

James.

Lo recordaba. Su mejor amigo. Había estado en la casa una vez. Cercano, observador.

—Se lo tengo que proponer a Kate —continuó Oliver—. Estoy a punto de hacerlo. No puedo callármelo más. No puedo vivir con esto dentro.

Mi pulso se disparó.

El aire me faltó durante un segundo.

Se lo tengo que proponer.

Mi mente fue directa a una única dirección.

A mí. Y no porque me creyese el ombligo del mundo, sino porque me había nombrado.

Me apoyé un segundo en la pared, intentando ordenar lo que sentía.

Relación.

Claro.

Era evidente.

Todo lo de esta noche. Su forma de mirarme. La conversación. El beso. La manera en que me había sostenido. La cama que habíamos compartido.

Sentí un calor extraño en el pecho.

Y algo más.

Una certeza que no quería nombrar.

Me había enamorado.

No de golpe. No en ese instante.

Venía de antes.

De cada charla. De cada gesto con Emma. De cada mirada que no había querido interpretar.

Respiré hondo.

Vale.

Si iba a decirlo, si iba a dar ese paso… tenía que ser claro.

Y tenía que cambiar cosas.

Lo pensé con rapidez.

Lucy.

Lo primero.

Tenía que readmitirla. Pedirle perdón. No podía seguir tratando así a la gente.

Luego todo lo demás.

Podíamos arreglarlo.

Podía ayudarle.

No era mala persona.

Estaba segura.

Solo necesitaba que alguien le dijera cómo hacer las cosas.

Le notaba perdido. Muy perdido.

Oliver no encontraba el rumbo.

Se lo iba a decir.

Me incorporé, me recoloqué un poco el pelo y empujé la puerta.

Se giró al instante.

Colgó el teléfono sin más.

—Tenemos que hablar, Kate.

Su voz era firme.

Pero había algo más.

Tensión.

Asentí despacio.

—Sí.

Di un paso dentro del despacho. Cerré la puerta a mi espalda.

Mi corazón latía fuerte, pero no de miedo.

De expectativa.

De algo que podía ser importante.

—No puedo seguir sin decírtelo —pronunció solemne—. Para mí es muy importante. Es algo que tengo dentro y que no puedo callarme más.

Me acerqué un poco más.

—Entonces dímelo.

Sostuve su mirada.

Esperando.

Casi deseándolo.

Oliver dio un paso hacia mí.

—Necesito que me ayudes.

Parpadeé.

—¿Cómo?

No dudó.

—Quiero que te hagas pasar por mi novia.

El silencio fue inmediato.

No entendí.

—¿Qué?

—De forma oficial.

Me quedé completamente quieta.

—No… no te sigo.

—De cara al juicio por la custodia de Emma.

Cada palabra me fue arañando el alma.

—Necesito aparentar estabilidad personal. Una imagen sólida. Una relación.

Mi mente tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Me estás… pidiendo que finja ser tu novia?

—Sí.

Sentí cómo algo dentro de mí se rompía sin hacer ruido.

—Después de la noche que hemos pasado…

No era una pregunta.

Era una realidad que me explotaba en la cara.

Oliver no apartó la mirada.

—Precisamente por eso. Ahora tenemos más confianza.

Me quedé mirándolo, completamente desconcertada.

Todo lo que había pensado un minuto antes se desmoronó de golpe.

No era una declaración amorosa.

Era una propuesta comercial más. Uno de sus acuerdos. Un maldito contrato.

Y no tenía nada que ver con lo que yo había creído.

Me quedé allí, sin saber qué decir.

Con el corazón todavía latiendo… pero por un motivo completamente distinto.

El silencio que siguió a su propuesta fue insoportable.

Sentí cómo algo dentro de mí se desmontaba, como si todas las cartas del castillo de naipes cayeran una detrás de otra.

No hablé enseguida.

Lo miré.

Y cuanto más lo miraba, más claro lo veía todo.

—Ahora lo entiendo, qué idiota he sido —dije al fin, con la voz baja, pero firme.

Oliver frunció el ceño.

—Kate…

—No. No hables.

Levanté la mano, cortándolo.

Di un paso atrás.

—Ahora lo entiendo, de verdad.

Noté cómo el enfado empezaba a subir, lento al principio, luego más rápido.

—Por eso Lucy está llorando.

Su expresión cambió.

—No metas al resto aquí.

—Claro que la meto —repliqué—. Porque tiene todo que ver.

Se hizo un silencio breve.

—La has despedido —continué—. ¿Por qué? ¿Porque ya no te sirve?

—No es así.

—Claro que es así.

Me reí, pero no había humor en ello.

—Eres un maldito déspota.

Sus ojos se endurecieron.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—La tengo.

Me acerqué un paso.

—Con todos das tu verdadera cara. Con todos.

Señalé hacia fuera, hacia la casa.

—Con el servicio. Con Lucy. Con cualquiera que no te interese.

—No es cierto.

—Sí lo es.

Mi voz subió un poco más.

—Como conmigo al principio.

Ahí no respondió.

Y eso lo dijo todo.

—Y de repente cambias —añadí—. Te vuelves encantador. Flexible. Generoso.

Negué con la cabeza.

—Saldas la deuda. Las condiciones en las que entró a trabajar aquí. Todo perfecto.

Lo miré fijamente.

—No era por Emma.

—A ella sí que debes dejarla fuera.

—Haré lo que me dé la gana.

El aire se volvió más duro.

—La usaste como excusa —seguí—. Me querías aquí.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es.

—No.

—Sí.

Di otro paso hacia él.

—Sabías exactamente lo que estabas haciendo.

—No. Emma me importa más de lo que imaginas.

Sentí cómo me ardían los ojos, pero no iba a llorar. No delante de él.

—Me trajiste aquí. Me pusiste fácil quedarme. Me hiciste confiar en ti, en que estabas cambiando.

Se hizo un silencio.

—Y ahora esto.

Señalé el espacio entre nosotros.

—Esto también estaba en el plan, ¿no?

Su gesto se endureció.

—No.

—¿No?

—No.

—Entonces explícamelo.

No respondió.

Y eso dolió más que cualquier palabra.

—Eres un maldito —dije, bajando la voz—. Me has enredado.

—No te he enredado.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

La rabia ya no era contenida.

—Me querías cerca para esto.

—No.

—¿Para qué entonces?

—Para Emma.

—Mentira.

—No es mentira.

—Lo es.

Lo miré, completamente harta.

—A tu hija la quieres, sí.

—La quiero.

—Pero no es lo único.

El silencio fue breve.

—Sabía que tú le harías bien —dijo él.

—¿Y por nada más?

La pregunta salió directa.

—¿De verdad?

Dudó.

Solo un segundo.

Pero lo hizo.

Y fue suficiente.

—Ok, ok. Lo confieso, estoy en una situación muy complicada —dijo.

—No me importa.

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo.

Señalé hacia mí.

—Yo también tengo problemas.

—Lo sé.

—No lo sabes. No te paras a escuchar a los demás —le aclaré.

—Te he librado de los económicos, al menos.

Me quedé quieta.

—¿Y qué quieres? ¿Una medalla? Dinero es lo que te sobra…

—Es lo que puedo ofrecer.

—¿Eso es lo único que puedes ofrecerme?

—Sí. ¿O es que esperabas algo más de mí? —añadió.

Lo miré.

Y esta vez no dudé.

—Sí.

El silencio se hizo más pesado.

—Pero ya no —añadí.

Di un paso atrás.

—Lo único que espero ahora es no volver a verte jamás.

No esperé respuesta.

Me giré y salí del despacho.

El pasillo parecía más largo de lo normal. O quizás era yo, que llevaba demasiado dentro.

Subí las escaleras sin pensar. Entré en mi habitación y empecé a meter cosas en la maleta sin orden.

Ropa.

Zapatos.

Lo primero que encontraba.

Las manos me temblaban.

No sabía si era rabia o decepción.

O las dos cosas juntas.

La noche anterior me golpeó de repente.

Su forma de mirarme.

Su forma de tocarme.

Cerré la maleta de golpe.

No iba a pensar en eso.

No ahora.

Bajé las escaleras con la maleta en la mano.

Pasé por la cocina.

Emma estaba sentada en la mesa.

—Kate…

La escuché.

Pero no me detuve.

No podía.

Seguí caminando.

Lucy estaba en la entrada, con sus cosas.

—Vámonos —le dije.

En ese momento, escuché pasos detrás de mí. Era Oliver.

—Kate.

No me giré.

—Kate, espera.

Apreté la mandíbula.

—Tenemos que hablar.

Me detuve en seco.

Pero no me volví.

—Como te acerques un paso más —dije, con la voz completamente fría—, llamo a la policía.

El silencio fue inmediato.

—No lo hagas —dijo él.

—Lo haré.

—Kate…

—No te acerques.

Mi mano temblaba, pero mi voz no.

—Lo digo en serio.

No se movió.

Lo noté.

Agarré la maleta con más fuerza.

—Vámonos, Lucy.

Abrí la puerta.

El aire frío me golpeó al salir.

Pero no me detuve.

No miré atrás.

Ni una sola vez.

Porque sabía que, si lo hacía, todo lo que acababa de decir podía romperse.

Y esta vez no iba a permitirlo.

Capítulo 24



Cerré la puerta de nuestra casa con furia.

El sonido retumbó en el pasillo y, por un segundo, me quedé apoyada contra la madera, con los ojos cerrados, intentando recuperar el aire.

No lo conseguí.

—Kate…

Abrí los ojos.

Diana estaba en el pasillo, mirándome con una mezcla de preocupación y sorpresa. Su mirada bajó directamente a la maleta que había dejado caer en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

No respondí de inmediato. Me quité los zapatos sin cuidado y avancé hasta el salón, arrastrando la maleta detrás de mí.

—Me he despedido —dije al fin, dejando la maleta en medio del salón.

Diana frunció el ceño.

—¿Cómo que te has despedido?

—Pues eso…

Me dejé caer en el sofá, derrotada.

—Se acabó. No le pienso bailar el agua a ese cabrón.

El silencio se instaló unos segundos.

—Kate… —insistió ella, acercándose—. ¿Qué ha pasado exactamente? Porque Oliver te hizo una gran oferta…

Solté una risa breve, sin humor.

—Todo.

Levanté la cabeza y la miré.

—Todo lo que podía salir mal.

—¿Tiene que ver con él?

—Claro que tiene que ver con él.

Me incorporé un poco, notando cómo la rabia seguía ahí, intacta.

—¿Sabes lo que me ha propuesto?

—No…

—Que me haga pasar por su novia.

El silencio fue inmediato.

Diana parpadeó.

—¿Qué?

—Para dar la imagen de un tipo capaz de mantener una estructura familiar sólida.

Noté cómo me volvía a hervir la sangre solo al decirlo.

—Después de todo.

Diana negó despacio.

—No puede ser. ¿Una pantomima? Ese tipo es un fraude…

—Lo es.

En ese momento, una tercera voz entró en la escena.

—¿Qué está pasando aquí?

Me giré.

Elizabeth estaba apoyada en el marco del pasillo, observándonos con atención. Había escuchado lo suficiente como para entender que algo no iba bien.

—Nada nuevo —respondí, más seca de lo que pretendía—. He vuelto.

Su mirada se detuvo en la maleta.

—¿Para quedarte?

—Sí.

El silencio que siguió fue distinto.

Más cargado.

Elizabeth avanzó un par de pasos hacia el salón, despacio, como midiendo cada movimiento.

—Entonces yo me voy. Hija, lo último que quiero en el mundo es molestarte, de veras.

Diana reaccionó al instante.

—No.

Elizabeth la miró.

—Diana…

—No —repitió ella, acercándose más—. No te vas.

Elizabeth suspiró, agotada.

—No tiene sentido que me quede. Solo estoy ocupando un sitio que no me corresponde. También le dejo su puesto de trabajo en la librería.

—No estás ocupando nada —respondió Diana, con más firmeza—. Estás trabajando.

—Pero ya no tiene sentido.

—Sí lo tiene.

Diana dio otro paso, quedando frente a ella.

—Estás dejándote la piel todos los días, mamá. Estás cumpliendo. Estás haciendo tu parte.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Eso no borra nada.

—No tiene que borrarlo.

El tono de Diana empezó a quebrarse.

—Solo tiene que significar algo.

El silencio se solidificó.

—No voy a volver a causaros daño —murmuró Elizabeth.

—Eso no lo decides tú sola —replicó Diana—. Lo decidimos entre las tres.

Esa frase me hizo levantar la mirada.

—Sí. Entre las tres —repitió.

Se acercó a mí, con los ojos brillantes.

—Kate. Se ha esforzado mucho. De verdad. Lo hace muy bien. Se defiende genial con los pedidos. Y los clientes… Los clientes la comparan con el abuelo.

—Eso lo dudo —respondí.

—Lo dudas porque no has estado allí, ¿es que no confías en mi criterio?

Elizabeth bajó la mirada.

—No discutáis por mí. Os lo pido por favor.

Diana negó con la cabeza.

—Si hay que discutir, se discute. Es justo que te quedes.

Se volvió hacia ella.

—Estás intentando mantenerte.

Elizabeth respiró hondo.

—No siempre lo consigo.

—Nadie lo consigue siempre.

El silencio volvió.

—En la librería estás siendo impecable —insistió Diana—. No has fallado ni un día. Ya lo he dicho.

Elizabeth apretó los labios.

—Eso no cambia lo que fui.

—Pero cambia lo que eres ahora.

Diana dio un paso más, más cerca, casi temblando.

—Y lo que eres ahora merece una oportunidad.

El salón se quedó en silencio.

—No quiero que tengáis que cargar conmigo —dijo Elizabeth en voz baja.

—No estamos cargando contigo —respondió Diana—. Estamos contigo.

Esa diferencia lo cambió todo.

Diana se giró hacia mí.

—Dile algo.

Me quedé quieta.

No quería ser la mala.

Pero tampoco podía mentir.

—No confío en ti del todo —le confesé al fin, mirándola directamente.

Elizabeth asintió despacio.

—Es lógico.

—Pero tampoco quiero echarte —añadí—. Creo que Diana tengo razón, aunque me cueste admitirlo.

El silencio se suavizó apenas.

—No quiero vivir pendiente de si esto se rompe otra vez.

—No se va a romper —dijo Diana, con rapidez.

—No lo sabes.

—Lo sé.

—No lo sabes.

Diana respiró hondo, intentando controlarse.

—Entonces ayúdala.

Esa frase me descolocó.

—¿Yo?

—Estando. Apoyando. No juzgando todo el rato. No eres juez.

La miré.

—No es tan fácil.

—Nada lo es. Pero ya he dicho que no quiero echarla.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Porque es nuestra madre, lógico.

Ese golpe fue directo.

—Lo es —asentí.

El silencio se llenó de emoción.

—Gracias —murmuró mi hermana.

Esa palabra terminó de romperme.

Miré a Elizabeth.

Luego a ella.

—Vale. Conviviremos y trabajaremos. Las tres.

Diana se quedó inmóvil.

—¿Vale?

—Ya lo has oído.

El aire cambió.

Elizabeth levantó la mirada.

—¿En serio?

—Sí.

Me levanté despacio.

—Pero con condiciones.

Las dos me miraron.

—Nada de mentiras. Nada de esconder cosas. Nada de desaparecer.

Elizabeth asintió.

—De acuerdo.

—Y si algo va mal, se habla.

—De acuerdo.

Diana soltó el aire de golpe, llevándose la mano a la cara.

—Gracias…

Me acerqué un poco más.

El silencio que siguió ya no era tenso.

Era distinto.

Más real.

—Las tres, estaremos juntas las tres —murmuró Diana, con una sonrisa rota.

Elizabeth no sonrió.

Pero sus ojos se suavizaron.

—Las tres.

Asentí.

No era perfecto.

No era fácil.

Pero era lo que había.

Y entonces sentí que no estaba cayendo.

Estaba sosteniéndome.

Al día siguiente, el timbre de la puerta sonó a media mañana, en ese punto del día en el que la librería empezaba a coger ritmo de verdad. Había gente mirando estanterías, una pareja hojeando novedades y una señora preguntándole a Diana por una edición concreta.

Yo estaba en la mesa central, revisando un pedido, cuando levanté la vista casi por reflejo.

Y lo vi.

Oliver.

De pie en la entrada.

Quieto.

Con ese aire contenido que siempre tenía cuando entraba en un sitio que no controlaba.

Sentí el golpe en el estómago antes de pensar nada.

Diana fue la primera en reaccionar.

—Buenos días —saludó con educación automática, sin reconocerlo todavía.

Él asintió levemente, sin apartar la mirada de mí.

—Buenos días.

Yo dejé el albarán sobre la mesa con más calma de la que sentía y me acerqué despacio.

No corrí.

No dudé.

Pero tampoco lo recibí.

—Ya tardabas —solté, deteniéndome a un par de pasos—. Pensaba que ibas a esperar más para venir a recordarme que la deuda sigue en pie.

Diana levantó la cabeza al instante.

—¿De verdad has venido a eso?

No respondí.

No aparté los ojos de él.

Oliver sostuvo mi mirada sin titubear, pero había algo distinto. Menos firmeza. Más tensión.

—No he venido por eso —dijo, con voz grave.

—Claro —respondí, cruzándome de brazos—. Nunca vienes por eso, pero siempre acabas hablando de eso.

Se hizo un silencio breve. La gente seguía a lo suyo, pero el aire alrededor de nosotros se había intoxicado.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó él.

—Puedes hablar —respondí—. Yo decidiré si escucho.

Diana se acercó un poco más, con curiosidad evidente.

Elizabeth, desde el mostrador, también había levantado la vista.

Oliver respiró hondo y sacó un sobre del interior de su chaqueta.

—He venido a darte esto.

Me lo tendió.

No lo cogí al principio.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Lo miré unos segundos. Luego lo tomé sin prisa, sin apartar la vista de él, y rompí el cierre.

Saqué el documento.

Leí las primeras líneas.

Y me quedé quieta.

Parpadeé una vez.

Volví a leer.

Más despacio.

Liberación total de la deuda.

Condonación íntegra.

Firmado.

Sellado.

Legal.

Sentí cómo algo se desplazaba dentro de mí, pero no fue alivio.

Fue desconcierto.

Levanté la mirada.

—¿Qué es esto?

—Lo que parece.

—No —respondí, negando con la cabeza—. Tú no harías esto por las buenas. A mí no me la das —le advertí.

—Lo he hecho.

—¿Por qué?

El silencio se alargó un segundo.

—Porque es lo correcto.

Solté una risa breve, seca.

—No me vengas con eso. A ti te la trae al pairo lo correcto.

Diana se acercó un paso más.

—Kate… ¿todo bien?

Le tendí el papel sin mirarla.

—Míralo tú.

Ella lo cogió, frunciendo el ceño mientras leía.

—Pero… esto es…

—Sí —interrumpí—. Exactamente eso.

Diana levantó la vista hacia Oliver.

—¿Ya no te debemos nada? ¿De verdad?

Él asintió.

—De verdad.

Elizabeth también se había acercado ya, mirando el documento por encima del hombro de Diana.

—Esto es… —murmuró—. Es muchísimo dinero.

Volví a centrarme en él.

—Explícamelo.

—No hay mucho que explicar.

—Claro que lo hay.

Di un paso en su dirección y lo cogí del brazo, llevándolo hacia la puerta para lograr algo más de privacidad.

—Hace dos días querías que fingiera ser tu novia para un juicio.

—Sigo necesitándolo.

—Y ahora me perdonas la deuda.

—Sí.

—¿Y pretendes que no vea la relación?

—No hay condición.

—Siempre hay condición.

—Esta vez no. No la hay.

—Tú siempre quieres sacar tajada de todo. ¿De qué se trata? Suéltalo ya. Tengo muchas cosas que hacer.

El silencio se tensó otra vez.

—Te equivocas —añadió—. Esto no es un trato.

—Entonces es peor.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque significa que te crees que puedes arreglarlo así.

Bajé la mirada al documento un segundo.

—No puedes.

Él no respondió de inmediato.

—No intento arreglarlo —dijo al fin—. Intento hacer lo que debería haber hecho desde el principio.

—Qué generoso.

El sarcasmo salió solo.

—No es generosidad.

—Claro.

—Es justicia.

Negué con la cabeza.

—Llegas tarde.

El silencio fue más largo.

—Lo he sabido hacerlo mejor.

Esa respuesta me descolocó un segundo.

—Pero aun así tenía que hacerlo —añadió.

Respiré hondo, intentando mantenerme firme.

—Pues ya está hecho.

Doblé el documento con cuidado.

—Gracias.

El tono no tenía calidez.

—Y ahora puedes irte.

Oliver no se movió.

—Kate…

—No.

Levanté la mano, cortándolo.

—No quiero escucharte ni un segundo más.

—Emma te echa de menos.

La frase me dolió más de lo que esperaba.

Pero no lo mostré.

—Lo siento por ella.

Lo miré directamente.

—No voy a volver. Por mucho que lo intentes, te lo aseguro.

—Podríamos…

—No.

—Al menos piénsalo.

—Ni muerta.

El silencio fue definitivo.

Oliver bajó la mirada un segundo, como si asumiera algo.

Luego asintió.

—Está bien.

Se giró despacio.

No dijo nada más.

Caminó hacia la puerta y salió de la librería sin mirar atrás.

El sonido del timbre volvió a sonar.

Y entonces, el mundo pareció reanudarse.

Pero yo seguía quieta.

Con el documento en la mano.

—Kate… —murmuró Diana.

Me giré hacia ellas.

—No voy a volver a su casa.

—No tienes que volver. No le debes nada —respondió ella con suavidad.

Se acercó más.

—Pero esto… esto cambia mucho.

—No cambia nada.

Elizabeth habló entonces.

—Sí cambia. No digo que se haya portado bien contigo. Lo que hizo ese chico… Lo que hizo ese chico no tiene nombre.

La miré.

—Pero al menos te ha quitado un peso enorme de encima.

—No me ha quitado nada —le respondí.

El silencio fue más tranquilo ahora.

—¿Estás bien? —me preguntó Diana.

Negué despacio.

—No.

Se acercó más y me tocó el brazo.

—Pero estás aquí. Con nosotras.

Asentí.

—Y eso es lo que importa.

Elizabeth intervino con calma.

—Y no estás sola —murmuró con un deje alegre.

Las miré a las dos.

Sentí algo distinto.

Apoyo.

Miré la librería.

Los libros.

El espacio.

Mi sitio.

—Me quedo aquí. Me quedo con vosotras —afirmé una vez más.

—Y nosotras contigo —dijo Diana.

Elizabeth asintió.

—Las tres.

Apreté el documento entre los dedos.

Y supe que no tenía que reaccionar.

Podía quedarme.

Y eso ya era suficiente.

Capítulo 25



Quedé con Lucy un par de tardes después, en la cafetería habitual. Era uno de esos sitios en los que la gente se quedaba más tiempo del que pensaba, porque el ambiente te atrapaba sin que te dieras cuenta.

Cuando llegué, ella ya estaba sentada en una mesa junto a la ventana, removiendo el café sin beberlo, con esa cara de estar pensando demasiado.

En cuanto me vio, levantó la mano.

—Aquí.

Me acerqué y me senté frente a ella, dejando el bolso en la silla de al lado.

—Hola.

—Hola —respondió, pero no sonrió del todo.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, en ese silencio típico entre amigas cuando saben que hay algo importante que se va a decir.

Lucy fue la primera en romperlo.

—Vale, no voy a hacer como si nada —soltó, apoyando los codos en la mesa y mirándome directamente—. Te voy a preguntar lo que quiero saber. El otro día me quedé con todas las ganas, pero no era el momento.

Resoplé.

—Genial, empezamos fuerte.

—¿Estás enamorada de Oliver?

No me dio tiempo ni a prepararme.

Me quedé congelada un segundo, sin reacción.

—Lucy…

—Respóndeme.

La miré, dudando. Podría haber esquivado la pregunta, podría haberme hecho la graciosa o cambiar de tema… pero no tenía fuerzas para eso.

Bajé la mirada al café.

—Sí.

El silencio fue inmediato.

Noté cómo ella se echaba ligeramente hacia atrás, procesándolo.

—Madre mía… —murmuró.

—Ya.

—O sea… ¿sí?

Asentí despacio, sin levantar la vista.

—Sí.

Lucy se llevó una mano a la frente, medio riéndose, medio sorprendida.

—Es que lo sabía. Te lo juro que lo sabía.

—No tenía ninguna intención de que se notara —respondí, intentando mantener un poco de dignidad.

—Se notaba —replicó—. O al menos yo te lo notaba.

Le di un pequeño golpe con el pie por debajo de la mesa.

—Gracias por la sutileza.

—De nada.

Se inclinó otra vez hacia mí, con esa mirada curiosa que no perdona nada.

—Y segunda pregunta.

La miré con resignación.

—Dispara.

—¿Te acostaste con él?

Cerré los ojos un segundo.

—Lucy, por favor…

—No, no, no. No me cambies de tema ahora. Necesito saberlo.

Me tapé media cara con la mano, notando cómo me subía el calor por el cuello.

—Eres insoportable.

—Pero tengo razón.

—Sí.

La palabra salió más baja.

—¿Sí qué?

—Sí —repetí, apartando la mano y mirándola—. Me acosté con él.

Lucy abrió los ojos.

—Madre mía, Kate…

—Ya lo sé.

—Pero ¿cuándo?

—Esa noche.

—¿Qué noche?

La miré con cara de “sabes cuál”.

—La última.

Lucy soltó una risa incrédula.

—Si es que imaginé que venías de su dormitorio…

—Fue antes de que me propusiera lo de la relación falsa. Lo sabes. Después de eso no hubiera permitido que me tocara ni con un palo.

Lucy se quedó en silencio, encajando las piezas.

Se quedó unos segundos mirándome, más suave ahora.

—¿Y por qué no me lo contaste?

Ahí sí levanté la mirada del todo.

—Porque no sabía ni cómo procesarlo yo —respondí con sinceridad—. Porque no quería ponerle nombre a nada. Porque… —me detuve un segundo — porque me daba vergüenza.

Lucy frunció el ceño.

—¿Vergüenza?

—Sí.

—¿De qué?

—De haberme dejado llevar con alguien de quien todavía no sabía qué pensar exactamente. Y mira por dónde me salió.

El silencio se hizo más tranquilo.

—No es vergonzoso —dijo ella, más despacio—. Es humano.

Solté el aire.

—Ya… pero aun así.

La miré directamente.

—Y perdón por no decírtelo.

Lucy negó enseguida.

—No tienes que pedirme perdón.

—Sí lo tengo. Te he contado todo siempre y justo esto…

—Esto es distinto —interrumpió—. Esto te removió.

Asentí.

—Mucho.

Se quedó un segundo en silencio, observándome.

Luego cambió el gesto.

—Vale, pues ahora me toca a mí.

Levanté una ceja.

—¿Cómo que te toca a ti?

—Que yo también tengo cosas que contar.

Me acomodé en la silla, interesada.

—Venga, sorpréndeme.

Mi amiga respiró hondo, y por primera vez desde que nos sentamos, pareció un poco nerviosa.

—Estoy liada con James.

Parpadeé.

—¿Perdón?

—Que estoy liada con James —repitió, más rápido—. El amigo de Oliver.

Me quedé mirándola.

—No puede ser.

—Sí puede.

—Lucy…

—Que sí.

Me llevé la mano a la boca, sorprendida.

—Pero si apenas habéis coincidido…

—Más de lo que crees —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Y además… —bajó un poco la voz— es el único que ha plantado cara a Oliver de verdad.

Eso me hizo reaccionar.

—¿A qué te refieres?

—A que discutieron.

Me incliné hacia delante.

—¿Por qué?

—Por mí.

—¿Cómo?

Lucy jugueteó con la cucharilla, pero esta vez sonreía un poco.

—Cuando me despidió, James se enteró. Y no le gustó nada.

—¿Y qué hizo?

—Le dijo de todo.

No pude evitar sonreír.

—Me cae mejor de lo que pensaba.

—Y a mí.

Se le escapó una sonrisa más abierta.

—Y no solo eso —añadió—. Me ha conseguido otro trabajo.

La miré sorprendida.

—¿En serio?

—Sí. En una casa, pero nada que ver con la otra. Mucho más tranquila. Mejor ambiente.

—Lucy, eso es genial.

—Lo es.

Se quedó un segundo en silencio, mirándome con una mezcla de ilusión y cautela.

—Y estoy colada por él.

Sonreí, esta vez de verdad.

—Vaya panorama tenemos.

—Total.

Las dos nos echamos hacia atrás en la silla casi al mismo tiempo, soltando una pequeña risa que nos alivió más de lo que parecía.

—Entre tú enamorada de un desastre emocional y yo de su mejor amigo…

—Somos un cuadro —terminé.

—Pero un cuadro bonito.

—Eso siempre. Pero una cosa te digo… Ahora que ya no tengo deudas, te prometo que voy a centrarme a tope en olvidar a Oliver. Es el último hombre en el mundo que me conviene. Me ha utilizado como si fuera una muñeca a la que puede manejar a su antojo.

El ambiente se relajó del todo.

Pedimos más café. Y un trozo de tarta para cada una. La conversación empezó a fluir sin tanto peso, saltando de un tema a otro, pero siempre volviendo, de alguna manera, a lo mismo.

A lo vivido en casa de Oliver.

A lo que había pasado y al futuro que se nos avecinaba. A ella con James y a mí lejos de Oliver.

Cuando llegué a casa esa noche, aún llevaba encima la ligereza extraña que me había dejado la tarde con Lucy. No era felicidad plena, ni mucho menos, pero sí una sensación nueva, más suave, más respirable. Como si todo siguiera complicado, pero ya no me aplastara igual.

Abrí la puerta y lo primero que noté fue el olor.

Me quedé quieta un segundo en el recibidor.

Harina, tomate, algo tostándose… y ese punto cálido que no se puede describir del todo, pero que reconoces al instante porque pertenece a tu infancia.

—¿Qué es eso? —pregunté, dejando el bolso en la entrada mientras avanzaba hacia la cocina.

Diana apareció primero, con el pelo recogido en un divertido moño y una sonrisa que ya me daba pistas.

—No te lo vas a creer.

—¿Qué habéis hecho?

Entonces vi a nuestra madre.

Estaba frente a la encimera, con un delantal que recordaba perfectamente, manchado ya de harina, y las manos metidas en una masa que trabajaba con calma, concentrada.

Se giró al oírme.

—Hola, Kate.

No fue un saludo forzado. Fue sencillo y de corazón. Y, precisamente por eso, me llegó más.

—Hola…

Me acerqué despacio, mirando la encimera, los ingredientes, la bola de masa que empezaba a tomar forma.

—No puede ser…

Diana se cruzó de brazos, orgullosa.

—Sí puede.

Miré a Elizabeth.

—¿Estás haciendo…?

—La pizza —respondió ella, con una pequeña sonrisa.

Se me escapó una risa suave, casi incrédula.

—La pizza.

Asintió.

—La de los viernes. La de los viernes que estaba, claro.

Me apoyé en la encimera, sintiendo cómo algo se removía dentro de mí, algo antiguo, algo que llevaba años dormido.

—Hace siglos que no la como.

—Hace siglos que no estábamos las tres juntas —respondió, sin

Diana dio un paso hacia mí.

—Venga, deja de mirar y ayuda.

—¿Ayudar?

—Sí, ayudar. No te hagas la señorita ahora.

—Perdona, pero hace años que no meto las manos en harina.

—Pues hoy vuelves.

Nuestra madre apartó un poco la masa y me hizo un gesto.

—Ven. Lávate las manos y ven.

Me acerqué, dudando un poco, y metí las manos en la mezcla. La textura me sorprendió al instante, húmeda, elástica, pegándose a los dedos.

—Dios… —murmuré—. Esto es exactamente igual.

—Claro que es igual —respondió ella—. No he cambiado la receta.

Diana ya estaba a mi lado, intentando imitar los movimientos.

—¿Era así? —preguntó, torciendo la masa sin demasiado éxito.

—No —respondimos nuestra madre y yo a la vez.

Nos miramos las tres y nos echamos a reír.

—Fatal —añadí—. Lo estás haciendo fatal.

—Pues enséñame —replicó Diana, empujándome ligeramente con el hombro.

Me coloqué mejor y le mostré cómo girar la masa, cómo presionar sin destrozarla.

—Así… despacio… y giras.

—Ah… vale.

Lo intentó de nuevo.

—¿Mejor?

—Un poco menos desastre —concedí.

Nuestra madre nos observaba, apoyada en la encimera, con una expresión que no le había visto en mucho tiempo.

—Te acuerdas perfectamente, Kate —me comentó.

—Esto no se olvida —respondí, sin pensar.

Y era verdad.

Seguimos amasando, entre risas, entre pequeños empujones, corrigiéndonos unas a otras, manchándonos más de lo necesario. En un

momento dado, Diana cogió un poco de harina y, sin avisar, me la lanzó directamente a la cara.

—¡Eh!

Me quedé con la boca abierta.

—Te lo has buscado.

—¿Perdona?

—Por chula.

Cogí harina yo también.

—Te vas a arrepentir.

—No tienes narices.

No hizo falta más.

Le lancé un puñado que le cayó en el pelo y en la camiseta.

—¡Kate!

Elizabeth se echó a reír.

—No, no, no… —intentó intervenir—. La cocina no…

Demasiado tarde.

Diana ya había cogido más harina.

—Esto es la guerra.

—Esto es la guerra —confirmé.

En cuestión de segundos, la cocina se convirtió en un campo de batalla, con harina en el suelo, en la encimera, en nuestras manos, en nuestras caras. Nuestra madre intentó resistirse al principio, pero terminó cayendo también.

—No puedo creer que estéis haciendo esto —decía entre risas.

—Tú has empezado —le dije.

—Yo no he empezado nada.

—Claro que sí.

Diana se acercó por detrás y le dejó una marca blanca en la mejilla.

—Ahora sí.

Elizabeth soltó una carcajada abierta, de esas que hacía años que no escuchaba.

Y, en ese momento, algo encajó.

No perfecto.

No mágico.

Pero real.

Paramos cuando ya no tenía sentido seguir, cuando estábamos completamente manchadas y sin remedio. Limpiamos lo justo para poder terminar la pizza, estirando la masa, colocando los ingredientes.

—El queso primero —indicó nuestra madre.

—¿Y por qué? —le preguntó Diana.

—Porque es así.

—Yo lo pongo después.

—Por eso no te queda igual.

—Oye…

Diana no paraba, robando ingredientes, metiéndose en medio de todo.

—Esto huele increíble.

—Porque lo es —respondió nuestra madre, metiendo la pizza en el horno.

Nos apoyamos las tres en la encimera, esperando.

—Hacía falta esto —dijo Diana en voz baja.

No respondí, pero asentí.

Cuando la sacamos, el olor llenó toda la casa. Nos sentamos en el salón, en el suelo, como hacíamos de niñas, con la pizza en el centro y sin preocuparnos por nada más.

—Cuidado que quema —avisó nuestra madre.

Cogí un trozo.

—Vale, tienes razón.

Diana se rio.

—Es perfecta.

Comimos despacio, disfrutando, sin hablar demasiado.

Después, Diana sacó una caja.

—He traído esto.

—¿Qué es?

—Trufas de chocolate.

—No puede ser.

—Sí puede.

Las abrió y el olor dulce se mezcló con todo lo demás.

—Esto ya es otro nivel —dije.

Nos acomodamos mejor, más relajadas, con la luz tenue del salón, el calor de la casa envolviéndolo todo.

—Hoy sí parece nuestra casa —murmuré.

Nadie respondió, pero lo sentimos las tres.

Diana se recostó contra el sofá, ya medio adormilada.

—Estoy llena…

—Normal.

—Y feliz.

Esa palabra valía su peso en oro.

Nuestra madre la miró.

—Me alegro.

Diana cerró los ojos un momento.

—Creo que el abuelo Arthur estaría encantado.

Abrí los ojos un poco más.

—¿El abuelo?

—Sí…

Se acomodó mejor.

—Estoy segura de que nos ha visto hoy… y que estaba sonriendo.

Nuestra madre bajó la mirada, emocionada.

Yo no dije nada.

Pero, por alguna razón, no me pareció una locura.

Nos quedamos en silencio, tranquilas, sin necesidad de añadir nada más.

Capítulo 26



Aquella mañana empezó tranquila, con ese ritmo amable que tiene la librería cuando el día aún no ha terminado de arrancar. Diana estaba en la caja, y nuestra madre colocaba libros en una estantería baja, tarareando algo que no reconocí pero que sonaba antiguo, familiar.

Yo estaba revisando un albarán cuando escuché el ruido.

Primero fueron voces.

Muchas.

Demasiadas para una librería.

Levanté la cabeza justo cuando la puerta se abría y entraba un grupo de niños, acompañados por dos profesoras que intentaban mantener un orden que claramente se les escapaba de las manos.

—Chicos, en fila, por favor… —decía una de las profesoras, sin demasiado éxito.

—¡Mirad cuántos libros!
—¿Podemos tocar?

Sonreí sin querer, dejando el papel a un lado.

—Buenos días —saludé, acercándome.

—Buenos días —respondió la profesora, algo apurada—. Estamos haciendo una visita cultural por Notting Hill y nos han recomendado la librería. Prometemos no romper nada.

—Mientras no se lleven la mitad, todo bien.

Los niños empezaron a dispersarse entre las estanterías, con esa energía desbordante que lo llena todo.

Y entonces la vi.

No fue inmediato. ¿Cómo no reconocí antes ese uniforme?

Fue una sensación primero.

Una presencia que me hizo girar la cabeza sin saber muy bien por qué.

Y ahí estaba.

Emma.

Se había quedado completamente quieta, mirándome desde el otro lado de la librería, con los ojos muy abiertos, como si no terminara de creerse lo que estaba viendo.

Se me olvidó respirar.

—Emma… —murmuré.

No me dio tiempo a más.

De pronto salió corriendo hacia mí, esquivando a sus compañeros, y se lanzó directamente a mis brazos con una fuerza que casi me hizo perder el equilibrio.

—¡Kate!

La abracé por pura inercia, fuerte, sin pensarlo.

—Mi vida…

Se aferró a mi cuello como si no quisiera soltarme nunca.

—¿Por qué te fuiste? —me preguntó, con la voz rota—. ¿Por qué no te despediste?

Sentí vergüenza y un tremendo malestar.

Cerré los ojos un segundo, apretándola más contra mí.

—Lo siento… —susurré—. Lo siento muchísimo.

Se separó lo justo para mirarme, con los ojos brillantes.

—Te he echado de menos.

—Yo también a ti.

Y era verdad. Más de lo que había querido reconocer.

Se limpió la cara con la manga, pero seguía sonriendo entre lágrimas.

—Sabía que algún día te encontraría.

—¿Ah, sí?

—Sí. Lo sabía.

Se volvió de repente, tirando de mi mano.

—Profe, ¡es ella! ¡Es Kate!

La profesora se acercó, algo confundida.

—¿La conoces?

—¡Claro! —respondió Emma, como si fuera lo más obvio del mundo—. Es mi…

Se detuvo un segundo, dudando, y luego añadió:

—Es Kate.

No necesitó más.

Diana ya se había acercado, observando la escena con una sonrisa suave.

—Hola —dijo, inclinándose un poco hacia Emma—. Yo soy Diana.

Emma la miró con curiosidad.

—¿Eres su hermana?

—Sí.

—Me caes bien.

Diana soltó una pequeña risa.

—Tú a mí también.

Nuestra madre apareció entonces, secándose las manos en el delantal.

—¿Y esta preciosidad?

Emma se giró hacia ella.

—Hola.

—Hola, cariño.

—Soy Emma.

—Encantada, Emma.

Se miraron unos segundos, y nuestra madre le dedicó una sonrisa cálida, de esas que lo dicen todo sin palabras.

—¿Quieres ver la librería? —le preguntó.

Emma asintió, pero no soltó mi mano.

—Pero con Kate.

—Claro.

Durante un rato, la acompañé por las estanterías, enseñándole rincones, libros, pequeñas cosas que sabía que le gustarían. No dejaba de hablar, de preguntarme, de mirarme cada pocos segundos como si necesitara asegurarse de que seguía allí.

—No te vuelvas a ir así —me dijo en un momento, muy seria.

Me agaché a su altura.

—Cariño, las cosas son un poco más complicadas…

El problema llegó cuando una de las profesoras anunció que tenían que marcharse.

—Chicos, recogemos, que tenemos que seguir la ruta.

Emma se quedó anclada.

—Yo no me voy.

La profesora sonrió, pensando que era una broma.

—Emma…

—Que no me voy.

Se aferró a mi mano con más fuerza.

—Me quedo con Kate.

Sentí cómo algo se partía dentro de mí.

—Cariño…

—No —insistió, negando con la cabeza—. Me quedo.

La profesora intercambió una mirada con su compañera.

—Emma, no puedes quedarte. Tenemos que volver.

—No quiero.

Su voz empezó a quebrarse.

—Quiero quedarme aquí.

Intenté agacharme de nuevo, mantener la calma.

—Escúchame…

—No.

Se abrazó a mí, enterrando la cara en mi cuello.

—No quiero irme.

La profesora suspiró, sacando el móvil.

—Voy a llamar a su padre.

El tiempo se hizo lento a partir de ahí.

Emma no se soltaba.

Yo no sabía qué decir.

Diana me miraba en silencio.

Nuestra madre también.

Hasta que la puerta volvió a abrirse.

No hizo falta que nadie dijera nada.

Su presencia llenó el espacio.

Oliver.

Entró con paso firme, pero al ver la escena se detuvo.

Sus ojos fueron directos a Emma… y luego a mí.

Emma levantó la cabeza al instante.

—¡Papá!

Pero no se soltó.

—No quiero irme.

Él se acercó despacio.

—Emma…

—Quiero quedarme con Kate.

Se agachó frente a ella, intentando mantener la calma.

—Tenemos que irnos.

—No.

Su voz temblaba.

—Por favor.

El silencio se cargó de emoción.

Diana dio un paso al frente entonces.

—Espera.

Todos la miramos.

Desapareció un segundo entre las estanterías y volvió con un libro en las manos.

Lo reconocí al instante.

Se me encogió el pecho.

—Emma —dijo Diana, agachándose junto a ella—. Te voy a hacer un regalo muy especial.

Emma la miró, todavía agarrada a mí.

—¿Para mí?

—Para ti.

Le tendió el libro.

—Este nos lo leía nuestro abuelo cuando éramos pequeñas.

Emma lo cogió con cuidado.

—¿De verdad?

—Sí.

Diana abrió la primera página.

—Y quiero que lo tengas tú.

Sacó un bolígrafo y escribió algo despacio, con calma.

Luego se lo entregó.

—Ahora también es tuyo.

Emma miró la dedicatoria, pasando los dedos por las letras.

—Gracias…

Yo no podía hablar.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Oliver también lo estaba mirando.

Y por primera vez, vi cómo algo se le rompía en la mirada.

Se levantó despacio.

—Gracias —dijo, con la voz más baja de lo habitual.

El libro ya tenía una dedicatoria antigua,

Para Kate y Diana,

para que siempre encontréis refugio en las historias.

Con todo mi amor.

Arthur.

Y Diana añadió:

Para Emma,

Para que también encuentres ese refugio.

Con todo mi amor.

Diana.

Emma volvió a abrazarme.

—No te olvides de mí.

—Nunca.

La abracé fuerte.

—Nunca.

Oliver se acercó.

—Emma…

Esta vez ella dudó.

Luego, poco a poco, se separó.

Pero no dejó de mirarme.

—Voy a volver.

—Cuando quieras.

Asintió, apretando el libro contra el pecho.

Oliver le tendió la mano.

Ella la cogió.

Y mientras se la llevaba hacia la puerta, él no dejó de mirarme tampoco.

Ni un solo segundo.

Hasta que salieron.

Y la librería se quedó en silencio.

Capítulo 27



Quedé con Lucy un par de semanas después. Me escribió por la mañana con un “necesito verte” que no dejaba lugar a interpretaciones, y yo respondí que sí antes incluso de preguntarle dónde. Supuse que, si Lucy me pedía un hueco con esa urgencia, algo había pasado. Algo serio.

Cuando llegué a “nuestra cafetería” mi amiga ya estaba allí, con una taza delante que parecía intacta y una cara que no era buena señal.

Me senté frente a ella y dejé el abrigo en el respaldo.

—Vale —dije, intentando sonar normal—. Cuéntame.

Lucy tardó unos segundos en hablar. No porque no supiera qué decir, sino porque parecía elegir por dónde empezar para no romperme del todo.

—Se ha celebrado el juicio por la custodia de Emma —soltó al fin, con la voz más baja de lo habitual.

Noté que la cafetería me daba vueltas.

—¿Ya?

Asintió despacio.

—Sí. Ayer.

Me apoyé en la mesa, entrelazando las manos para no juguetear nerviosa.

—¿Y qué ha pasado?

Lucy tragó saliva.

—Laura ha logrado la custodia de Emma.

Me quedé completamente quieta.

No fue un "no puede ser". No fue un grito. No fue nada.

Me quedé de piedra, con el cuerpo inmóvil y la mente intentando entender una frase que no cuadraba con nada de lo que yo había visto en esa casa.

—No… —murmuré, sin terminarla del todo.

Lucy asintió de nuevo, con los ojos brillantes.

—Sí.

Respiré despacio, pero sentía que el aire no me llegaba bien.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo ha pasado eso? Pero si ni siquiera vino a su cumpleaños. Esa mujer pasa de la niña…

—Hasta eso lo ha usado en su contra, en contra de Oliver. Por lo visto, declaró que él se lo prohibió. Y sé de buena tinta que eso no es cierto. Con nosotras habrá sido un capullo, pero en lo referente a la niña… Él nunca le haría ese daño.

Lucy apretó los labios.

—Lo ha desacreditado por completo.

—¿Qué quieres decir con "por completo"?

—Que lo han pintado como un monstruo. Como alguien incapaz de cuidar de Emma. Como si no le importara. Como si fuera un padre ausente, frío, peligroso para su estabilidad emocional.

Sentí un mareo breve.

—Eso… eso no es verdad.

—No lo es. Ya te lo estoy diciendo.

Lucy lo dijo con firmeza, y esa firmeza me descolocó todavía más porque confirmaba lo que yo estaba pensando.

—No lo es, Kate. Yo lo he visto con Emma. Tú lo has visto. James lo ha visto. Hasta el servicio lo ha visto.

Me quedé mirándola, intentando encajar cada palabra.

—¿Cómo ha podido convencer a un juez de eso?

Lucy soltó el aire, frustrada.

—Porque lo ha hecho bien. Porque ha sido lista. Porque ha llegado con un discurso perfecto, ensayado, impecable.

Se inclinó un poco hacia delante, bajando más la voz.

—Y porque ha tenido ayuda.

—¿Ayuda de quién?

Lucy dudó un segundo.

—De su nueva pareja.

Fruncí el ceño.

—¿Laura tiene pareja?

—Sí.

—No tenía ni idea.

—Lo ha mantenido en secreto, pero James lo sabe.

Lucy apretó los dedos alrededor de la taza.

—Es fiscal.

Sentí cómo se me erizaba la piel.

—¿Perdona?

—Eso mismo dije yo —respondió Lucy, con una expresión amarga—. Un fiscal. Con contactos. Con maneras. Con… influencia.

Me quedé en silencio un instante.

—Me estás diciendo que…

—Que se las han ingeniado para construir una historia.

Lucy me sostuvo la mirada.

—Una historia llena de mentiras.

Se me revolvió el estómago.

—Qué horror…

—Ya te digo, si ahora hasta entiendo que Oliver estuviese amargado.

Lucy golpeó la mesa con los dedos, un gesto pequeño pero cargado de rabia.

—Y lo peor es que lo han contado todo con tanto detalle que suena real. Han usado argumentos que son medias verdades para hacerlas parecer verdades completas.

—¿Cómo cuáles?

Lucy me miró con cuidado.

—Que él es exigente. Que no se muestra cariñoso en público. Que es rígido. Que tiene mal carácter con los adultos.

Tragué saliva.

—Eso sí es verdad.

—Sí, pero no significa lo otro. Tú lo sabes y yo lo sé.

Me quedé mirando la mesa, con la mente y el pecho apretados.

—¿Y Emma? —le pregunté al fin, con la voz más baja—. ¿Qué pasa con Emma ahora?

Lucy respiró hondo.

—Se va con Laura.

Noté el vacío abrirse en el estómago.

—Pero… Lucy, esa mujer…

Lucy asintió, como si ya supiera lo que yo iba a decir.

—Pasa de la niña.

—James ha tirado de hilos. Ha preguntado. Ha escuchado. Y, por lo que ha averiguado, Laura no quiere a Emma por Emma. La quiere por el dinero. Por fastidiar a Oliver. Por tener un arma.

Sentí un escalofrío.

—Eso es… horrible.

Lucy asintió con rabia.

—Y lo peor es que es coherente con ella.

Me quedé en silencio, pensando en la forma en que Oliver hablaba de la madre de Emma, en ese rencor que no era solo enfado. Era miedo. Miedo real.

—¿Y dices que su pareja fiscal ha sido su cómplice a la hora de montar ese circo?

—Sí.

Lucy apretó la mandíbula.

—Han presentado a Laura como la madre que desea estar presente, la que quiere "reparar", la que ofrece un entorno "estable". Y a Oliver como el hombre incapaz de amar, incapaz de mantener una familia estructurada, incapaz de sostener un hogar emocional.

Noté cómo se me llenaban los ojos, pero esta vez no era por mí.

Era por Emma.

—No es justo —murmuré.

Lucy me miró con tristeza.

—No lo es.

Me quedé callada un segundo, y de pronto una idea me atravesó con claridad.

—Por eso —susurré.

Lucy levantó la vista.

—¿Qué?

—Por eso me lo pidió.

Las palabras me salieron casi sin querer.

—Lo de fingir ser su novia. Lo de la "estabilidad".

Lucy asintió lentamente.

—Eso mismo he pensado yo.

Se reclinó un poco en la silla, con una expresión que era mezcla de pena y frustración.

—Kate, él lo temía. Lo estaba viendo venir. Sabía que podían usarlo en su contra.

—Y yo lo mandé a la mierda.

La frase me salió con amargura.

Lucy abrió la boca, pero no me interrumpió.

—Pensé que me estaba manipulando —continué—. Pensé que era otro juego. Otra forma de controlarme. Y resulta que… en parte era miedo.

Lucy sostuvo mi mirada.

—Es normal que lo pensaras. Si te sirve de algo, yo también lo habría mandado a la mierda.

—Pero lo que temía era real.

Me quedé abatida.

No sabía qué sentir.

Rabia, pena, algo de comprensión… todo a la vez, peleándose dentro de mí.

—¿Y ahora qué? —le pregunté al fin.

Lucy bajó la voz.

—Ahora Oliver está destrozado.

Me quedé callada.

—James dice que está intentando recurrir, pero que es difícil porque el juicio ya ha dejado una imagen en el aire. Y la imagen pesa, aunque sea mentira.

Cerré los ojos un instante.

—Emma… —murmuré.

Lucy me miró, muy seria.

—Kate, él la quiere mucho. Con sus defectos, con su carácter, con todo lo que tiene mal… la quiere. Y eso es lo que más me revienta de todo esto.

Abrí los ojos de nuevo y me encontré con la mirada de Lucy, firme, dolorida.

—Lo sé —dije, con un hilo de voz—. Yo también lo sé.

Y ese reconocimiento me dejó todavía más hundida, porque ya no era solo un conflicto entre él y yo.

Era Emma en medio.

Y eso lo cambiaba todo.

Capítulo 28



El teléfono sonó cerca de las once. Días después de mi encuentro con Lucy.

Yo estaba en el sofá, con un libro abierto que llevaba varias páginas sin avanzar, más pendiente de mis propios pensamientos que de lo que tenía delante. La casa estaba en silencio; Diana ya se había ido a dormir y nuestra madre había dejado la cocina recogida con ese orden casi ritual que empezaba a resultarme tranquilizador.

Miré la pantalla.

Oliver.

El corazón me dio un vuelco.

Tardé un segundo en decidir si cogerlo o no, pero el dedo se movió antes de que pudiera pensarlo demasiado.

—¿Sí?

Al otro lado no hubo respuesta inmediata. Solo respiración.

Irregular.

Pesada.

—¿Oliver?

—Kate…

Su voz me marcó.

Estaba rota.

No era el tono controlado, firme, que conocía. Era otra cosa completamente distinta, deshecha, arrastrada.

Me incorporé en el sofá.

—¿Qué pasa?

Escuché un sonido que tardé en identificar.

Estaba llorando.

—Lo he perdido todo…

Cerré los ojos un segundo.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Estás solo?

—Sí.

No dudé más.

—Voy para allá.

—No… —murmuró—. No hace falta.

—Cállate —respondí, ya levantándome—. Voy.

Colgué antes de que pudiera discutir.

El camino se me hizo corto y largo a la vez. Corto porque no dejé de pensar ni un segundo. Largo porque cada pensamiento pesaba más que el anterior.

Cuando llegué, la casa estaba en penumbra.

No había movimiento.

Ni una voz.

Ni un sonido.

Abrí con la llave que aún tenía y entré despacio.

—¿Oliver?

No hizo falta que me respondiera.

Estaba en el salón.

Sentado en el suelo, apoyado contra el sofá, con una botella medio vacía a su lado y la mirada perdida en algún punto que no estaba allí.

Al verme, parpadeó.

—Has venido…

Su voz era apenas un hilo.

Me acerqué sin decir nada al principio, observándolo. Tenía los ojos rojos, la cara desencajada, la camisa arrugada. No quedaba nada del hombre que controlaba cada gesto.

—Claro que he venido.

Dejé el bolso a un lado y me agaché frente a él.

—¿Cuánto has bebido?

—No lo suficiente —murmuró.

—No digas tonterías.

Intenté quitarle la botella, pero la sostuvo con más fuerza de la que parecía capaz.

—Déjala.

—Oliver…

—Déjala.

Lo miré un segundo, valorando si insistir o no.

Al final solté el aire.

—Vale.

Se quedó en silencio unos segundos, mirándome como si no terminara de creerse que estuviera allí.

—Lo siento —dijo de repente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Lo siento.

Se le quebró la voz.

—Por todo.

Bajó la cabeza, llevándose las manos a la cabeza.

—Por cómo te hablé… por lo que te pedí… por… —negó, incapaz de ordenar las ideas—. Por todo.

Noté el nudo en la garganta.

—Oliver…

—Debí hacerlo bien —continuó, con la voz rota—. Debí… ofrecerte algo real. No esa patraña.

La palabra le salió cargada de desprecio hacia sí mismo.

—Debí decirte que te quería.

Se me cortó la respiración.

—Y no lo hice —añadió—. Porque no sé hacerlo. Porque siempre lo hago todo mal.

Se le escapó una risa amarga, breve.

—Pero es verdad.

Levantó la vista hacia mí, con los ojos completamente húmedos.

—Te quiero, Kate.

El silencio cobró forma.

No era una declaración limpia, ni perfecta.

Era torpe.

Desordenada.

Pero era verdad.

—Te quiero —repitió—. Y lo he estropeado.

Sentí que algo dentro de mí cedía.

Me acerqué un poco más.

—Oliver…

—Y ahora ella no está.

Su voz se rompió del todo.

—Emma no está.

Se llevó las manos a la cara, como si quisiera esconderse de lo que estaba diciendo.

—Y la casa… —negó—. La casa está vacía.

El silencio que siguió fue distinto.

Más profundo.

Más doloroso.

—Y aun así… —añadió, levantando la vista otra vez—, lo único que quiero es que tú estés aquí.

No supe qué decir.

No había respuesta perfecta para eso.

Así que no respondí.

Me acerqué del todo.

Y lo abracé.

Al principio se quedó rígido, sorprendido.

Luego se derrumbó.

Literalmente.

Se agarró a mí con fuerza, como si no tuviera nada más a lo que sujetarse, y empezó a llorar sin contenerse, sin intentar disimularlo, sin esa coraza que siempre llevaba puesta.

Le pasé una mano por la espalda, despacio.

—Ya está…

No era una frase que arreglara nada, pero era lo único que podía ofrecerle.

—Ya está…

—Lo he perdido —murmuró contra mi hombro—. Todo.

—No todo.

—Sí.

Negó con la cabeza, sin soltarse.

—Ella… tú…

Cerré los ojos un segundo.

—Yo estoy aquí.

Esa frase lo detuvo un instante.

Se separó lo justo para mirarme.

—¿Por qué?

La pregunta me pilló desprevenida.

—¿Por qué has venido?

Lo miré directamente.

—Porque me necesitabas.

Parpadeó, confundido.

—Y porque quiero estar.

No añadí nada más.

No hacía falta.

Se quedó mirándome unos segundos más, tratando de entender algo que no terminaba de procesar.

Luego bajó la mirada.

—No me dejes solo esta noche.

No fue una orden.

No fue una petición orgullosa.

Fue casi un ruego.

Negué suavemente.

—No me voy a ir.

Asintió, despacio.

—He dado la noche libre a todos.

Miré alrededor.

Tenía sentido.

La casa estaba completamente vacía.

—Entonces mejor —respondí—. Así no molesta nadie.

Se le escapó una pequeña exhalación, algo más tranquila.

—No estoy para… —empezó, señalando vagamente.

—Ya lo sé.

Lo corté antes de que terminara.

—Ni yo.

No hacía falta decir más.

Aquella noche no iba de sexo.

Me levanté con cuidado.

—Vamos.

—¿A dónde?

—Al sofá, por ejemplo. O a la cama. Donde no estés tirado en el suelo.

Lo ayudé a incorporarse. No opuso resistencia.

Se dejó llevar.

Lo senté en el sofá y le quité la botella sin que esta vez protestara.

—Ya está bien por hoy.

No respondió.

Se dejó caer hacia atrás, agotado.

Me senté a su lado.

En algún momento, apoyó la cabeza en mi hombro.

Y se quedó ahí.

En silencio.

Respirando más despacio.

Con el cuerpo aún tenso, pero menos roto.

Le acaricié el pelo con suavidad, sin pensar demasiado en el gesto.

—Duerme —murmuré.

No sé en qué momento se quedó dormido.

Pero lo hizo.

Y yo me quedé allí.

Sin moverme.

Cuidando de él.

Todo lo demás pudiera esperar.

No sé cuánto tiempo pasó, pero en algún momento noté que se movía.

Al principio fue algo leve, apenas un cambio en el peso sobre mi hombro. Luego respiró más hondo, se removió un poco y, finalmente, levantó la cabeza con gesto desorientado. Parpadeó varias veces, le costó volver del todo.

—¿Kate…?

—Aquí estoy.

Se incorporó despacio, llevándose una mano a la frente.

—Me duele todo.

—Normal —le respondí con una pequeña media sonrisa—. Anoche bebiste como si no hubiera mañana.

Soltó una exhalación cansada.

—No lo recuerdo todo.

—No hace falta.

Se quedó unos segundos en silencio, observando el sofá e intentando reconstruir cómo había llegado hasta ahí. Luego me miró de nuevo, esta vez más consciente.

—Te quedaste.

—Te lo dije.

Asintió despacio, pero no respondió enseguida. Se apoyó en el respaldo del sofá, todavía algo rígido, y se desperezó levemente.

—No debería haberte llamado estando en ese estado.

—Ya está hecho.

—No es excusa.

—No lo es —admití—. Pero tampoco pasa nada. No las necesitas conmigo.

Se quedó pensativo, con la mirada perdida un momento.

—Tengo que contarte algo.

No lo dijo como quien busca justificar lo ocurrido. Lo dijo como quien ya no puede seguir guardándolo.

Me acomodé un poco mejor, girándome hacia él.

—Te escucho.

Tardó unos segundos en empezar, como si necesitara ordenar todo lo que llevaba dentro.

—Mi padre —dijo al fin— siempre decía que el dinero era lo único que importaba.

No lo miré con sorpresa. Era algo que, en el fondo, ya había intuido.

—Para él, todo lo demás era un estorbo. Especialmente el amor.

Apoyó los codos en las rodillas, entrelazando las manos.

—Decía que el amor te hacía débil, que te distraía, que te volvía vulnerable. Y que, al final, siempre te acababan utilizando si te permitías sentir algo de verdad.

Se quedó callado un instante, con la mirada fija en el suelo.

—Yo crecí escuchando eso todos los días. No como una opinión… como una verdad absoluta.

Respiró hondo.

—Intenté no creerlo.

Levantó la vista hacia mí.

—De verdad que lo intenté.

Asentí muy despacio, sin interrumpirle.

—Cuando conocí a Laura… pensé que podía hacerlo bien.

Su voz no transmitía cariño al pronunciar su nombre. Tampoco odio. Solo un cansancio antiguo.

—Pensé que podía formar una familia. Que podía tener algo distinto a lo que había visto en casa.

Se inclinó un poco hacia atrás, como si el recuerdo pesara.

—Pero Laura… —negó suavemente—. Laura no era distinta. Era incluso más ambiciosa que mi padre.

No hizo falta que dijera más para entenderlo.

—Al principio no lo vi —continuó—. O no quise verlo. Todo funcionaba, todo encajaba… hasta que dejó de hacerlo.

Se pasó la mano por el pelo, despacio.

—Cuando nació Emma, pensé que eso lo cambiaría todo.

Le miré con más atención.

—Pero no fue así.

—No.

Negó, con un gesto duro.

—Para ella, Emma nunca fue una prioridad. Era una pieza más. Algo que podía usar cuando le convenía.

El silencio se hizo patente.

—Cuando nos separamos… —continuó—, empezó a apretarme las clavijas. Con dinero, con amenazas, con todo lo que podía utilizar.

Cerró los ojos un segundo.

—Y ahí fue cuando empecé a pensar que mi padre tenía razón.

No lo dijo con orgullo.

Lo dijo con una especie de derrota.

—Decidí centrarme en los negocios. En lo único que podía controlar. En lo único que no me iba a fallar.

Se quedó mirándose las manos.

—Y juré no volver a enamorarme.

El silencio que siguió fue largo, pero no incómodo.

—Y entonces apareciste tú.

Levantó la vista, esta vez directamente hacia mí.

—Y lo complicaste todo.

Se le escapó una leve sonrisa, cansada.

—No estaba preparado.

Negó despacio.

—Ni de lejos.

Se inclinó un poco hacia delante, apoyando los antebrazos en las piernas.

—En un momento dado… fui amable contigo por interés.

No apartó la mirada.

—Eso es verdad.

Tragué saliva, pero no dije nada.

—Quería que te acercaras. Quería que encajaras en esa imagen que necesitaba para el juicio. Sabía que eras lo que Emma necesitaba… y que eso podía ayudarme.

Su voz no tenía defensa.

Solo honestidad.

—Era una trampa.

El silencio se tensó un poco.

—Para ti.

Bajó la mirada.

—Pero al final… fui yo el que cayó.

Noté cómo algo dentro de mí se removía.

—Porque por el camino… —continuó, levantando la vista otra vez— me enamoré.

No fue una frase dicha por decir.

Fue directa.

—De ti.

El aire pareció detenerse un segundo.

—De tu forma de estar en la casa. De cómo hablabas con Emma. De cómo la mirabas… como si fuera lo más importante del mundo.

Su voz se suavizó ligeramente.

—Como una madre.

Esa palabra se quedó suspendida entre nosotros.

—Cuando su propia madre… —negó—. Cuando su propia madre no la quiere para nada.

Sentí un nudo en la garganta.

—Y yo… —añadió—. Yo no supe qué hacer con eso.

Se pasó la mano por la nuca, tenso.

—Porque todo lo que había aprendido me decía que no debía confiar en lo que estaba sintiendo.

Me miró de nuevo.

—Y aun así… lo sentía.

El silencio se volvió más íntimo.

—Por eso lo hice tan mal —continuó—. Porque intenté controlarlo. Convertirlo en algo útil. Algo que encajara en mi vida sin desordenarla.

Negó con la cabeza.

—Y no funcionó.

Se quedó callado unos segundos, gestionando la entrada del aire en sus pulmones.

—No te ofrecí lo que debía —añadió al final—. No te ofrecí algo real.

Su mirada no se movía de la mía.

—Y lo siento.

No había dramatismo.

No había grandes gestos.

Solo verdad.

Y eso, en ese momento, pesaba más que cualquier otra cosa.

Capítulo 29



Aquella tarde empezó con una llamada que no esperaba.

Yo estaba en la librería, recolocando estanterías, cuando mi móvil vibró en el bolsillo. Lo saqué casi sin mirar, pensando que sería Diana desde la trastienda o algún proveedor pesado.

Pero no.

Oliver.

Me quedé quieta un segundo.

Nos estábamos viendo, pero solíamos quedar por las noches.

No esperaba su llamada.

Deslicé el dedo y contesté.

—¿Sí?

Al otro lado solo había respiración.

Pero no era la de aquella noche.

Era distinta.

—Kate…

Su voz estaba tensa.

Demasiado.

—¿Qué pasa?

Hubo un segundo de silencio.

—Estoy en el colegio de Emma.

Sentí cómo algo se me encogía dentro.

—¿Qué ha pasado?

—No la han recogido.

La frase me golpeó como una piedra.

—¿Cómo que no la han recogido?

—Que nadie ha ido a por ella.

Se me heló la sangre.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace más de una hora.

Cerré los ojos un segundo.

—Voy para allá.

—No hace falta —respondió rápido—. Ya estoy yo.

—Voy igualmente.

No discutió.

Colgué.

—¿Qué pasa? —preguntó Diana, asomándose.

—Emma.

Eso bastó.

Cuando llegué al colegio, el ambiente era extraño.

Demasiado tranquilo.

Demasiado vacío.

Como si todo el mundo se hubiera ido… menos quienes no deberían seguir allí.

Entré y vi a una profesora hablando con Oliver en recepción.

Él estaba de pie, rígido, con las manos tensas a los lados del cuerpo.

No me había visto todavía.

Pero la vi a ella.

Emma.

Sentada en un banco, con la mochila en el suelo, los ojos rojos y la mirada perdida.

Me desmoroné.

—Emma…

Levantó la cabeza al instante.

Y en cuanto me vio, salió corriendo.

—¡Kate!

Se lanzó a mis brazos con una fuerza que me dejó sin aire.

—Cariño…

La abracé fuerte, sintiendo cómo temblaba.

—No venía nadie —dijo, ahogándose—. Nadie venía.

Le aparté el pelo de la cara.

—Ya estoy aquí.

—He esperado mucho…

—Lo sé.

La apreté más.

—Lo sé.

Se agarró a mí como si no quisiera soltarse nunca.

—Todos se han ido… y yo estaba sola.

Noté cómo me ardían los ojos.

—Ya no estás sola.

Oliver se acercó despacio.

—Emma…

La niña no se soltó de mí.

—No quiero irme con mamá.

El silencio se volvió dolor.

La profesora intervino con cautela.

—Señor…

—¿Esto ha pasado más veces? —interrumpió él, sin mirarla siquiera.

—Sí.

—Tres veces esta semana.

Apreté los labios.

Oliver se quedó completamente inmóvil.

—¿Tres?

—Sí.

La profesora respiró hondo.

—Hoy no hemos conseguido contactar con la madre hasta hace unos minutos.

—¿Y dónde está? —preguntó él, con la voz baja.

—Fuera de la ciudad.

—¿Cómo que fuera?

—Nos ha informado de que está de viaje. Ha argumentado que hablará con la persona en quien ha delegado para recoger a Emma, pero eso no es suficiente.

La pequeña volvió a hablar, apretándose contra mí.

—No está nunca.

Cerré los ojos un segundo.

—¿Quién te recoge normalmente? —le pregunté con suavidad.

—A veces una señora… a veces un señor… gente a la que no conozco.

La frase fue clara.

Demasiado clara para una niña.

Oliver bufó.

No dijo nada.

Pero lo entendió todo.

El director apareció poco después.

La conversación se volvió más formal.

Más seria.

—El centro tiene la obligación de informar de estas incidencias —explicó —. Se ha registrado todo.

—¿Se ha comunicado ya? —preguntó Oliver.

—Sí.

—Bien.

Su voz fue seca.

Controlada.

Pero yo lo conocía lo suficiente como para saber que estaba al límite.

Emma tiró de mi mano.

—Quiero ir con papá.

La miré.

—Claro.

—Y contigo.

El nudo volvió.

No respondí.

No podía.

Cuando todo empezó a encauzarse, cuando ya no había dudas de que aquella situación no era un descuido puntual, sino un problema real, nos quedamos un momento en silencio.

Emma sentada entre los dos.

Sujeta a nosotros.

Como con miedo de que cualquiera de los dos desapareciera.

—Vamos a casa —le dijo Oliver, con suavidad.

Ella negó.

—No quiero ir con mamá.

—No vas a ir.

—¿De verdad?

—De verdad.

La niña asintió, más tranquila.

Salimos del colegio.

El aire de la calle parecía distinto.

Más frío.

Más real.

Emma no soltaba mi mano.

Ni la de él.

Íbamos los tres.

En silencio.

Nos detuvimos junto al coche.

Oliver abrió la puerta trasera.

Emma dudó.

—¿Vienes? —me preguntó.

Me miró.

Esa mirada.

No supe qué hacer con ella.

—Sí.

No iba a dejarla.

No esa tarde. Ni ninguna otra.

Se metió en el coche.

Cerramos la puerta trasera.

Y entonces nos quedamos los dos solos frente a frente.

Sin nadie más.

Sin ruido.

Sin excusas.

—Lo sabías —le dije en voz baja.

No era una pregunta.

Él no respondió enseguida.

—Lo temía.

Levantó la mirada hacia mí.

—Pero no pensé que fuera tan rápido.

Tragué saliva.

—Por eso temías tanto que le dieran la custodia.

No lo negó.

—Sí.

—Ahora ya no se trata de ti y de mí —dije al fin.

Su expresión cambió.

—Se trata de ella.

Asintió.

—Siempre se ha tratado de ella.

Respiré hondo.

Sin dudas.

Sin ruido.

—No vas a estar solo en esto.

Parpadeó.

—Kate… ¿De verdad vas en serio conmigo? ¿De verdad me has perdonado?

—Voy a ayudarte.

La frase salió firme.

Clara.

Sin titubeos.

—Hasta el final.

Oliver asintió despacio.

—Gracias.

Desde el asiento trasero, Emma habló:

—¿Ya nos vamos?

Nos miramos un segundo.

Y esta vez, sin dudas, respondimos los dos a la vez:

—Sí.

Llegamos los tres juntos a casa.

Emma no soltaba mi mano. La llevaba apretada, balanceándose entre nosotros con esa energía que lo llenaba todo, hablando sin parar desde que salimos del colegio, saltando de una cosa a otra, riéndose, mirándonos como si necesitara comprobar cada pocos segundos que aquello era real.

—Hoy cenamos los tres —anunció nada más cruzar la puerta.

—Eso está hecho —le respondí, dejando el bolso en la entrada.

—¿Pizza? —preguntó ella, girándose hacia Oliver con los ojos brillantes.

Él la miró un segundo y luego me miró a mí, buscando una especie de acuerdo silencioso.

—Pizza —confirmó.

Emma dio un pequeño salto.

—¡Sí!

Se adelantó corriendo hacia la cocina.

Nosotros nos quedamos un segundo en el recibidor, en silencio.

Oliver se acercó lo justo.

—Gracias por venir —murmuró, sin que Emma lo oyera.

Lo miré de reojo.

—No podía dejarte solo en esto.

Entramos en la cocina (en la cual nos dejaron a nuestras anchas tras un gesto por parte de Oliver) y Emma ya estaba subida en una silla, mirando los ingredientes, en modo "misión importante".

—Yo ayudo —dijo, muy seria.

—Claro que ayudas —le respondí, acercándome—. Pero sin desordenarlo todo.

—No prometo nada.

Se me escapó una risa. Me acordé de Elizabeth y de Diana. Me acordé de esos ratos imborrables amasando pizza, y pensé que también deseaba vivir momentos así con ellos.

Empezamos a preparar la pizza. No fue nada elaborado, pero tenía algo especial. Emma insistía en participar en todo, en poner ingredientes, en mezclar, en decidir dónde iba cada cosa. Yo la guiaba, corrigiéndola con paciencia, y Oliver se movía alrededor, más atento que otras veces, interviniendo cuando hacía falta, observando mucho.

—Así no, cariño —corregí a Emma en un momento, apartándole la mano con suavidad—. Si lo haces así, no va a servir para nada.

—Vale —respondió, concentrada—. Así mejor.

—Mucho mejor.

Oliver nos miraba en silencio, con una expresión distinta, más… presente.

Cuando metimos la pizza en el horno, Emma se sentó en la encimera y empezó a contarme algo del colegio, gesticulando, riéndose sola a ratos. Yo la escuchaba, asentía, le preguntaba, y en algún momento noté la mirada de Oliver sobre nosotras.

Levanté la vista.

Seguía ahí.

Observando.

No con distancia.

Con algo que ya no escondía.

La cena transcurrió entre risas, comentarios tontos y esa sensación ligera que hacía tiempo no aparecía en la casa. Emma charlaba por los codos, pero no importaba. Era justo lo que hacía falta.

Cuando terminó, se apoyó en mí.

—Tengo sueño.

—Normal —le respondí, acariciándole el pelo—. Ha sido un día intenso.

—Subimos los tres —decidió.

—Los tres —repitió Oliver, sin discutir.

Subimos.

Ella iba en medio otra vez, cogida de nuestras manos, arrastrándonos con naturalidad hacia su dormitorio.

Se puso el pijama sin protestar, algo que me sorprendió, y se metió en la cama enseguida.

—Cuento —pidió, señalando el libro de la mesilla.

—Corto —negocié.

—Medio.

—Medio.

Me senté a un lado de la cama y Oliver al otro. Empecé a leer y, a mitad, él continuó. Emma miraba de uno a otro, tranquila, relajándose poco a poco.

Su respiración se fue haciendo más lenta.

Su mano buscó la mía bajo la sábana.

Se la apreté con suavidad.

Cuando terminé el cuento, cerré el libro despacio.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches… —murmuró, ya casi dormida.

Oliver se inclinó y le besó la frente.

—Duerme.

Apagamos la luz, dejando solo la tenue de la mesilla.

Salimos en silencio.

Nos quedamos en el pasillo unos segundos.

El ambiente era distinto.

Más quieto.

Más real.

Oliver fue el primero en hablar.

—Gracias.

Me giré hacia él.

—No me des las gracias.

—Tengo que hacerlo.

Su tono era firme, pero agradable.

—Por hoy. Por cómo has estado. Por cómo estás con ella.

No respondí enseguida.

—No es solo por Emma —añadió.

Eso me hizo mirarlo de verdad.

Se acercó un poco más, sin invadir, pero dejando claro que esta vez no iba a esconderse detrás de nada.

—No quiero que te vayas.

La frase salió sin rodeos.

—No esta noche.

Tragué saliva.

—Oliver…

—Ni ninguna otra.

No apartó la mirada.

—Quiero que te quedes conmigo. De verdad. Sin historias raras, sin lo de antes.

Se pasó la mano por la nuca, tenso.

—Quiero que vivamos juntos.

El silencio se cargó de sentido.

Su voz bajó un poco.

—Quiero que estés conmigo en todo esto. Para recuperar a Emma del todo. Para darle estabilidad. Pero también porque…

Se detuvo un segundo, buscando las palabras.

—Porque te quiero.

No sonó forzado.

Sonó asumido.

—Y quiero hacerlo bien contigo.

Me quedé en silencio.

No era una decisión pequeña.

—Esto no se arregla en dos días —dije al fin.

—Lo sé.

—Y tienes muchas cosas que cambiar.

—Lo sé.

No dudó.

Ese matiz me hizo respirar distinto.

Nos quedamos mirándonos unos segundos.

Luego miré hacia la puerta de Emma.

Y entendí.

—Me quedo —concedí.

Él asintió, sin prisa, sin presión.

—Gracias.

Negué suavemente.

Ambos sabíamos por qué era.

Y esta vez, no daba miedo.

Capítulo 30



Habían pasado varias semanas.

Semanas intensas, medidas casi al milímetro entre rutinas, informes, reuniones con abogados y una convivencia que, poco a poco, había dejado de sentirse provisional. La casa ya no tenía ese aire contenido de los primeros días; Emma se movía por ella con naturalidad, con seguridad, y yo había dejado de sentir que estaba ocupando un espacio prestado.

Aquella mañana, sin embargo, todo volvía a tensarse.

Nos levantamos temprano. Emma estaba más callada de lo habitual mientras desayunábamos, removiendo la leche sin demasiado interés.

—¿Estás bien, mi niña? —le pregunté, apoyando una mano en su espalda.

Asintió.

—Sí.

Pero no sonó convencida.

Oliver la observó en silencio unos segundos antes de intervenir.

—Hoy solo tienes que decir la verdad —le recordó, con un tono calmado —. Nada más.

Emma levantó la vista.

—¿Y si me pongo nerviosa?

—Te pondrás —respondió él—. Y no pasa nada.

Intervine.

—No estás sola. Recuerda eso. Tu papá y yo estaremos contigo.

Eso pareció tranquilizarla un poco. Se apoyó ligeramente en mí y terminó el desayuno en silencio.

Salimos los tres juntos hacia el juzgado.

El trayecto no fue cómodo, con conversaciones cortas, miradas que decían más que las palabras. Oliver iba serio, concentrado, pero no distante. De vez en cuando miraba por el retrovisor a Emma, como comprobando que seguía ahí, que todo seguía en su sitio.

Cuando llegamos, el ambiente ya estaba cargado.

Abogados, familias, murmullos, tensión en el aire.

Laura estaba allí.

Con su nueva pareja.

El fiscal.

Los dos impecables, seguros, con esa actitud de quien cree tener el control de la situación. Ella me miró apenas un segundo, lo justo para reconocerme, pero sin detenerse. Su atención estaba puesta en Oliver.

Y en Emma.

Emma se pegó un poco más a mí.

—No quiero hablar con ella —murmuró.

—No tienes que hacerlo —le respondí en voz baja.

Oliver se acercó a su lado.

—Estamos contigo.

La vista comenzó puntual.

Entramos en la sala y nos sentamos donde nos indicaron. Emma iba entre nosotros, con la espalda recta, intentando parecer más mayor de lo que era.

El juez repasó los datos iniciales y dio paso a las intervenciones.

El abogado de Laura empezó con el mismo discurso que ya conocíamos, pero algo había cambiado. Se notaba en el tono, en las pausas, en las miradas. Ya no había la misma seguridad.

Y pronto se entendió por qué.

El abogado de Oliver tomó la palabra.

Con calma.

Sin teatralidad.

Pero con precisión.

—Señoría, en la vista anterior se presentó una imagen del señor Oliver Hale completamente distorsionada, basada en afirmaciones que hoy podemos acreditar que no se corresponden con la realidad.

Se escuchó un leve murmullo en la sala.

—Durante estas semanas se han recabado pruebas documentales, testimonios y datos económicos que ponen en evidencia no solo la falta de fundamento de aquellas acusaciones, sino la intención clara de manipular el procedimiento.

Laura se removió en su asiento.

Su pareja, a su lado, frunció el ceño.

El abogado continuó, desgranando uno a uno los puntos. Informes del colegio, declaraciones del personal de la casa, registros de actividad diaria, incluso detalles económicos que empezaban a dibujar un escenario complicado para Laura.

—La madre de Emma ha percibido ya una cantidad considerable en concepto de manutención —añadió—, cantidad que, según los movimientos bancarios aportados, ha sido destinada a gastos que nada tienen que ver con el bienestar de la menor.

El silencio en la sala se hizo más patente.

Laura intervino, intentando defenderse.

—Eso no es cierto…

—Señoría —interrumpió el abogado con firmeza—, los extractos están a su disposición.

El juez revisó los documentos con atención.

Y entonces llamaron a declarar a la directora del colegio.

Entró con serenidad, saludó y se sentó.

—Conoce a la menor desde hace varios años —comenzó el juez—. ¿Podría indicar cómo es la situación?

La directora habló con claridad.

—Emma es una niña equilibrada, con buen rendimiento académico y una adaptación adecuada a su entorno. En las últimas semanas hemos observado una mejora notable en su estado emocional.

—¿A qué lo atribuye?

—A la estabilidad en su entorno familiar actual —respondió—. A la presencia constante de su padre y de la persona que actualmente convive con ellos.

Sentí cómo Emma apretaba mi mano.

—¿Ha detectado signos de desatención por parte del padre?

—En absoluto.

El abogado de Laura intentó intervenir, pero la respuesta fue firme.

—No.

Aquello pesó.

Y mucho.

Finalmente, llegó el momento más delicado.

—Señoría —dijo el juez—, escucharemos a la menor.

Emma me miró.

—Tranquila —le susurré.

Se levantó, tratando de controlar el paso, y se sentó donde le indicaron.

—Emma —dijo el juez con tono amable—, queremos saber cómo te sientes y con quién te gustaría vivir.

Hubo un segundo de silencio.

Emma respiró hondo.

—Quiero vivir con mi padre.

La frase fue clara.

Sin titubeos.

—¿Por qué?

Emma dudó un instante, pero se mantuvo firme.

—Porque él y Kate, su novia, me cuidan y están conmigo. No se olvidan de mí.

Se le quebró un poco la voz, pero continuó.

—Y porque siento que a mi madre no le importo.

El silencio en la sala fue total.

El juez tomó nota.

Laura bajó la mirada.

Su pareja se movió en su asiento, negando con la cabeza.

Emma volvió a mirarnos antes de levantarse.

La vista se dio por finalizada poco después.

El juez se retiró unos minutos.

Nadie habló.

El aire era expectante.

Cuando regresó, todos nos pusimos en pie.

—Tras revisar las pruebas aportadas y escuchar a las partes —comenzó—, este tribunal considera que el entorno más adecuado para la menor es el proporcionado por su padre.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso.

—Se concede la custodia al señor Oliver Hale sin perjuicio de que se deduzca testimonio de la parte contraria en orden a dilucidar la posible actuación de mala fe que pudiera haberse llevado a cabo.

Varapalo total para Laura y su novio, quienes se habían metido solos en un buen lío.

No escuché el resto.

Emma se abrazó a él.

—¡Papá!

Oliver la sostuvo con fuerza, cerrando los ojos un segundo.

Yo me quedé quieta, con las lágrimas cayendo sin darme cuenta.

Laura protestó.

Su pareja intentó intervenir.

Pero ya no tenían el mismo peso.

Habían perdido.

Y no solo la custodia. A ambos podría costarles un buen disgusto su proceder. Y, en concreto, él se estaba jugando su carrera.

Salimos del juzgado los tres juntos.

Emma en medio.

Agarrándonos a los dos.

—Estoy muy, muy contentaaaaaaaaaaaa —se alargó con voz cantarina.

Oliver la miró.

Luego me miró a mí.

Y en sus ojos había algo que no había estado nunca tan claro.

Esta vez, todo estaba en su sitio.

Si alguien me hubiera dicho semanas atrás que iba a estar en el suelo de la habitación de Emma, cubierta de pintura hasta los codos y riéndome sin parar, no me lo habría creído.

Y, sin embargo, ahí estaba.

—No, no, no… eso no es un sol, eso es una patata —le dije, señalando el círculo amarillo que la pequeña acababa de dibujar en la pared.

—¡Es un sol! —protestó ella, con el pincel en alto y una mancha de pintura en la mejilla—. Es moderno.

—Ah, perdona. Entonces no he dicho nada.

Se echó a reír.

—Tú tampoco sabes pintar.

—Oye, que yo tengo estilo.

—Tienes cara de tenerlo.

Le lancé una mirada fingidamente ofendida.

—Eres una insolente.

—Pero me quieres.

—Eso sí.

Nos miramos un segundo… y las dos nos echamos a reír.

La habitación había dejado de ser aquel espacio excesivamente ordenado y sobrio que encontré el primer día. Ahora tenía color, dibujos, pegatinas, estanterías con libros elegidos por ella, cojines en el suelo, una alfombra nueva que habíamos ido a buscar juntas. Había vida.

Mucha.

—Papá dijo que podía pintar lo que quisiera —añadió Emma, volviendo a concentrarse en la pared.

—Y ha sido un error darte tanto poder —la chinché.

—No, ha sido una gran idea.

—Eso lo dices tú.

Me acerqué y añadí un trazo azul al lado de su “sol moderno”.

—Esto es un cielo de verdad.

—Eso es un borrón.

—Eso es arte.

—Eso es raro.

—Eso es original.

Nos quedamos mirándolo unos segundos.

—Vale, me gusta —admitió al final.

—Normal.

El ambiente en la casa había cambiado por completo.

No era solo la habitación de Emma.

Era todo.

Se notaba en los pasillos, en el salón, en la forma en la que sonaba la casa a ciertas horas. Ya no había ese silencio rígido, esa sensación de estar siempre midiendo cada gesto. Ahora había movimiento, conversaciones, música de fondo, puertas que se abrían y se cerraban sin tensión.

Y, sobre todo, había una diferencia clara en Oliver.

No fue de un día para otro, ni de manera espectacular, pero sí constante.

Una de las cosas que más me sorprendió fue lo que hizo con el servicio.

Una tarde, simplemente los reunió a todos en el salón.

Yo no estuve presente, pero me lo contaron después, y él mismo lo confirmó más tarde con una naturalidad que me dejó sin palabras.

Pidió disculpas.

Sin excusas.

Sin justificarse.

—Sé que no he sido justo con vosotros —les dijo—. Y quiero cambiar eso.

Así, tal cual.

Y no se quedó ahí.

Escuchó.

De verdad.

Aceptó miradas que asentían, silencios, incluso algún comentario que no era precisamente amable. Pero no se defendió. No levantó la voz. No cerró la conversación.

Y eso, en alguien como él, decía mucho.

A Lucy también la llamó.

Eso sí lo viví de cerca, porque me lo contó ella misma esa misma noche.

—No te lo vas a creer —me dijo al teléfono, entre risas—. Me ha llamado.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Tu chico.

—No es “mi chico”.

—Llámalo como quieras.

—¿Y qué quería?

—Que volviera.

Me quedé en silencio un segundo.

—¿En serio?

—Sí. Tal cual. Me pidió disculpas y me ofreció volver a trabajar allí.

—¿Y?

—Le dije que no.

No me sorprendió del todo.

—¿Por qué?

—Porque estoy bien donde estoy —respondió con total tranquilidad—. Y porque no quiero volver a un sitio que me hizo sentir mal, aunque ahora las cosas sean distintas.

Asentí, aunque no pudiera verme.

—Tiene sentido.

—Pero le dije una cosa.

—¿Qué?

Se quedó un segundo en silencio antes de responder.

—Le dije que, con que cuide de ti, ya es suficiente para mí.

Noté cómo se me aflojaba algo por dentro.

—Lucy…

—Es verdad —añadió—. Yo ya estoy bien. Ahora te toca a ti estarlo.

Volví al presente cuando Emma me salpicó con el pincel sin querer.

—¡Eh!

—Perdón… —dijo, aunque se estaba riendo.

—Te vas a enterar.

Cogí un poco de pintura con el dedo y le dejé una marca en la nariz.

—¡Kate!

—Justicia.

—Eso no es justo.

—Es equilibrado.

Nos quedamos mirándonos y volvimos a reír.

Me senté en el suelo, apoyando la espalda en la pared recién pintada.

Emma se dejó caer a mi lado, con el pincel aún en la mano.

—Me gusta así —dijo, mirando alrededor—. Es más bonita.

—Es más tuya.

Asintió.

—Y tú estás aquí.

La miré.

—Sí.

—Y papá también.

—También.

Se apoyó en mi hombro.

—Entonces está todo bien.

No respondí enseguida.

Pero esa frase no sonaba ingenua.

Sonaba posible.

Capítulo 31



Nuestra madre y Diana nos invitaron a pasar un domingo con ellas en la casa del abuelo Arthur.

Emma ya había estado en la librería, pero en la casa entró con esa curiosidad suya, inspeccionando cada rincón minuciosamente. Nada más cruzar la puerta, Diana apareció desde el salón con una sonrisa enorme.

—¡Hombre, pero si tenemos visita VIP!

Emma se lanzó a abrazarla sin pensarlo.

—¡Diana! —exclamó—. Sigo leyendo el libro que me regalaste.

Diana se apartó un poco, sorprendida y encantada a la vez.

—¿En serio?

—Sí. Todas las noches.

—Entonces ha sido el mejor regalo del mundo.

—Lo es.

Me complacía mucho saber que ese libro, que tan importante fue para mi hermana y para mí, hiciera ahora las delicias de Emma.

Se miraron un segundo más, con esa conexión inmediata que tenían desde el primer día.

Nuestra madre salió de la cocina en ese momento, con el delantal puesto y las manos todavía húmedas.

—¿Quién está haciendo tanto ruido?

Se detuvo al vernos.

—Bueno… pues parece que la casa se anima.

Emma se acercó con una sonrisa más tranquila que la de antes.

—Hola, Elizabeth.

Ella se inclinó y la abrazó con cuidado, con una suavidad que ya no era impostada.

—Hola, cariño.

Oliver saludó desde detrás, relajado.

—Gracias por invitarnos.

—Es un placer —respondió ella.

Entramos al salón, y Emma empezó a recorrerlo con atención. Yo la seguí, dejándola observar, tocar, preguntar.

—¿Aquí leías? —me preguntó, señalando el sofá.

—Aquí, arriba, en todas partes —le respondí—. Esta era mi casa.

Se sentó en el suelo, mirando alrededor.

—¿Y con Diana?

—Con Diana.

Diana se dejó caer a su lado.

—Y nos peleábamos muchísimo.

—Mentira —repliqué.

—Verdad.

—Bueno, un poco.

Emma se rio.

—¿Y qué hacíais?

Me senté frente a ellas.

—De todo. Leíamos, inventábamos historias, jugábamos a que la casa era un castillo, una nave espacial, lo que se nos ocurriera ese día.

—Y yo siempre mandaba —añadió Diana.

—Eso también es verdad.

Emma apoyó los codos en las rodillas, interesada.

—¿Y Elizabeth?

Se giró hacia nuestra madre, que nos observaba desde la puerta, en silencio.

Me levanté y me acerqué un poco a ella.

—Elizabeth era la madre más divertida del mundo. De hecho, era ella quien nos animaba a inventar todo eso. No te puedes imaginar cuánto nos hacía soñar con la imaginación —recordé.

Ella había vuelto, no por necesidad. Ejercía de madre responsable, llevaba su medicación a raya y se había convertido en un personaje insustituible en la librería.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondí, mirándola de frente—. Nuestra infancia no hubiera sido la misma sin tus historias, llenas de color y alegría.

Se quedó quieta.

Noté cómo se le llenaban los ojos.

Emma se levantó y se acercó a ella.

—¿Me cuentas una?

Ella dudó un segundo. Solo uno.

Luego respiró hondo y sonrió.

—Vale. Pero esta va a ser nueva.

Se sentó en el sofá, y Emma se acomodó a su lado. Diana y yo nos quedamos frente a ellas, casi sin movernos.

—Había una vez una niña que vivía en una casa donde todo parecía normal… —empezó.

Su voz cambió ligeramente. Más cálida, más viva.

—Pero esa niña tenía un don que nadie más tenía.

Emma abrió los ojos.

—¿Cuál?

—Podía escuchar lo que las paredes recordaban.

Emma se quedó completamente quieta.

—¿Las paredes?

—Sí. Porque las casas guardan historias. Y esta niña podía oírlas todas.

Se acercó un poco más a ella.

—Y un día, mientras caminaba por el pasillo, escuchó algo muy importante.

—¿Qué?

—Una historia que hablaba de ella.

Emma se llevó una mano al pecho.

—¿De mí?

—De ti —confirmó la improvisada narradora—. Porque esa niña eras tú.

Emma no parpadeaba.

—La historia decía que eras valiente, aunque a veces tuvieras miedo. Que sabías querer muy bien, incluso cuando no sabías cómo explicarlo. Y que tenías la capacidad de hacer que las personas a tu alrededor fueran mejores.

El silencio en la habitación era absoluto.

—Y también decía que encontrarías un lugar donde todo encajaría —continuó—. Un lugar donde podrías ser tú sin tener que demostrar nada.

Emma sonrió despacio.

—¿Y lo encontró?

La miró con ternura.

—Sí. Lo está encontrando.

Emma soltó el aire, emocionada.

—Es una idea muy chula.

—Espera, que no he terminado. Pues bien, esa niña tenía una capa…

Cuando por fin terminó, se lanzó a abrazarla.

—Quiero más historias, Elizabeth.

Nuestra madre rio entre lágrimas.

—Las tendrás.

Yo no pude evitar acercarme y abrazarlas también.

—Eras así —le susurré—. Siempre.

Ella cerró los ojos un segundo.

—Gracias por recordármelo.

La tarde pasó entre conversaciones, café, risas y esa sensación de casa que ya no dolía.

Emma se movía con naturalidad, pasando de una a otra, enseñando cosas, preguntando, escuchando. Oliver se integraba sin esfuerzo, hablando con ellas, observando, dejando espacio.

En un momento, mientras Emma estaba enseñándole algo a Diana en el pasillo, nuestra madre se acercó a nosotros.

—Tengo una idea.

La miré, curiosa.

—A ver.

Se apoyó en el respaldo del sofá.

—Quiero que nos dejéis a Emma un fin de semana.

Parpadeé.

—¿Aquí?

—Aquí.

Oliver intervino con calma.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Su voz era firme.

—Quiero que pasemos tiempo con ella. Conocerla mejor. Que Diana la conozca. Y… —hizo una pequeña pausa— quiero que vosotros tengáis tiempo para disfrutar a solas.

Diana apareció detrás.

—Yo también voto a favor.

Emma asomó la cabeza.

—¿De qué habláis?

—De que te secuestramos un fin de semana —le respondió Elizabeth.

Emma abrió los ojos.

—¿Con historias?

—Con muchas historias.

—¿Y galletas?

—También.

Emma me miró.

—¿Puedo?

La miré.

Luego miré a Elizabeth y a Diana.

Y asentí.

—Claro que puedes.

Emma dio un pequeño salto.

—¡Sí!

Oliver me miró de reojo.

—Parece que tenemos plan.

Sonreí.

—Parece que sí.

Elizabeth nos observó a los dos, satisfecha.

—Confía en nosotras.

La miré.

Y esta vez, sin dudar, lo hice.

Capítulo 32



Llegamos a París la noche anterior, con esa sensación rara de estar escapándonos de nuestra propia vida sin que nadie nos persiguiera. Aún llevaba en el cuerpo la emoción del viaje, pero me desperté temprano igualmente, más por los nervios que por el ruido de la calle. La luz entraba por las cortinas del hotel con un tono suave y por un segundo me quedé quieta, escuchando el silencio.

Oliver dormía boca arriba, con el ceño relajado por primera vez en semanas. Tenía el brazo fuera de la sábana, la mano abierta, como si incluso dormido estuviera intentando soltarse de algo. Me incorporé despacio, lo miré un momento y sonreí sin querer.

Me oyó moverse.

—¿Qué hora es? —murmuró, sin abrir del todo los ojos.

—Temprano.

—Eso no es una hora.

—Es la hora de París —le respondí, con toda la autoridad del mundo.

Oliver soltó una exhalación que sonó casi a risa.

—No sabía que París tuviera *horario propio.*

—Lo tiene —repliqué—. Funciona por croissant.

Se giró un poco hacia mí, más despierto ya.

—¿Plan?

Me encogí de hombros, fingiendo calma.

—Plan chulísimo. Pero tienes que seguirme.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa.

Se incorporó despacio, mirándome como sin terminar de creerse que estuviéramos allí.

—¿De verdad estamos en París tú y yo solos?

—De verdad —le aseguré, señalando la ventana—. Mira, hasta la luz parece que ilumina en francés.

Se levantó y se acercó a la ventana. Se quedó unos segundos mirando la calle, el movimiento temprano, esa mezcla de calma y vida que la ciudad tenía incluso cuando aún no se había llenado del todo.

—Necesitaba esto —admitió, sin mirarme.

Me acerqué por detrás y apoyé la frente en su espalda.

—Yo también.

Bajamos a desayunar y nos sentamos en una mesa pequeña junto al impresionante ventanal. *Pedimos café, croissants*, algo salado porque yo no podía vivir únicamente de mantequilla y azúcar, y en cuanto llegó la bandeja, Oliver me miró con una seriedad casi solemne.

—Si Emma pudiera ver esto, te exigiría que le trajéramos diez.

—Emma exigiría que le trajéramos la panadería entera —le contesté, llevándome el café a los labios—. Y luego diría que el panadero le cae bien y

que lo adoptemos.

Oliver sonrió, esa sonrisa suya que me gustaba porque parecía ganada, no automática.

—¿Qué hacemos primero?

Saqué el móvil y enseñé el mapa.

—Hoy vamos a hacer de turistas corrientes y molientes.

—Tú no tienes nada de corriente, preciosa. Si estuviésemos en la suite, se me ocurrirían múltiples formas de demostrártelo.

—Te sugiero que no sigas por ahí si quieres que hagamos turismo más allá de la suite.

Tras debatirlo entre carcajadas, finalmente salimos a la calle y el aire de la mañana nos espabiló del todo. Caminamos sin prisa, pegados, rozándonos a veces con el hombro, riéndonos cuando nos dábamos cuenta de que íbamos sincronizados sin querer. Yo me paraba en cada esquina a mirar algún detalle y él, en lugar de impacientarse, me esperaba con una calma nueva.

La primera parada fue el Louvre. No entramos con la idea de verlo todo porque eso era una fantasía y yo no estaba para sufrir por arte. Entramos, sí, y nos perdimos un poco, porque era imposible no hacerlo. Al pasar por las salas, Oliver miraba los cuadros con esa concentración silenciosa suya, y yo me dedicaba a observarle a él, disfrutando de verlo sin el peso de la casa, sin el peso de un juicio, sin el peso de las paredes.

—¿Te gusta? —le pregunté en una sala enorme, frente a un cuadro del tamaño de una pared.

—Me impresiona —respondió—. No por lo que es, sino por lo que alguien decidió hacer para que existiera.

Lo miré, sorprendida.

—Mira quién se nos ha puesto poético.

Oliver ladeó la cabeza, guiño de ojo incluido.

—No exageres.

Se le escapó una risa, corta, sincera, y me cogió la mano sin decir nada más. Seguimos caminando así, entre salas, escaleras, gente y ese murmullo constante que parecía parte del museo.

Después salimos al exterior y nos fuimos hacia el Sena. El agua tenía un brillo suave, y los puentes estaban llenos de gente con cámaras, pero no se sentía agobiante. Caminamos junto al río, mirando a los vendedores, a los barcos, a los árboles que aún no terminaban de desnudarse del invierno.

—Esto sí que es un descanso —dije, dejando que el aire me llenara el pecho.

Oliver asintió.

—No sabía que me hacía falta hasta que he dejado de apretar los dientes.

Le miré de reojo.

—¿Ves? Te estoy curando.

—Tú no curas, tú desordenas.

—Exacto. Te desordeno para que no sigas funcionando como un robot con traje.

Pasamos por la zona de Notre-Dame, la vimos desde fuera, sin prisa, hablando bajo por respeto y porque el lugar te pedía ese tono.

Almorzamos en una magnífica terraza. Pedimos algo sencillo, brindamos con una copa, y cuando Oliver levantó la suya, me sostuvo la mirada.

—Gracias —dijo.

Puse los ojos en blanco, pero sonreí.

—Te he dicho que no me des las gracias por respirar.

—No es por respirar.

—Entonces por qué.

Bajó un poco la copa.

—Por creer en mí cuando te di motivos para salir corriendo para siempre.

Choqué mi copa con la suya.

—No lo hice por ti. Es que concluí que habría sido demasiado cansado. Correr para siempre… Qué paliza —me burlé.

Por la tarde subimos a Montmartre. Allí me dejé llevar del todo: las calles empinadas, las escaleras, la gente dibujando, la música en una esquina… Oliver me siguió sin protestar cuando me paré a mirar un puesto de ilustraciones, cuando decidí comprar una postal cualquiera, cuando me empeñé en que nos hiciéramos *un selfi* "normal" y terminamos riéndonos porque ninguno salía normal. En todos y, en contra de lo serio que un día me pareció, Oliver me hacía reír hasta que se me veía la campanilla.

Entre risas, me atrapó los labios, rápido, discreto, pero cargado de intención.

—Eres un peligro —murmuró.

—Lo sé.

Llegamos al atardecer a la Torre Eiffel. No hice el drama de "es preciosa" porque París no necesitaba que yo le dedicara frases grandes para ser París. Me quedé mirando las luces encenderse poco a poco, el cielo oscureciéndose, la gente a nuestro alrededor con esa misma cara de estar viendo algo que no cansa.

Se colocó a mi lado, pegando su brazo al mío.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy… estoy sintiendo que esto es magia —le respondí, sorprendida de mi propia palabra—. Y me da miedo hasta decirlo, por si se rompe.

—No se rompe —dijo él, con una firmeza suave—. Si se rompe, lo arreglamos.

Le miré.

—¿Eso lo has aprendido hace poco, no?

—Lo estoy aprendiendo —corrigió.

Me reí, bajito.

—Eso me gusta más.

Cenamos en un sitio pequeño, con luz cálida y mesas pegadas, donde el camarero nos recomendó un vino y Oliver, en un gesto que me hizo gracia, obedeció sin discutir. Hablamos de todo y de nada y, sobre todo, proyectamos. Oliver se fue soltando con cada minuto, y yo me di cuenta de que me gustaba verle así: humano, presente, sin esconderse detrás de la dureza.

Al volver al hotel, caminamos despacio, sin prisa por llegar. París seguía viva, con farolas, con risas, con ese ruido que parecía música de fondo.

Subimos, cerramos la puerta, y esa noche no necesitó fuegos artificiales. Ya los habíamos tenido durante todo el día: en las risas, en el aire frío, en su mano buscándome sin esfuerzo, en la tranquilidad que, por una vez, no dolía.

—No te muevas —exigió de pronto.

Le miré, divertida.

—¿Eso es una orden?

—Es una petición… con intenciones.

Se acercó a la pequeña mesa, cogió su móvil y, sin decir nada más, puso una canción. Los primeros acordes llenaron la habitación con suavidad.

“Lose Control” de Teddy Swims.

Levanté una ceja.

—Vaya elección.

—Confía —respondió, tendiéndome la mano.

La acepté.

No sé en qué momento empezamos a movernos, pero lo hicimos. Despacio. Sin coreografía. Sin pensar demasiado en si tenía sentido. Solo nos dejamos llevar por el ritmo, por el silencio entre nosotros, por esa cercanía que ya no necesitaba justificarse.

Oliver me colocó una mano en la cintura, firme, segura. Yo apoyé la mía en su hombro. Nos balanceamos apenas, lo justo para sentirnos el uno al otro.

—No sabía que bailabas tan bien —murmuré.

—No bailo bien.

—No opino igual.

Sonrió, muy cerca.

—Contigo hago siempre lo que con el resto, nunca.

Noté cómo algo dentro de mí se aflojaba aún más.

Giró ligeramente, haciéndome dar una vuelta que terminó en una risa mía apoyada en su pecho, pues perdí el equilibrio.

—Eso ha sido lamentable.

—Ha sido encantador —corrigió.

—Eres muy optimista.

—Estoy en París. Tengo derecho.

Nos quedamos quietos un segundo, la música avanzando, su mano aún en mi cintura, la mía en su pecho, sintiendo su respiración bajo la tela de la camisa.

Y entonces cambió algo.

No fue brusco. Fue lento. Como si ambos lo supiéramos antes de que ocurriera.

Oliver deslizó la mano un poco más arriba, rozando mi espalda. Yo levanté la mirada y la encontré con la suya. Más intensa. Más presente.

—Kate… —murmuró.

No respondió a nada. No preguntó nada.

Se inclinó despacio y me besó.

No fue un beso apresurado. Fue uno de esos que empiezan suaves y se quedan un segundo más de lo necesario, tratando de comprobar que el otro sigue ahí. Sus labios se movieron con calma, sin prisa, y yo cerré los ojos, dejándome llevar por la sensación.

Sentí cómo su mano subía por mi espalda, cómo la otra buscaba la mía y entrelazaba los dedos, cómo su cuerpo se acercaba más al mío.

El aire cambió.

El mundo también.

Se separó apenas, lo justo para mirarme.

—¿Estás bien?

Asentí, con una sonrisa que no podía controlar.

—Demasiado. Pero siempre me lo preguntas.

—Es que siempre necesito escuchártelo.

Volvió a besarme, esta vez con más profundidad. Noté cómo sus manos empezaban a recorrerme con cuidado, memorizando cada gesto, cada acción.

Cuando sus dedos rozaron el borde de mi vestido, mi respiración cambió sin que pudiera evitarlo.

—Oliver… —susurré.

—Shh… —murmuró contra mi piel.

Sus labios bajaron despacio por mi cuello, dejando un rastro cálido que me hizo cerrar los ojos otra vez. Me apoyé más en él, dejando que me sostuviera, que marcara el ritmo, que me guiara hacia el olimpo del placer.

Sentí cómo el vestido empezaba a deslizarse por mis hombros.

Despacio.

Sin urgencia.

El contacto de su piel contra la mía fue un choque suave y a la vez intenso. Noté el contraste del aire, el calor de sus manos, la cercanía de su cuerpo, y algo dentro de mí se encendió de una forma increíblemente real.

—No pares —murmuré, casi sin voz.

Él no lo hizo.

Sus manos siguieron explorando, con esa mezcla de ímpetu y deseo que me desarmaba. Sus labios volvían a buscarme, a perderse, a encontrarme otra vez, y yo me aferré a él sin pensar, dejándome llevar completamente.

El mundo se redujo a eso.

A su respiración.

A la mía.

A la piel.

A la sensación de que todo lo que habíamos contenido durante tanto tiempo estaba saliendo por fin, sin miedo, sin filtros.

Cuando me levantó en brazos, solté una pequeña risa nerviosa que se perdió enseguida contra su cuello.

Me llevó hasta la cama devorando ya mis labios. Me dejó sobre las sábanas despacio, sin soltarme del todo, manteniendo el contacto, la conexión.

Y cuando volvió a inclinarse sobre mí, ya no había dudas.

Solo deseo.

Solo emoción.

Solo nosotros.

Cada roce era más intenso que el anterior. Cada movimiento, más cercano. Sentía su piel contra la mía, el calor, la presión, la forma en la que me buscaba y me encontraba, y algo dentro de mí empezó a desbordarse.

No era solo físico.

Era todo lo que venía detrás.

Todo lo que habíamos pasado.

Todo lo que estábamos construyendo.

Me aferré a él, notando cómo mi cuerpo respondía sin control, cómo cada sensación se multiplicaba, cómo el mundo desaparecía poco a poco hasta quedarse en un punto exacto donde todo estallaba.

Y cuando llegó ese momento, no fue brusco.

Fue intenso.

Profundo.

Inevitable.

Cerré los ojos con fuerza, respirando entrecortado, sintiendo cómo todo se liberaba a la vez, cómo la emoción y el deseo se mezclaban hasta no saber dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Oliver se quedó conmigo, sin apartarse, respirando cerca, sosteniéndome de una forma que iba más allá de lo físico.

Apoyé la frente en su hombro, todavía sin poder hablar.

—¿Estás bien? —susurró, otra vez.

Sonreí, con los ojos cerrados.

—Ahora sí.

Se quedó en silencio unos segundos.

Luego me besó el pelo, con una suavidad que me desarmó más que todo lo anterior.

Y en esa quietud, con su cuerpo aún cerca del mío, entendí que los fuegos artificiales no estaban fuera, ni en la ciudad, ni en las luces.

Estaban ahí.

En nosotros.

Epílogo



Dos años después, la mañana de la boda olía a calma.

No a esa calma quieta de los días sin planes, sino a la calma llena de sentido, la que llega cuando has trabajado demasiado para merecerte un momento y, al fin, te permites vivirlo.

Me desperté temprano, con la luz entrando en la habitación como un susurro. Nuestra vida anterior quedaba lejos y cerca al mismo tiempo: lejos en calendario, cerca en piel. Me apoyé en la cama un segundo, respirando hondo, y el corazón me dio un pequeño vuelco cuando miré la cuna a un lado.

Arthur (cuyo nombre era un homenaje a nuestro querido abuelo) dormía con los puños cerrados, la boca entreabierta, el flequillo revuelto. Tenía ya más de un año y esa forma suya de ocupar el mundo que me derretía. Creemos que fue concebido en París.

Emma, en cambio, estaba despierta en el sofá. Vestida ya con su faldita de tul y una chaquetita que insistió en elegir ella sola porque, según dijo, “hoy no es un día cualquiera, Kate”.

Cuando me vio incorporarme, abrió los ojos como platos.

—¿Ya es hoy?

—Ya es hoy —susurré.

Saltó del sofá y vino corriendo, frenando justo a tiempo para no tirar nada.

—¿Puedo ver tu vestido?

—Todavía no, cariño.

—¡Por favor!

—Ni una palabra más, señorita.

—Soy la dama de honor.

—Eres la jefa de protocolo —corregí entre risas.

Emma se puso la mano en la cintura, ofendidísima.

—Pues como jefa de protocolo, ordeno que te pongas guapísima.

Me reí, bajando la voz para no despertar al bebé.

—Eso lo tengo previsto.

La ceremonia se celebraría en un sitio que parecía inventado: un jardín privado a las afueras de Londres, con un invernadero de cristal y una pérgola llena de flores blancas y verdes, todo delicado, luminoso, sin excentricidad. El tipo de belleza que se queda grabada en la memoria sin necesidad de excesos.

Y lo elegimos por una razón que me había perseguido desde el principio.

Porque el abuelo Arthur estaría encantado en aquel lugar.

Diana lo intuyó cuando fuimos a verlo, afirmando que a él le fascinaría que me casase allí.

“Esto huele a legado”, soltó, con esa precisión suya que te deja sin réplica.

Y tenía razón. El legado del abuelo no era un objeto. Era una forma de sostenerse. Una manera de reconstruir lo que parecía roto. Era la librería levantándose día a día, las tres juntas, mano a mano, cómplices, riéndonos en mitad del cansancio. Era nuestra madre encontrando su sitio con una serenidad que, si me lo hubieran contado años atrás, no habría creído.

Elizabeth entró en el dormitorio al poco, con ese nervio tan característico de ella que ya no era ansiedad, sino emoción pura. Llevaba un vestido elegante, sencillo, en tonos violeta, y el pelo recogido de un modo que le quedaba increíble.

Se detuvo al verme y se le humedecieron los ojos al instante.

—No me hagas llorar tan temprano —le advertí.

—No me mandes —replicó, y luego me abrazó con tanto cuidado que hubiera jurado que temía arrugarme el alma.

Diana apareció detrás, impecable, con una sonrisa de "yo controlo" que a mí me daba paz y un vestido verde agua que contrastaba con sus preciosos ojos.

—La novia está viva, la niña está viva, el bebé está vivo. Vamos bien. Todo controlado.

—Qué bonito discurso —murmuré.

—Es mi especialidad.

Lucy llegó poco después, con una energía de las que te sube el pulso de solo verla. Mi querida amiga tampoco podía faltar en mi gran día.

Emma asintió, muy seria.

—Estoy supervisando.

Me hicieron sentarme mientras me peinaban y maquillaban. Nada exagerado; quería verme yo. Quería reconocerme. Y, cuando llegó la hora de colocarme el vestido, el mundo pareció detenerse un segundo.

Era blanco, sí, pero no ese blanco duro que te hace sentir disfrazada de pared. Era un blanco suave, con una caída limpia y una espalda delicada que dejaba la piel justo donde debía. La falda tenía movimiento sin ser pesada, y el tejido brillaba lo justo, capturando la luz en lugar de competir con ella.

Cuando me lo puse y me miré al espejo, me quedé quieta.

No porque no me gustara.

Porque me gustaba demasiado.

Y porque, por primera vez, no vi una mujer intentando sobrevivir.

Vi a alguien que había logrado sus metas.

Elizabeth se llevó una mano a la boca.

—Eras preciosa ya de niña —susurró—. Pero ahora…

No terminó la frase. Su gesto lo decía todo.

Diana se acercó por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Vale. Confirmado. Hoy le da un infarto a alguien.

—Eres un encanto —le contesté, sin dejar de mirarme.

—Soy realista.

Emma se acercó y me miró con los ojos enormes.

—Pareces una princesa.

—Soy una novia feliz, pero sin título.

—Pues si quieres uno, dile a papá que te lo regale —sentenció.

Lucy soltó una carcajada.

—Me cae bien esta niña.

—A mí también —dijo Elizabeth, y la abrazó—. La adoro.

Emma la adoraba también. Desde el día que le inventó aquella historia en el sofá, se le quedó pegada al corazón. La peque ya no hablaba de su madre

biológica. No con tristeza ni con rabia. Simplemente… no era un tema. Había aceptado su ausencia y su vida estaba llena de otras presencias. De gente que sí se quedaba.

De hecho, hacía tiempo que el conflicto con Laura y su pareja se había resuelto por la vía judicial y, tras esas decisiones, desaparecieron del mapa de Emma. Sin ruido. Como deben desaparecer quienes solo traen daño. Ella lo tenía superado, porque su mundo ya estaba completo de otra manera.

Bajamos al jardín.

El invernadero brillaba con la luz del mediodía. Había sillas blancas, flores, y una música suave flotando en el aire. Margaret, nuestra vecina, estaba en primera fila con una sonrisa emocionada, y Thomas, el abogado que se había convertido en amigo de la familia con el paso de los años, conversaba con ella con ese orgullo discreto de quien ha visto una historia cerrarse bien.

Y allí estaba Oliver.

Esperándome.

Nada tenso. No tenía esa rigidez antigua. Había aprendido a estar presente, a no esconder lo que sentía. Seguía con sus negocios, sí, pero ya no vivía atado a ellos. Había encontrado un equilibrio que le sentaba bien: menos dureza, más vida. Más casa.

Cuando me vio, se quedó perplejo. Lo vi tragar saliva. Lo vi parpadear rápido.

Y entonces sonrió.

Esa sonrisa suya que parecía un lugar.

Emma iba delante, seria y orgullosa, portando unas flores pequeñas. Cuando llegó a él, le susurró algo al oído. Oliver se inclinó un poco, escuchó… y soltó una risa breve.

Luego me miró otra vez.

Y lo supe.

Todo lo que había dolido, todo lo que había costado, nos había traído exactamente allí.

Caminé hacia él con el corazón latiendo fuerte, pero no por miedo. Por emoción.

Cuando llegué a su lado, me tomó la mano con una delicadeza que nunca habría asociado a él años atrás. Sus dedos temblaban un poco.

—Estás… —empezó.

—Ni se te ocurra soltar una lágrima que saque las mías. Contente —le susurré.

Él soltó una exhalación que fue casi una risa.

—Lo estoy intentando.

Lucy, ya situada al lado de James, levantó un pulgar.

La ceremonia fue sencilla, luminosa. Palabras honestas. Promesas que no sonaban a película, sino a vida real: "estar", "cuidar", "aprender", "volver a elegirte". Diana lloró sin disimular. Nuestra madre también, con el gesto repleto de satisfacción.

Y cuando pronunciamos el "sí, quiero", Emma soltó un "¡por fin!" que hizo reír a todo el mundo.

Oliver me besó con calma.

No como quien gana algo.

Como quien siente que está llegando a casa.

Arthur, en brazos de su abuela, se despertó justo en ese momento y empezó a balbucear. Emma corrió a verlo, derritiéndose.

—Es mi bebé —dijo, acariciándole la mejilla.

Todos se deshicieron a la par.

La celebración siguió con comida, brindis, música y ese tipo de felicidad que se siente en el cuerpo, no solo en la cabeza. Vi a Oliver agradecer a todos los miembros de su servicio, que estaban invitados a la boda, su presencia. Vi a James abrazar a Lucy por detrás mientras mi amiga se reía de algo que solo ella encontraba gracioso. Vi a Margaret y Thomas bailando con una alegría inesperada.

Y vi a Elizabeth observándonos a todos, con lágrimas en los ojos, pero con una sonrisa firme.

Me acerqué a ella.

—Gracias por haber vuelto —le comenté.

Ella negó.

—Gracias a ti por dejarme volver.

Nos abrazamos.

Y, al separarnos, me miró con una seriedad suave.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—¿Qué?

—Construir una familia donde parecía que no iba a quedar nada.

Asentí, emocionada.

—No lo hice sola.

Miré a Oliver, que tenía a Emma en brazos mientras ella le contaba algo al oído, y a Arthur apoyado en su hombro, tranquilo.

Alzó la vista, me encontró, y me guiñó un ojo.

Y supe que, al fin, la historia había terminado exactamente donde debía.

En un lugar maravilloso.

Con la gente correcta.

Con un “sí, quiero” que no era un final.

Era el principio.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejar tu comentario en Amazon.
Puedes encontrarme en mis redes sociales.

Con mucho cariño,
Manu.

Redes sociales:

Facebook:
Manu Ponce

Instagram:
@manu.ponce.escritor

Twitter: @ChicasTribu

Amazon:
http://relinks.me/ManuPonce2
